



DM

TENTACIÓN

PARTE 1

DYLAN MARTINS

TENTACIÓN

Primera edición.

Tentación.

Dylan Martins.

©Enero, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

Capítulo 1



Miré la hora en el móvil ya que tenía la sensación de que era más tarde y de que el despertador había fallado. Sentí alivio al comprobar que solo eran las seis y media de la mañana y hasta media hora después no tenía que sonar.

Me quedé mirando la foto de mi hija Lucía, tan bonita y sonriente. La echaba de menos ya que vivía con su madre Cata, de la que me había divorciado dos años atrás cuando la pequeña solo tenía cuatro.

Cata no es que me pusiera las cosas difíciles con nuestra hija, sino que las hacía imposibles. No colaboraba para que reinara la armonía por el bien de lo que teníamos en común.

Mi ex mujer era modelo. Trabajaba para una de las firmas de moda más importantes a nivel internacional y vivía en Tenerife, pero siempre andaba viajando entre París y Londres. A la pequeña la dejaba con sus padres con los que yo no tenía relación. Me la entregaban cuando correspondía ella, o en su defecto la niñera de la niña, Lía.

El problema residía en que a mí me tocaba un fin de semana de cada dos, cuatro días en Semana Santa, un mes en verano y una semana en las fiestas de Navidad, pero, aunque ella estuviera fuera un mes, era incapaz de permitirme recoger a la niña y llevarla conmigo.

Yo sentía que Cata prefería dejarla en manos de su cuidadora antes que con su padre. Era una persona tóxica y se había empeñado en intentar joderme la vida.

Su actitud me dolía hasta el infinito porque mi hija Lucía era mi mayor tesoro y hubiera dado lo que no tenía por poder pasar más tiempo con ella. Sin embargo, y de la forma más injusta del

mundo, parecía que esa posibilidad cada vez era más inalcanzable para mí.

La mía era una vida estable, bastante buena. Había heredado la empresa de mi padre la cual yo dirigía, “Financiera Montalvo”. Tenía contratados a tres asesores financieros, a una asesora laboral y a la recepcionista, además de una empresa que se encargaba de la limpieza de las oficinas.

Mi casa era la que yo había elegido, de una sola planta, una gran terraza, mil metros de terreno de jardín con palmeras, zona de copas, piscina y tumbonas.

En honor a la verdad en ella todo era precioso. Por mi parte, ser meticuloso formaba parte de mi ADN y había encargado la construcción de cada zona interior y exterior con mucho mimo.

Si tuviera que elegir una zona de mi casa que especialmente quedó a mi gusto, destacaría la cocina, confortable y amplia, con sus cincuenta metros cuadrados, los mismos con los que contaba el salón.

Capítulo aparte merecía mi dormitorio, al que consideraba mi santuario, con vestidor y baño. A él había que añadir tres dormitorios más con sus correspondientes baños y esa terraza amplia y ancha donde pasaba mucho tiempo, ya que el clima de la isla invitaba a disfrutarla. Yo la tenía de lo más *chill out*, todo en madera y con unos cómodos sillones que sugerían descanso y tertulia.

Tenía todo lo que deseaba, pero había estudiado mucho y trabajaba desde joven con mi padre, aprendiendo todo lo que pude de él, hasta que se jubiló. Al verme preparado, me dejó a cargo de la financiera, así que me sentía bien con mi vida, pero me faltaba lo más importante, mi pequeña Lucía, la niña de mis ojos.

Salí de la cama ya que me estaba empezando a agobiar con esos pensamientos y mirando la cara de mi pequeña como fondo de pantalla del móvil.

Soy partidario de cambiar de chip cuando algún sentimiento te sobrepasa y eso era lo que me estaba ocurriendo en ese momento.

Me preparé un café y me senté sobre la mesa de piedra de mi cocina. Tenía esa manía, así que allí estaba, más temprano de lo normal, disfrutando de esa primera taza, del relax de no ir con prisas.

En mi cabeza no cabía cómo algunas personas saltaban prácticamente de la cama al trabajo. Yo de siempre he necesitado mi tiempo. Ir despertando poco a poco y entrando en sintonía con el día. El estrés es un concepto que llevaba intentado evitar toda la vida, en la medida de lo posible.

Revisé algunos correos desde el móvil y fui descartando según la importancia. Más tarde respondería a los que debía hacerlo desde el despacho. Los demás contenían pura información y no necesitaban respuesta.

Un rato después me vestí y me fui hacia el jardín donde tenía a un lado el aparcamiento. Cogí mi coche, puse la radio y me dirigí al trabajo escuchando las noticias.

Disfrutaba mucho de las vistas de mi casa al trabajo. Aquel trayecto, unido al buen tiempo reinante, eran como una especie de soplo de aire fresco que me ayudaba a incorporarme a la ardua jornada, pues si algo me sobraba era trabajo.

Mis oficinas estaban en la décima planta de un edificio comercial mirando al mar en Puerto de la Cruz. En el interior se ubicaban los despachos de los trabajadores. La recepción amplia a la entrada, todo muy iluminado y predominando los cristales opacos con el logo de la empresa.

Los distintos despachos situados a los lados de un amplio pasillo y el mío al final, ocupando todo el largo del local.

Después de la marcha de mi padre, había acometido una reforma integral para darle al negocio un renovado aspecto, modernizándolo. Finalmente, había quedado totalmente a mi gusto y me mostraba encantado con el resultado.

Llegué al *parking* del edificio y subí al ascensor hasta mis oficinas. Carlota la recepcionista me recibió sonriente.

— Buenos días, Alexis.

— Buenos días, guapa. ¿Alguna novedad?

— Ninguna, recuerda que a las nueve tienes la entrevista para el puesto de contable.

— Es verdad, lo había olvidado — negué mientras caminaba hacia mi despacho y saludaba a los trabajadores que ya estaban en sus despachos con las puertas abiertas.

Nuestro contable había tenido un problema grave de salud y se le había concedido la prejubilación, así que ahora necesitaba alguien que fuera capaz de llevar todo el trabajo que hacía él. Realmente lo necesitaba para preparar facturas y entregarlas a Elba, nuestra asesora laboral que también trabajaba en las oficinas.

Carlota apareció por mi despacho con un café. Siempre lo hacía por la mañana. A pesar de que tenía cafetera con cápsulas en mi despacho, a ella le gustaba llevarme el primero.

— Gracias, guapa.

— Un placer — sonrió mientras cerraba la puerta.

Era simpática, predispuesta, amable. Se notaba que era una persona muy feliz. Además, estaba loca con su hija Martina de cinco años y con su marido al que amaba, Tony, un policía local de Puerto de la Cruz.

Llevaba conmigo desde que cumplió los veinticinco, diez años atrás. En aquel momento aún estaba en manos de mi padre la dirección de la empresa.

Si de algo podía presumir era de un gran equipo a mi lado y de que el buen rollo imperaba en mi negocio. Eso era algo que aprendí de mi padre: la importancia de rodearme de gente competente que además supiera aceptar las críticas constructivas.

Uno de mis mayores logros consideraba que era el hecho de que, aunque yo fuera el jefe, disfrutaba escuchando las opiniones de mi equipo, que a menudo aportaba puntos de vista de lo más interesantes que quizás yo no hubiera visto a priori.

Me tomé el café mientras respondía todos los emails para después ponerme a revisar los expedientes más importantes que estábamos tramitando en la empresa.

Un rato más tarde Carlota me avisó de que la chica a la que tenía que entrevistar ya estaba en la sala. Había llegado puntual, así que le dije que la recibiría sobre la marcha.

Dos golpes en la puerta por parte de Carlota y abrió, alargando su mano para que la chica pasara.

— Buenos días — me levanté y le extendí la mano — Mi nombre es Alexis.

— Buenos días, señor Montalvo — me nombró por mi apellido ese que tenía claro cuál era — Soy Olivia Palma — sonreía apretando su mano con seguridad y mirándome a los ojos.

Le invité a sentarse y le ofrecí un café, pero declinó la invitación, ya que no le apetecía.

Se mostraba segura, nada nerviosa, convincente y preparada. Había estudiado la carrera de Contabilidad y posteriormente varios másteres, a pesar de solo tener veintiocho años. Por otra parte, desprendía clase y personalidad. Era preciosa, rubia con una melena larga y lisa, además de simpática y correcta. A todas luces, se me antojó como la candidata idónea.

Le comenté las condiciones y no dudó en aceptar, además de transmitirme su predisposición para incorporarse inmediatamente.

Llamé a Carlota para que le enseñara su despacho y le presentara a Elba, la asesora laboral de la empresa y la voz en todos los temas fiscales. La idea era que se pudiera incorporar al día siguiente.

Lo cierto es que aquello me alegró mucho, pues lo de perder el tiempo haciendo una entrevista de trabajo tras otra era algo que me solía molestar bastante. En cualquier caso, era una cuestión en la que no podía delegar pues formaba parte de mis obligaciones.

La mañana transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Cuando me vine a dar cuenta ya era la hora de salida de todos nosotros, ya que trabajábamos en una jornada continua de ocho a tres.

Aquello era algo que tuve en mente de toda la vida y que también cambié cuando mi padre se jubiló. Soy de los que piensa que mejor calidad que cantidad y que una mañana bien aprovechada valía por un día entero en la oficina con la mente más dispersa.

Como colofón de la jornada me dirigí al bar de la planta baja del edificio. Allí estaban dos de mis asesores financieros, Fernando y Daniel.

Fernando siempre comía algo en el bar ya que a su mujer le absorbía mucho tiempo su tienda de ropa y no volvía hasta por la noche. No tenían hijos, pero formaban un matrimonio muy consolidado.

Daniel tenía cuarenta y cinco años. Todo un mujeriego, soltero, un guapetón de esos que tenía a media isla loca, pero no se casaba con nadie.

— Hombre, el jefe — bromeó Fernando.

— El jefazo — dijo Daniel.

— Necesito una cerveza — volteé los ojos.

— ¿Mal día?

— No, Daniel, pero hoy estoy con el tema de Lucía un poco mal. Creo que cada día me pesa más.

— ¿Cuándo te toca? — preguntó Fernando.

— Este fin de semana, pero parece que los días no pasan.

— Ya estamos a lunes, el viernes llega volando.

— Espero, eso espero — cogí la cerveza que me había puesto el camarero al verme aparecer por la barra.

Pedí unas tapas. Ese día había avisado a Fina, la mujer que me llevaba la casa por las mañanas, de que no me dejara nada para almorzar, como hacía la mayoría de los días. De ese modo, solo tendría que haberme dejado preparada la cena antes de marcharse al mediodía.

Se incorporó un poco más tarde Davinia, otra de mis asesoras financieras. Con treinta y tres años, era muy graciosa, la alegría de la oficina, siempre amenazando a sus compañeros con demandarlos por pesados. Por supuesto lo hacía de broma, pero lo decía porque su pareja, Sergio, era abogado. Ambos llevaban un tiempo conviviendo.

Aquello era como una familia. Todos llevaban desde el comienzo de su carrera allí, pues habían entrado para sustituir a algunos veteranos pertenecientes a la plantilla de mi padre que se iban a jubilar y al final quedamos los jóvenes, como decía mi madre.

Estuve tapeando con ellos y charlando. Cuando nos quisimos dar cuenta, el reloj marcaba las cinco de la tarde, hora del café. Después nos despedimos hasta el día siguiente.

Me fui hacia mi casa, me metí en la ducha y me puse cómodo. Quería pasar la tarde trabajando en un expediente que necesitaba tener listo para el día siguiente. No solía llevarme trabajo a casa a no ser que fuera necesario.

Tiempo atrás, cuando tenía la suerte de convivir con mi pequeña Lucía, la tarde procuraba dedicársela a ella. Una de las cosas que más echaba de menos era darle la merienda y llevarla al parque a jugar.

Llamaba poderosamente mi atención que los que eran mis mejores recuerdos también eran los que más me azotaban, pues de vez en cuando caía preso de la melancolía cuando revivía mentalmente esas imágenes.

A la hora de la cena me comí el salteado de verduras que me había dejado Fina listo para calentar.

Aquella mujer era una joya, de mi total confianza. Llevaba la casa como si fuera suya y jamás habíamos tenido un desencuentro de ningún tipo. Consideraba que era suerte total porque me permitía desentenderme de todo lo que tuviera que ver con las cuestiones domésticas.

Me acosté temprano ya que me gustaba descansar bien. Para hacer locuras ya estaban los fines de semana que no estaba con mi Lucía.

Puse la radio, solía dormir escuchando las noticias internacionales y la tenía programada para que se apagara a la hora. No llegaba nunca ni a los treinta minutos cuando ya estaba en el séptimo sueño.

Capítulo 2



Otra vez que me levantaba antes de que sonara el despertador, pero en esta ocasión me quedé un rato más en la cama escuchando la radio.

Un rato después me puse las pilas y, con mi cafelito ya en el cuerpo, salí de casa. La primera impresión era que el día lucía espectacular y eso me hizo sentir bien. Adoraba el sol. En mí era una necesidad y el particular paraíso insular en el que vivía, se pintaba solo para proporcionármelo.

Llegué a las oficinas. Allí estaba Carlota charlando con Elba y Olivia, la chica nueva.

Nos saludamos. Les pregunté que cómo estaban y me fui hacia mi despacho, antes me hizo un guiño Carlota con el que me decía que pronto aparecería con el café.

Llevábamos tanto tiempo trabajando todos juntos y estábamos tan compenetrados, que muchas veces sobraban las palabras.

Pasé por delante del despacho de Daniel y me llamó.

— Alexis — levantó su mano para que me parara.

Entré y me coloqué delante de su mesa.

— Buenos días — arqueé la ceja para que me dijera lo que fuese.

— Escucha — reía con suavidad — Han llamado los noruegos. Dicen que esta noche celebran una fiesta cena en su casa y que estamos invitados los dos.

— Pues vaya gracia. El año pasado no entendíamos a nadie y estuvimos solos en una esquina — reí.

— Ya, pero podemos tomar unas copas y hacer acto de presencia. Ya sabes, un poco de peloteo y quedar bien.

— ¿Pasas a por mí?

— A las nueve en punto — cerró los ojos mientras reía sabiendo la noche que nos esperaba.

Fiesta y la compañía de Daniel. Y es que mi asesor más alocado tenía más peligro de marcha que un mono con dos pistolas. Sonaba a coctel Molotov pero el mal ya estaba hecho. Solo quedaba apechugar. ¡La que nos esperaba!

Por otra parte, ir a casa de los noruegos era como partir de viaje a un país donde te defiendes con el inglés, pero en el que nadie habla su idioma. Allí se daban cita personas de nacionalidades dispares: árabes, holandeses, franceses, ucranianos, polacos... Muchos de ellos ni hablaban bien el inglés, pero todos estaban forrados.

Los noruegos eran unos inversores fuertes de nuestra empresa, así que había que ir. Quisiera o no, se trataba de una cita obligada y yo era muy consciente de que ciertas cuestiones son ineludibles.

En la empresa teníamos una especie de Messenger privado donde nos comunicábamos en grupo o en chat privados, así que nada más sentarme vi uno de Olivia, la chica nueva. En ese momento apareció Carlota con el café.

Abrí el chat y lo leí.

“Agradecerle la confianza que ha depositado en mí. Estoy convencida de que pondré todo mi esfuerzo en no defraudarle. A su entera disposición.”

Le respondí con un “Bienvenida a la empresa”.

Me puse a trabajar y dos horas después bajé a desayunar. Tenía un hambre que me moría. Al pasar por los pasillos me crucé con Olivia. La invité a bajar conmigo y aceptó. Deseaba

conocerla un poco más y darle la posibilidad de que dejara atrás el nerviosismo.

Pedimos el desayuno y nos sentamos en la terraza.

— Entonces estás contenta por lo que veo.

— Muy contenta, la verdad es que esta oportunidad ha sido muy importante para mí.

— ¿Qué te llevó hasta nosotros?

— Pues que sois los mejores, la empresa más consolidada de la isla y siempre me causó ilusión y respeto la idea de formar parte de vuestro equipo. Ya probé suerte alguna que otra vez con anterioridad, enviando mi currículum.

— ¿Sí? — pregunté sorprendido.

— Sí — sonreía feliz.

Vivía con sus padres. Él, médico en activo y su madre, profesora. Cuando ella nació, ambos eran todavía bastante jóvenes. Me explicaba con gracia que fue la sorpresa que nadie esperaba ni había buscado, pero que no supuso un escollo en la carrera de sus padres que acababan de terminarla cuando tuvieron conocimiento del embarazo.

Me habló sobre su mejor amiga Raquel, dos años mayor que ella y periodista de una revista nacional de renombre.

Lo cierto es que la conversación con Olivia me encantó y me hizo sentir que, a priori, era una de esas personas que me interesaban para que formara parte de mi equipo. Y es que en lo personal era un encanto y en lo profesional, a juzgar por su currículum, tampoco me iba a defraudar, ni mucho menos.

Terminamos de desayunar y subimos de nuevo para la oficina.

—Carlota, ¿algo que tenga que recordar para hoy?

—Sí. Visita del señor Alberto Peña a las doce y media, Alexis.

—¿En serio?

— Sí, la ha concertado hace un rato. Le urgía y como tú siempre me dices que le dé prioridad, ahí lo tienes—rio.

—Gracias, guapa. Toda una suerte la mía.

Alberto Peña era uno de los mejores amigos de mi padre de toda la vida. Pese a tener la misma edad que él era un tiburón de los negocios, una de esas personas que no están dispuestas a jubilarse nunca. El caso es que formaba un curioso tándem con su mujer, Elvira, una señora divertida y perspicaz pero pesada como ella sola que solía acompañarle.

Nada de eso habría tenido mayor importancia si no hubiera sido porque la buena señora desde siempre me tuvo en mente como candidato a yerno y, cada vez que me veía, me daba una murga impresionante para tratar de endosarme a su hija Nuria.

El caso es que Nuria y yo nos llevábamos fenomenal. Éramos amigos desde niños, pero nada más. Ella era lesbiana hasta la médula y el tema tenía miga porque, aunque sus padres lo sabían, decían que eso era una moda, una idea que se le había metido en la cabeza y punto redondo.

Estuve revisando documentación diversa hasta que llegó la hora. Carlota me avisó de que ya estaban allí los señores Peña y con esa frase mis peores augurios se confirmaron. Venían los dos, para no variar.

Pasaron y me levanté a saludarlos.

—Alberto, ¿cómo estás? —le estreché la mano y le di un fuerte abrazo.

—Fenomenal, chaval, aunque no tan bien como tú. ¡Quién tuviera tu edad! Si a mí me hubiera pillado joven en estos tiempos no sé cuántas cosas hubiera hecho.

—Te refieres aparte de los dos millones de negocios que sueles traer entre manos, ¿no? —bromeé.

—No tantos, no tantos. Además, dan muchos quebraderos de cabeza.

—Pero si es que te lo he dicho muchas veces, ya deberías estar jubilado.

—¡Otro más! No hay nadie un poco más original, ¿qué os ha dado a todos con el hecho de que me jubile? ¿Me veis como Matusalén? ¿Es eso? —me hacía mucha gracia comprobar lo nervioso que se ponía cuando se le insinuaba lo de que había llegado la hora de abandonar la faena.

—No hombre, ni mucho menos, ¡si estás hecho un chaval!

—Sí, sí, pero un chaval con setenta años que muchos días está de un humor de perros a consecuencia de la empresa—añadió Elvira.

—Pero no lo pago contigo, querida. Mis pesares son para mí y yo los asumo con gusto. Sabes que los negocios son mi vida—le acariciaba la mano.

—Sí, Alberto, pero es que tú como los artistas, te vas a morir con las botas puestas, y yo creía que íbamos a tener una vejez más tranquilita.

Era un poema verlos.

—Eso es verdad, Elvira. El bueno de tu marido necesita la adrenalina de la empresa en vena para poder vivir—reí—¿Y qué os trae por aquí?

Alberto me estuvo contando que tenía unas dudas sobre unos reajustes que deseaba hacer en su negocio y le orienté al respecto. Era increíble, parecía tener cada vez más proyectos.

—Vale, Alexis. Ya me ha quedado todo mucho más claro. Ahora solo tengo que hablar con tu contable, que necesito también consultarle unos temas de números y ya os dejamos.

—Ahora se encarga de esas cuestiones una chica nueva, se llama Olivia.

—¿Desde cuándo? No estaba al tanto—Alberto era tan minucioso que parecía querer estar al corriente no solo de sus negocios sino también de los del resto.

—Pues desde hoy justamente. Se va a estrenar contigo—espero que te vaya fenomenal también con ella—le estreché la mano.

Por una vez pensé que me había librado del interrogatorio personal de Elvira, porque ya estábamos de pie. ¡Aleluya! Pronto me di cuenta de que había cantado victoria antes de tiempo.

—Por cierto, Alexis ¿y la pequeña Lucía?

—Hecha un bombón, Elvira. Muchas gracias.

—Sí. Hace una semana pasé la tarde con tu madre y me estuvo enseñando fotos. Está preciosa. Tiene mucho parecido a ti, pero también a tu ex mujer. Está mezclada la carita.

—Sí. Es una monada. Y claro, tiene de los dos, es normal...

—Sí, sí, pero solo en el físico. El carácter tan bonito es tuyo, por suerte. La madre es un bicho —soltó con toda la tranquilidad del mundo.

Ya nos estábamos moviendo en terrenos pantanosos. Mucho había tardado.

—Bueno, es cierto que tenemos un carácter muy distinto. Por eso lo de la disparidad de criterios y el divorcio, pero es la madre de mi hija—para mis adentros podría pensar lo que fuera, pero en público procuraba no dejarla mal, por respeto a mi Lucía.

—Ya, ya. Un santo es lo que eres. Encima de que te hace la puñeta todo lo que puede. Cata nunca te mereció, hijo. ¡Con lo que te hubiéramos querido en casa! —me cogió el cachete como a un niño.

—Lo sé, lo sé, pero esas cosas no se proyectan—escurrí el bulto todo lo que pude.

—Bueno, bueno. De todos modos, tienes que venir a comer un dominguito con nosotros, que es cuando lo hace Nuria y ya charláis de vuestras cosas. Y si eso, después, salís un ratito.

—Venga, pues lo tengo en cuenta—añadí.

Elvira no daba puntada sin hilo y no iba a perder la ocasión de intentar volver a meterme a Nuria por los ojos. ¡Era surrealista!

Se fueron en dirección al despacho de Olivia y yo vi el cielo abierto. Al ratito me llegó un mensaje de Alberto, diciéndome que le había gustado mucho la contable, que parecía muy competente y preparada. Me encantó saberlo. Él tenía buen ojo para el personal.

Seguí trabajando hasta las tres. Ese día sí salí enfielchado para casa porque deseaba descansar para estar espabilado con vistas a la fiesta nocturna.

Sobre las ocho me comencé a preparar. Era algo de lo que también me gustaba disfrutar con tranquilidad.

Elegí un traje de chaqueta informal que me había comprado en Milán en mi último viaje y lo combiné con una camisa que le iba muy bien, sin corbata.

A las nueve en punto estaba Daniel subido a un taxi, en la puerta. Podía ser un jueguista y un mujeriego, pero puntual lo era también un rato largo.

—¡Mira si se ha puesto guapo el tío! Te va a tirar los tejos media isla. Vamos, estoy por hacerlo hasta yo—Encima eso, tenía un sentido del humor de tomo y lomo.

—¡Quita, quita, demonio! Que después no duermo con tus ideas...

—Tú no duermes bien porque te faltan juergas y copas. Tienes que hacer equipo conmigo.

—Claro, claro. Mucho equipo contigo y al final termino con grupo sanguíneo JB+.

—Pues solo se vive una vez chico. ¡Ya verás la que vamos a coger esta noche!

—Sí, sí, si no tengo dudas de que nos vamos a beber hasta el agua de los floreros, lo malo es que a ver quién es el guapo que nos levanta mañana.

—A poder ser la guapa, que yo, si me puedo llevar un trofeo de la fiesta, no le pienso hacer ascos. ¡Y ya mañana será otro día!

—No lo dudo...

—Claro y tú deberías hacer lo mismo, que día que pasa sin echar un polvo, es un día

desperdiciado, Alexis, no lo olvides.

—Hombre, no te voy a decir yo que no, pero tampoco todos los días son fiesta...

—Es cuestión de actitud. Y, además hoy, por suerte, sí es fiesta. Y de la gorda. ¡¡¡A liarla...!!!

Llegamos a la fiesta y comprobamos que los noruegos se superaban cada año. En aquella ocasión habían tirado la casa por la ventana y los jardines lucían absolutamente espectaculares. Además, allí había más gente que en la guerra.

La fiesta se celebraba al aire libre y resumaba elegancia y glamur por doquier. Distintos decorados con música en directo, una fuente increíble con luces de colores, comida tipo buffet que parecía salir de debajo de las piedras y bebida para tumbar a una legión de cosacos.

Los anfitriones se acercaron y estrecharon nuestras manos. Después de darnos las gracias por haber acudido, nos desearon que lo pasáramos fenomenal y así nos dispusimos a hacerlo.

—¿No es esa Grace? —señalé hacia el lado donde había una impresionante fuente. Detrás de ella, Grace, embutida en aquel traje en el que no cabía un alfiler, parecía una sirena.

—¡¡¡Dios!!! Eso parece—Daniel maldecía su suerte.

—Pues espera que tus temores se están haciendo realidad, porque por allí viene el marido—reí.

Grace había sido una de las innumerables conquistas de Daniel. Era una mujer de negocios inglesa afincada en Tenerife, cinco años mayor que él, pero que estaba maciza. No salía del gimnasio. El caso es que estaba casada y el *affaire* había llegado a oídos del marido, que desde entonces no tenía a Daniel en demasiada estima, por decirlo de un modo fino.

—Cállate, anda, que se me está agriando el potaje. Vaya tela y encima es que mira, si es que vaya culazo que tiene. Y lo mejor no es la forma. Lo mejor es que lo tiene duro como una piedra.

—Pues no lo mires más que como el marido te pille lanzándole una de esas miraditas, una piedra es la que te abrir la cabezota esa que tienes llena de serrín.

—Es que la carne es débil—reía Daniel, aunque lo cierto es que la coincidencia no le había hecho ni pizca de gracia.

—Sí, y la tuya más que la de nadie, prenda. No se te vaya a ocurrir ningún juegucito morboso de los tuyos, no sea que acabemos todos en comisaría esta noche.

—¿Juegucito morboso? ¿Por quién me tomas?

—Pon cara de no haber roto un plato, sí, pero te voy a tener vigilado, prenda, que eres un prenda...

En un momento dado, mientras dábamos vueltas por el jardín, nos cruzamos con ella. Sutilmente, Daniel y Grace se saludaron con un simple gesto, de modo que todo pasó desapercibido.

Al ratito, fue a su marido a quien nos topamos de frente. En ese instante, la sutileza brilló por su ausencia y Felipe, que así se llamaba, le echó una mirada a Daniel con la que, de haber podido, lo hubiera petrificado.

—Necesito otra copa y ambientarme. Mira las dos bellezas aquellas. ¡Vamos! —tiró de mi brazo.

Nos acercamos y el dúo no podía estar más animado. Por lo visto, las chicas eran azafatas de vuelo. Dos preciosidades suecas que merecían ser envueltas para regalo.

Comenzamos a hablar con ellas en inglés y pronto comprobamos que tenían mucho sentido del humor.

—Yo soy Dagny y mi amiga es Helga—enseguida se presentaron.

—No, no, tú no puedes ser Dagny. Dani soy yo, bueno Daniel, pero Dani para los amigos—vi que se quedaba prendado de ella.

—Yo soy Alexis—les sonreí y caí en la cuenta de que a mí me atraía más Helga, así que todo listo.

De todos modos, tampoco hubiera competido con Daniel. Yo no tenía mayores pretensiones en aquel momento de mi vida. Eso sí, a nadie le amarga un dulce y las chicas de eso tenían mucho. En concreto, eran dos auténticos bombones.

Nos dijeron que iban un momento al baño y Daniel y yo nos quedamos solos.

—Esto de las extranjeras, me cuesta terminar de cogerles el truquillo. No sé si las estamos llamando o estamos comprando dos muebles de Ikea—él tenía esas salidas.

—Pues menos mal que no terminas de cogerles el truquillo, porque con Grace bien que te entendiste, bandido.

—Bueno, bueno. Idioma universal, tú ya sabes, es mi sexapil irresistible, no puedo hacer nada contra eso—bromeaba.

—Nada, nada. Barra libre. Ahí vienen.

—Y recuerda Alexis, las suecas odian todo lo que tiene que ver con lo taurino, creen que los hombres españoles son fáciles de engañar y son súper feministas. Si con todos mis consejos metes la pata, es para ahogarte en un cubo, vaya.

Eso era algo muy típico de Daniel. Tenía como una especie de Internet en la cabeza y sabía cómo entrarles a las chicas de todos los puntos del globo. Era un fenómeno.

Las suecas venían cuchicheando entre ellas y al llegar a nuestra altura, ya notamos claramente que también habían decidido y que todos habíamos coincidido. Dagny intentaba conversar con Daniel y Helga conmigo.

Guapísimas, altas y rubias con ojos claros, lo cierto es que parecían dos ángeles. Ambas llevaban vestidos cortos negros con unos altísimos tacones y no se sabía cuál de las dos tenía las piernas más largas.

Para colmo, yo que andaba algo falto, no podía evitar mirar aquellos sugerentes escotes que dejaban poco lugar para la imaginación.

La conversación fue muy divertida. Las amigas nos contaban que acababan de llegar a Tenerife de vacaciones y que habían venido por el sol, por el buen tiempo y por lo que surgiera. Muchos tapujos no es que tuvieran.

—Pues mi amigo y yo somos dos estupendos guías turísticos—Daniel no perdía oportunidad—Os podemos enseñar los mejores rincones de la isla.

—Bueno, igual os dejamos que nos acompañéis un ratito, pero nos valemos solas para ver cosas. No necesitamos que nadie nos lleve de la mano.

Ahí la llevábamos, la primera en la frente.

—Ya, ya, lo que quizás ha querido decir Daniel es que, al ser de aquí, conocemos los mejores lugares de la zona y estaríamos encantados de poder enseñároslos si es que os apetece—noté cómo Helga asentía.

Para ser él quien me había dado las instrucciones, yo había salido mejor parado.

—Eso ya suena mejor, así que igual hasta os damos nuestros teléfonos al final de la noche—contestó Helga.

Copa va y copa viene, la velada se iba animando cada vez más. Sonaba música en directo y en un momento determinado las chicas nos dijeron de bailar.

Fue entonces cuando descubrí eso que dicen de las suecas, o sea, el mito de la perfección hecha mujer y es que, en el momento en que Helga y yo nos pusimos a bailar, noté lo sugerente que era, además de que estaba como un tren.

Miraba a Daniel y a Dagny y ellos también lo estaban dando todo. A mí lo de bailar me costaba un poco hasta que no tenía alguna copita de más, que ya era el caso. En cambio, Daniel se las llevaba de calle a todas en cuanto sonaba la música.

—¡Venga, Alexis! ¡Vamos a demostrarles a estas chicas de la pasta que estamos hechos!

—Eso intento—reí.

—Venga, ¡Pues que no se diga! — Y con independencia de lo que estaba sonando, él se puso a cantarles a ambas la canción de “Mi gran noche” de Rafael.

El caso es que las chicas, aunque no entendían español, demostraban tener un oído formidable y le seguían el rollo que daba gusto, repitiendo el estribillo.

En resumidas cuentas, allí estábamos los cuatro, cantando a voz en grito eso de “*¿qué pasará, qué misterios habrá? Puede ser mi gran noche*”.

Y desde luego que una noche grande estaba siendo y cada vez con más copas de más. La estábamos cogiendo bien cogida y ya llevábamos ni se sabe cuántas canciones bailadas los cuatro.

Yo no tenía muy claro ni dónde estaba de pie, cuando vi que Grace pasó por delante de Daniel y le hizo una señal. Con la que llevaba encima no supe ni interpretarla.

—Creo que Grace te ha querido decir algo—le puse el brazo por encima del hombro.

—Sí. Yo creo que necesita alguna cosa. Ahora vengo.

—¡¡No!! Pero ¿dónde vas?

Lo vi alejarse y me dejó allí bailando con las dos rubias despampanantes... En cuestión de minutos yo creía estar viviendo una escena de esas que solo se ven en las películas, pues las chicas estaban bailando dejándome a mí en medio, tipo sándwich y poniéndole mucho énfasis.

Había que reconocer que eran de lo más sugerentes y yo, entre el exceso de alcohol, que me tenía ya un poco trastornado, y el contoneo de ellas, estaba en una nube.

Fue entonces cuando se escucharon gritos. A pesar de estar bastante perjudicado y de que hablaban inglés, reconocí la voz de Grace pidiendo muy ofuscada que pararan. ¡Ya estaba el lío!

Miré hacia arriba de las escalinatas y me tranquilicé al ver bajar por ellas a Daniel. Eso sí, venía como alma que lleva el diablo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso? —su ojo no tenía muy buen aspecto y procuraba afinar con la vista para asegurarme de que no era producto de la melopea.

—No me mires más así que es justo lo que estás viendo. Me lo han puesto a la virulé. Vámonos anda, me están mirando todos y no soy un monito de feria.

—¿Eres un malote? —Dagny lo miraba con ojillos de deseo.

—Yo creo que ha sido por un tema de faldas—Helga se reía, un tanto borrachilla también.

—Es que los españoles son muy pasionales—a las chicas el tema parecía haberles hecho mucha gracia.

Obviamente, a Daniel no tanta. Y a mí tampoco.

—Ahora es cuando empiezas a decirme eso de “te lo advertí” pero te lo puedes ahorrar—negaba con la cabeza.

—Yo hoy no voy a decir nada que no estoy en condiciones. Será mejor que nos vayamos ya—le eché el brazo por encima del hombro.

—¡Chicos! Nuestros teléfonos—Dagny y Helga venían hacia nosotros corriendo. La trastada de Daniel parecía que había puesto la balanza de nuestro lado.

—No hay mal que por bien no venga—dijo él cuando echamos a andar definitivamente hacia fuera, después de que nos dieran sus números.

—¿Has grabado bien los teléfonos? —pregunté.

—Sí, sí. Los teléfonos sí. Los nombres no tanto—no daba pie con bola.

—¿Se puede saber qué ha pasado, cenutrio? —nos dirigíamos a la salida, atravesando aquellos inmensos jardines.

—Pues nada, que Grace me hizo una señal con el dedo para que la siguiera y yo lo hice a cierta distancia.

—Eso más o menos lo vi.

—Claro, porque estará casada y todo lo que tú quieras, pero le va la marcha.

—Pero ¿lo vuestro no se había acabado ya?

—Sí. A ver, ya hace tiempo que no quedamos ni nada, pero donde hubo fuego... Y entra ella y yo hubo mucha química.

—Total que...

—Que se ha puesto celosa de verme bailar con el monumento sueco y por eso quería que nos viéramos en el baño. Lo cierto es que no creo que fuera para rezar el rosario. Yo la he seguido sin darme cuenta de que a cierta distancia iba su marido, que se ha percatado de la maniobra.

—Ya, no tienes que contarme más...

—Pues eso, que ni lo he visto venir. Cuando me he querido dar cuenta el ojo me echaba fuego y el tío me estaba amenazando para que no me volviera a acercar a su mujer...

—Si es que ya te vale...

—No vayas a ponerte como mi madre y llama a un taxi, anda.

El taxi nos recogió y me dejó a mí el primero.

Una vez en casa, creo que debí dormirme incluso antes de caer sobre la almohada. El día había sido de lo más completito.

Capítulo 3



El despertador sonó y esta vez había dormido hasta el último minuto, así que me tomé el café mientras me vestía sin poder con mi alma y luego me fui hacia el coche.

La fiesta de la noche anterior me había dejado agotado. Bueno y quien dice la fiesta, dice la cogorza que a lo tonto habíamos pillado Daniel y yo.

A decir verdad, jamás bebía entre semana, pero la ocasión había invitado a ello y ambos sucumbimos a la tentación. Y estaba claro que lo íbamos a pagar con creces porque el dolor de cabeza que tenía también invitaba a algo, pero en este caso a arrancármela.

Y hablando de Daniel, ese sí que había salido mal parado. Llevaba mucho tiempo jugando con fuego y al final se había quemado, era de esperar. Le iba el peligro y eso suele pasar factura.

Entré a la oficina y me paré con Carlota que como todas las mañanas me recibía con esa sonrisa tan maravillosa que tenía.

— ¿Novedades?

— Ninguna, todo bien. Menos los chicos, esos están descontrolados — se refirió a Daniel y Fernando.

— ¿Qué les pasa?

— Lo mismo de siempre, vienen discutiendo sobre el nuevo gobierno. Y bueno, como novedad, lo del ojo de Daniel, que no suelta prenda al respecto.

— Ay Dios, me voy a mi despacho, no los quiero ni escuchar—y con la excusa de lo del

gobierno, obvié dar explicación alguna sobre lo del ojo. Ya decía mi padre que en boca cerrada no entran moscas.

— Mejor, ahora te llevo el café.

— Te lo agradezco, me tomé uno y a la ligera, desperté justo.

También obvié la parte de que el dolor de cabeza me estaba matando y por mucho que pedía al puñetero enano que debía estar martilleando mis sienes que dejara de hacerlo, no había manera.

— Tranquilo, eres el único que te puedes permitir entrar tarde — sonrió encogiéndose de hombros.

— Sabes que no me gusta — le hice un guiño y me dirigí hacia el despacho.

No tenía duda de que mi aspecto denotaba que la juerga se nos había ido de las manos la noche anterior, porque mis ojeras eran como las de un mapache. En cualquier caso, Carlota era de lo más discreta y no dijo nada al respecto.

Por otra parte, pensaba que no podía ser que a esas horas ya estuvieran los chicos con esos temas sobre los que opinaban tan diferente y se mataban entre ellos en busca de que el otro al final diera su brazo a torcer, cosa imposible. Pasaba lo mismo con el fútbol, ninguno coincidía en equipo con el resto y eso desataba grandes disputas en los clásicos.

Algunas veces había pensado que ambos temas debían ser tabú en la oficina, porque vaya si se enganchaban. Eso sí, era un pensamiento en broma. Jamás pensaría en serio algo así. Para mí, la libertad de expresión era un valor sagrado.

Un poco después vino Carlota con el café en las manos.

— ¿Qué tal la nueva? Ayer la vi más relajada — pregunté para ver la perspectiva de ella.

— Pues a mí me cae genial y se ve que está muy centrada, me da buena vibra.

— A mí también, creo que congeniará bien con el equipo.

— Estoy segura — me hizo un guiño y cerró la puerta.

Un mensaje de mi ex entró al móvil y fue ya lo peor para empezar el día con mal pie.

“Alexis, la pequeña está triste ya que este sábado se celebra el cumple de su prima Lola. Van sus primos a casa de mis padres a pasar el fin de semana”

Me puso a mil por hora.

“Claro, pero me parece otro gesto muy feo por tu parte. Pudiste haberme cambiado el finde anterior que no estabas con ella y no que ahora son tres semanas sin verla. Sea como fuere, sigo pensando en el bien de Lucía y por supuesto que disfrute del cumpleaños”

Me ponía como una moto, con lo que echaba de menos a mi hija y siempre se las ingeniaba para hacerme cosas así. Era cruel hasta decir basta.

Visto con perspectiva, intentaba recordar qué me había enamorado de Cata y no acertaba a sacar nada en claro. Suponía que habría sido cuestión de una atracción física bestial, por aquello de que era muy guapa, pero poco más. Los valores brillaban por su ausencia en mi ex.

Ya me había dado la mañana, el día, la semana y la siguiente. El mal humor se apoderaba de mí y encima con la resaca que tenía de la noche anterior. Busqué un Ibuprofeno en el cajón del despacho. No me tenía en pie, entre pitos y flautas.

Bajé a desayunar para que me diera el aire, allí estaba Daniel.

— Buenos días, jefe — me dio dos golpes en el hombro. Estaba algo cariacontecido, aunque ese no conocía la vergüenza.

—Buenos, buenos... No sé yo cuál de los dos lo tiene peor. ¿Cómo está ese ojo? —miré y parecía que hubiera participado en un combate de boxeo la noche anterior.

—Duele un poco, para qué voy a engañarte. Tú tampoco es que traigas la mejor cara...

— Calla, que vengo enfurecido, otra vez me la lio Cata con la niña.

— ¿Qué pasó?

— Un cumpleaños de su prima que me impedirá verla este fin de semana...

— Y no te dijo nada con anterioridad para cambiarlo.

— Así es, así juega ella de sucio.

— Pues no te compliques, tu hija se dará cuenta de todo cuando pasen unos años. Descuida que Cata no se va a llevar ningún título a la “madre del año”.

— Ya, pero me quita la posibilidad de estar a su lado.

— Sí, eso lo entiendo.

— Al margen de lo del ojo, ¿Qué tal la resaca?

— Pues bien, pero necesitaba desayunar pronto.

— Me lo pasé genial, eres un *crack*. Eso sí, la salida de allí fue apoteósica. Para habernos echado a los perros. Solo a ti se te ocurre...

— Soy un caso aparte.

— Y encima, como si no hubieras recibido ya lo tuyo, con ganas de pelear con Fernando por cuestiones de política ¡Para matarte!

— Sí, es que mira...

— Ni de bromas, a mí ni me hables de eso, no quiero entrar en una batalla de esas características — reí.

— No lo pensaba hacer — volteó los ojos.

— Ya, pero te conozco, Orozco — lo miré con cara de no creerlo mucho—¿Qué te han dicho los demás sobre lo del ojo?

—Todos me han preguntado. Y yo les he dicho la verdad.

—¡¡No jodas!!

—Pues claro que, al salir de la fiesta, como estaba un poco perjudicado, me agaché a ponerme los cordones y tú, que no ibas mejor, abriste una puerta y me arreaste con el picaporte en el ojo.

—¿Me has echado la culpa a mí? ¡Serás gusano!

—Nada de culpa—tranquilo—Todos saben que ha sido un accidente y que eres un poco patoso. Eso es todo—sonrió. Era para matarlo...

—Por cierto, con las chicas muy bien, ¿eh? Eran dos encantos.

—Sí. Y esas nos llaman seguro. Te lo digo yo que tengo ojo para esas cosas.

—Pues espero que el ojo al que te referias sea el bueno, porque con el otro bien poco que vas a ver...

Desayunamos y nos fuimos para la oficina. Me puse a echar la mañana fuera como pude ya que no tenía ganas de nada. Cata ya me había jodido, pero bien.

Carlota se apiadó de mí aquella mañana, en la que debió notar que yo necesitaba más que nunca un refuerzo de café. Al rato llegó con otro.

—Alexis, ¿estás bien?

—He tenido días mejores. Por cierto, Carlota, ¿y tu niña? Hace días que no te pregunto por ella.

Me solía ocurrir que, cuando no podía ver a Lucía, me reconfortaba que a veces me hablara ella de la suya. Era como si pudiera participar un poquillo de su felicidad.

—Está para comérsela, Alexis. Es más lista que el hambre. Ya lee bastante bien. Dice que, a partir de ahora, va a ser ella quien nos lea a su padre y a mí el cuento de buenas noches. ¿Qué te

parece?

—Que es una *crack*, no me puede parecer ninguna otra cosa.

—¿Y tú con Lucía? ¿Vas pudiendo verla algo más?

—Ahí vamos, Carlota, ahí vamos—mi gesto lo decía todo, pero yo no quería entrar en explicaciones.

—Pues mucha paciencia y recuerda que tú eres un padrazo. Mucho, pero que mucho ánimo—era un amor de mujer.

Cuando cerró la puerta no pude evitar pensar en lo distinta que habría sido mi vida si yo hubiera elegido mejor a la madre de mi hija. De haber sido así, aunque nos hubiéramos separado, no estaría en las mismas. No imaginaba yo a Carlota poniéndole a Tony las cosas difíciles con Martina.

De repente sonó el teléfono y era Nuria.

—¡Hola, Alexis!

—¡Hola, Nuria!

—Un pajarito me ha contado que ayer los señores Peña, es decir, mis santos padres, estuvieron por tu oficina. Y en conjunto, para hacer fuerza...

—Bien los conoces—reí.

—Anda a ver, desde que nací...

—¿Cómo va la clínica nueva? —Nuria era veterinaria y recientemente había hecho realidad su sueño de tener su propia clínica.

—Pues formidable, Alexis. Rodeada de todos estos bichejos adorables, que ya sabes que son mi vida.

—Debes estar como niña con zapatos nuevos.

—Puedes jurarlo. Mira, de hecho, hace un rato he practicado una cesárea a una preciosa dálmata. Ha nacido una camada como la de la peli de *Disney*, una pasada...

—¿De 101 dálmatas? ¡No puede ser! —bromeé.

—No jodido, de 101 no, pero sí muy bonita. He flipado con estos enanos. Están ahí ahora todos tumbaditos con la madre y es una delicia.

No podía saberlo ella, pero la conversación de los renacuajos y la madre también me tocaba la moral. No era mi día.

—Y hablando de renacuajos, ¿tu Lucía bien?

—Divina, para comérsela. Lo malo es la madre, que también es para comérsela, pero en su caso para cagarla en la gran puñeta.

—Ya tienes que estar cabreado para hablar en esos términos, con lo finolis que eres...

Desde siempre me había hecho Nuria la broma de que yo era muy finolis. Ella era muy guerrera y me daba caña desde que no levantábamos dos palmos del suelo.

—Ya salió lo del finolis. Mucho habías tardado hoy—reí.

—Es que si no te lo digo no soy yo.

—Lo sé, lo sé...

—Por cierto, tenemos que vernos...

—Eso desde luego. Bueno, no hace falta que te diga que tu madre ya me comentó ayer que nos juntáramos en tu casa un domingo. Y luego nos fuéramos a tomar algo...

—Claro, a pelar la pava tú y yo como dos adolescentes y encima heteros, que eso es lo peor.

—Oye, que yo sí soy hetero—me quejé.

—Ya, ya, pero yo no y siguen sin enterarse. Es la bomba el tema.

—¿Oídos sordos?

—Y vista nula. Es lo más surrealista del mundo. Llevo dos años viviendo con Daniela. Lo saben perfectamente, por el amor de Dios si hasta nos hemos comprado el piso juntas...

—¿Y qué dicen al respecto? —aquello era todo un sainete.

—Nada, que hay que ver las amistades de hoy en día. Y de ahí no salen. Saberlo lo saben perfectamente, pero se hacen los suecos...

—Se escudan en su edad para no darse por enterados...

—Bueno, pues si así son felices, no tengo nada que objetar, pero vaya tela marinera.

—Paciencia amiga, cada uno tiene su cruz.

—Verdad, amigo.

Nos despedimos prometiendo vernos pronto. Nuria era un encanto de mujer y rebosaba vitalidad por la punta de las orejas. De siempre me había gustado echar un rato con ella. Eso sí, nunca pudo ver a Cata.

Lo que dijo de que sus padres se hacían los suecos, me recordó a las chicas de la noche anterior y eso provocó en mí una sonrisa. Algo bueno tenía que darme el día.

Llegué a casa y ya Fina se había marchado, pero me había dejado el almuerzo solo para calentar.

Quizás sin saberlo, esa mujer era otro pilar clave en mi vida. Mantenía mi casa en orden y eso era algo que yo precisaba igual que respirar.

Rabia, dolor, decepción, eso es lo que sentía con Cata desde que me separé, una persona de lo

más egocéntrica que solo miraba por su ombligo y por joderme. Le importaba un bledo lo que pasara con nuestra hija, era su escudo para hacerme daño.

Intenté relajarme pues me estaba envenenando a mí mismo. Tenía ganas ya de ver a mi pequeña y con eso no partía peras con nadie.

Me consideraba una persona parcial, justa, ética, con principios y había topado con la peor mujer, alguien sin escrúpulos, lo único bueno que me quedaba de ella era Lucía. De lo contrario sería una persona que no quisiera volver a ver en mi vida, todo un chasco y una decepción.

Decidí irme a pasar la tarde a casa de mis padres así que me cambié, cogí el coche y tiré para el sur a verlos. Aprovecharía y cenaría con ellos.

—¡Hola, hijo! Dichosos los ojos que te ven por casa—a mi madre siempre le parecía que hacía un siglo que yo no iba por allí.

—Mamá, estuve hace poco. No me seas exageradita, anda—la adoraba, no podía ser de otra manera. Era una mujer fuera de serie.

—Bueno, menos mal que este fin de semana nos vas a traer a nuestra nieta que esa sí que es una verdadera quitapenas.

—Pues mucho me temo que no, mami.

Se quedó a cuadros y le conté. La pobre negaba con la cabeza e intentó rápidamente cambiar de tema para no hurgar más en la herida.

—¿Sabes que tu primo Ismael viene a visitarnos en un par de meses?

—No tenía ni idea, mami. Mira que lo tengo en Face y que hablamos de vez en cuando, pero no me ha contado...

Ismael era primo hermano mío, hijo de una hermana de mi madre, mi tía Matilde, que no podía guardar un secreto.

—En realidad el pobre nos quería dar una sorpresa, porque se ha ennoviado en Francia y por

lo visto se casa. Quería plantarse aquí con la chica sin decir nada, pero no tuvo otra cosa que comentárselo a mi hermana...

—No me digas más. Y en media hora lo sabía Tenerife entero.

—Y el resto de las islas también, hijo. Tu tía Matilde es un caso perdido—rio.

—¡Vaya plan, no sé cómo se le ocurre al primo!

—Porque yo siempre he dicho que a ese chico le falta un hervor—habló mi padre y sentenció. A mi madre se le salían los ojos de las órbitas.

—No digas eso, Carlos. Es mi sobrino y además nuestro ahijado. Me fastidia mucho, ¡ni que fuera tonto el pobre!

—Tonto no, pero inocente, como él solo. No se le ocurre a nadie más contarle a tu hermana una cosa así.

—Hombre lo dices como si la pobre fuera...—era su hermana y mi madre quería defender lo indefendible.

—¿Una cámara de vigilancia de las antiguas?

Al final nos tuvimos que reír todos. Entre mis padres siempre había reinado un buen rollo impresionante que con el paso de los años no había ido sino a más. Era una delicia verlos juntos.

La cena fue suculenta. Mi madre era una cocinera extraordinaria y mi padre era el repostero oficial de la casa, de modo que en lo concerniente a las comidas se complementaban a la perfección.

—Hijo, antes de irte te tomas un arrocito con leche que ha hecho tu padre y que tiene una pinta que no veas.

—¡Cielos, mamá! No sé si me va a entrar ya. Hemos cenado como reyes...

—¡Tonterías, mi niño! Un día es un día. Ya sabes que nosotros tampoco no nos damos estos

caprichos de repostería a diario, pero una vez al año no hace daño.

Era cierto que ellos se cuidaban mucho e incluso habían instalado un pequeño gimnasio en casa para ejercitarse como complemento a los largos paseos que daban a diario.

—Pues también tienes razón, mami.

—Aquí está, con su canela en rama y su limón—mi padre venía feliz con su creación en las manos.

—Es una exquisitez, papá. Lástima que yo no haya sacado tus manos para la repostería...

—Hijo, yo tampoco me puse manos a la obra hasta que no me jubilé. Durante mis años en activo, solo veía números por todas partes.

Hice memoria y recordé que así era. Recordaba los años en los que mi madre y yo, cuando era pequeño, nos íbamos a jugar a otra estancia y lo dejábamos en el salón, inmerso en el trabajo.

—Tienes razón papá, trabajaste lo tuyo.

—No te lo voy a negar, Alexis. Eso sí, estoy contento porque mi legado no podía haber caído en mejores manos.

—Intento que así sea, papá. Todo te lo debo a ti. Yo solo he heredado tu negocio.

Nos despedimos y conduje hacia casa algo más relajado. Llegué y no me costó coger el sueño. Pese a lo complicado que había sido el día, la falta de descanso de la noche anterior hizo que cayera en brazos de Morfeo en un periquete.

Capítulo 4



La cara de Carlota mientras yo entraba en las oficinas me dejó descolocado.

— Buenos días ¿Pasa algo?

— Buenos días. Sí — se puso a llorar.

— Ey — me acerqué por detrás del recibidor — ¿Qué pasó?

No la había visto así jamás de los jamases y sabía que algo bastante gordo tenía que haber ocurrido para que ella estuviera de esa forma.

— Han llamado los padres de Elba — tenía el corazón encogido — Me han preguntado si llegó y les dije que no. Se pusieron a llorar desesperados. Ayer tarde se fue a correr y ya luego no pudieron hablar más con ella. Para colmo de males, el teléfono está apagado, no le entran los mensajes.

— ¿Han ido a su casa?

— Fueron anoche bien tarde, pero no estaba. El coche sí, pero ella no.

— Qué marrón — resoplé agobiado poniéndome la mano en la frente — Dame el teléfono de sus padres, los llamo desde el despacho, necesito un café.

— Ahora te lo llevo — respondió entre sollozos.

Llamé a su padre, Guillermo, tal como me senté. Estaba roto de dolor y desesperación. Los servicios de seguridad de la isla ya estaban al tanto. La policía estaba haciendo su trabajo e iban a peinar las zonas por la que ella solía ir a correr, los senderos... Ellos también iban dando vueltas

con el coche para mirar por los lugares por los que podría haberse caído o accidentado de algún modo.

Era desesperante. Me estaba ahogando de escuchar a esas personas presas del pánico, hablando desde el manos libres del coche mientras buscaban a su hija.

Les dije que nos poníamos a su entera disposición y que cualquier cosa que necesitaran de medios tanto económicos como de la plantilla contarán con nosotros. De todas formas, nos íbamos a unir a la búsqueda todos y cada uno de sus compañeros. Me lo agradecieron.

Colgué el teléfono y Carlota entró para traerme el café.

—Por favor, reúne a todos en diez minutos. Necesito hacer una propuesta que creo razonable.

—Claro que sí, Alexis. Supongo que tendrá que ver con Elba. Todo lo que se nos ocurra puede ser de ayuda.

—Eso espero, Carlota. Eso espero.

Elba era una persona deportista hasta la saciedad. Desde su divorcio se había refugiado mucho en la práctica deportiva y, a la salida del trabajo, solía machacarse en el gym. Correr era también una de sus aficiones preferidas.

Mandaba narices pensar que de un hábito tan sano pudiera derivar una desgracia como aquella. Era contradictorio, un sinsentido...

Revisé todos los emails, dejé lo urgente listo y fui a hablar con ellos.

Al entrar en la sala el agobio, dolor, tristeza, incredulidad y resto de sentimientos negativos habidos y por haber se palpaba en sus caras, inclusive en la de Olivia que lloraba con tristeza intentando contenerlo.

— No es momento de preguntas — dije cuando me sentaba — no se sabe nada, todo son suposiciones, Solo se tiene la certeza de que nuestra compañera Elba ha desaparecido, pero se ignora si le pasó algo, si tuvo un accidente o si alguien tuvo algo que ver. Lo único que sé es que Elba es muy querida entre nosotros y no nos vamos a quedar quietos — todos afirmaban opinando

lo mismo — He pensado que como sabemos más o menos por dónde se mueve ella, deberíamos ir a buscarla y emitir un comunicado en la página de las redes de la financiera para que la gente comparta su imagen, además de en nuestros perfiles, pidiendo máxima difusión.

Todos comenzaron a decir que por supuesto, que así se haría y Olivia se ofreció a preparar la foto con los teléfonos dónde deberían llamar y su nombre. Después se lo pasaría a Daniel que era el que movía las redes un poco y de ahí todos a compartir y echarnos a la calle. Elba era nuestra prioridad.

Me llamó la atención lo rápido que se ofreció Olivia a ayudar. Aunque ya formaba parte de nuestro equipo, acababa de conocer a Elba. Sin embargo, trató el tema con un tacto y un mimo infinitos. Sin duda, era de agradecer.

Quedamos en hacer lo pactado en media hora e irnos de dos en dos, Daniel con Fernando, Olivia conmigo y Carlota se quedaría en las oficinas para atender las llamadas, posponer citas y demás.

La única que faltaba era Davinia porque justo para ese día tenía prevista una intervención de cirugía menor y ni siquiera se había enterado de lo ocurrido.

La noticia fue compartida en nuestras redes y empezó a extenderse como la pólvora. Me fui en mi coche con Olivia que iba descompuesta. Le dimos el encuentro a sus padres para explicarles lo que estábamos haciendo. Los encontramos destrozados, asustados. Reflejaban un miedo absoluto y no era para menos.

Yo no podía sentirme más identificado con ellos. También tenía una hija y si algo así le pasaba a mi pequeña Lucía era capaz de volverme loco. No podía ni imaginar por lo que estaban pasando aquellas personas, pero debía ser lo más parecido a un tormento.

De repente la cosa comenzó a movilizarse por la zona donde ella corría. Empezó a aparecer la policía, un montón de ciudadanos dispuestos a ayudar y Protección Civil que se encargó de distribuir a los voluntarios.

Aquello ponía los pelos de punta, la de gente desinteresada que se acercaba a ayudar en la búsqueda, además de aparecer diferentes medios de comunicación que era lo que convenía para dar máxima difusión a la noticia y que su cara la vieran en todos lados.

En esas estábamos cuando me llamó mi padre.

—Hijo, acabo de ver en las redes de la empresa la noticia. Apenas puedo creerlo. Me siento partícipe.

—Gracias papá, lo sé perfectamente.

—Por mucho que esté jubilado, mi corazón va a estar siempre ligado a esa financiera.

—No hace falta que me lo digas, papá. No me cabe la más mínima duda.

—¿Tú dónde estás, hijo?

—En el lugar de la desaparición, papá. Nos hemos movilizado todos. Creo que es nuestro deber para con nuestra compañera.

—Por supuesto, Alexis. Es lo mismo que hubiera hecho yo. De hecho, no me voy para allá y me pongo a buscar con vosotros porque hoy tenía hora para que me hicieran las pruebas esas de las molestias de la próstata y estoy con tu madre en la clínica.

—Quédate tranquilo, papá. De veras que vamos a ser muchas las personas que participemos en la búsqueda.

—Gracias, hijo. Eso sí, no hace falta que te diga que cuentas también con todos los medios económicos a mi alcance que necesites.

—Gracias, papá. Lo tendré en cuenta. No obstante, ya está todo controlado.

Era una persona de ley mi padre. Desde siempre me había enseñado muchos valores: el que tenía un apretón de manos entre dos personas y que ya servía como un contrato, el de la honestidad, el de la lealtad...

Llamé a una empresa de catering para que trajera bocadillos, agua y refrescos en cantidad para todo el mundo. Debíamos ser unas doscientas personas. No quería que aquello parara y que tampoco le faltara de nada a la gente que había allí, desconocidos con un corazón de oros unidos

por la búsqueda de Elba.

Olivia era una dulzura de mujer. A priori yo no esperaba una actuación así por su parte. Fue de lo más válida, un regalo inesperado.

Estuvo todo el tiempo con la madre de Elba actuando como lo hubiera hecho una psicóloga, abrazándola, escuchándola... La arropaba con tanto cariño que era imposible obviarlo, cosa que yo agradecía. Pese a ser nueva, se notaba a kilómetros que había conectado muy bien con su compañera y que aquella situación la sentía de verdad.

A las dos de la tarde, llegaron la comida y bebida. Los compañeros de la empresa nos pusimos a repartirla. Ya estábamos todos allí, inclusive Carlota que cerró dos horas antes la oficina con mi autorización y se vino con los demás a ayudar. Todo el equipo estaba pendiente de sus padres, de que allí no faltara de nada y de mover por las redes cuanto pudiéramos.

Luego llegaron el café, la cena... Aunque el sol se estaba poniendo, la gente quería seguir buscando. Se organizaron grupos hasta para la noche. Nadie quería dejar sola a Elba en caso de necesitar ayuda, así que estaba todo el mundo volcado en su búsqueda.

Hablé con un inspector de la Policía Nacional al mando de la operación.

—¿Cómo ve la cuestión?

—Hombre, no vamos a negar que en cualquier tipo de desaparición las primeras cuarenta y ocho son cruciales. Vamos a hacer todo lo posible.

—Tenemos que mantener la esperanza. Por favor, dígame que no van a cejar en su empeño.

—Ni mucho menos. No se preocupe. Es más, estamos pensando en aumentar el dispositivo de búsqueda. Haremos cuanto esté en nuestra mano.

—Para nosotros es como si fuera de nuestra familia. Somos una empresa pequeña. Pasamos muchas horas juntos. Estamos muy bien avenidos. Todos estamos sufriendo mucho.

—No hace falta que lo jure. En todas las islas se está hablando de la gran labor que como compañeros están desarrollando ustedes.

—Ojalá sirva para algo. Dígame si podemos hacer algo más. Gracias a Dios, le empresa que dirijo arroja beneficios y podemos invertir en los mejores equipos...

—Los mejores equipos pertenecen a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, no se preocupe. Por esa parte está todo controlado.

—Gracias.

—Si quiere mi opinión...

—Por supuesto.

—No me parece una zona propicia para que la chica haya sido atacada ni agredida. Más bien apostaría por el hecho de que haya sufrido un accidente.

—Esperemos que así sea...

—Hemos de ser cautos, en cualquier caso. La intuición puede fallar. Al mejor cazador se le va liebre...

Estuvimos hasta las dos de la mañana, hora en la que nos retiramos a dormir. Sus padres se quedaron en la caseta habilitada por Protección Civil.

No querían moverse de la zona. Estaban seguros de que Elba se encontraba en aquella inmensa montaña, por algún lugar, pero que no había salido de allí. Además, la última señal de su móvil se detectó en ese mismo sitio, desde el que había que peinar los alrededores.

Olivia y yo nos montamos en el coche. Estábamos exhaustos.

—Creo que la madre de Elba no esperaba tener a alguien tan humano cerca hoy.

—¿Tú crees?

—Sí, realmente lo creo.

—Gracias, yo solo he hecho lo que creía que debía.

—Sí, pero has empatizado mucho con ella. Y eso que no tienes hijos, créeme que es sorprendente.

—Ya, supongo que los que sois padres lo viviréis de una forma todavía más especial—yo le había comentado que tenía una hija en el desayuno que compartimos debajo de las oficinas.

—Ni te cuento. Son cosas que no tienen explicación.

—Algo me dice que Elba está bien. Yo soy un poco sensible para estas cosas y percibo su energía, fíjate.

—¿Lo dices en serio? —quería refugiarme en cualquier idea positiva al respecto. Sentía que lo necesitaba.

—Sí, sí. Algún día te contaré, que hoy no es el caso. La cuestión es que más de una vez me han pasado cosas que no sabría cómo explicar, pero he tenido presentimientos.

—Pues espero que el universo te escuche y estés en lo cierto. Necesito a mi gente conmigo. No concibo la oficina sin ninguno de mis compañeros.

—Lo entiendo. Eres un jefe muy particular—sonrió.

—Soy jefe porque alguien tiene que serlo, pero también me considero compañero y amigo de cada una de las personas que trabajan conmigo.

—Eso se percibe Alexis. No tengas duda.

—Me alegro—sonreí.

Dejé a Olivia en su casa y quedé en recogerla al día siguiente, se iba a venir conmigo para apoyar a su madre de Elba. Le había servido de gran ayuda. Los demás se quedarían en las oficinas con las redes y trabajando, pero Olivia y yo nos uniríamos de nuevo al dispositivo de búsqueda a primera hora.

Camino de mi casa no podía dejar de pensar que aquella chica era especial. Su forma de conectar con las personas, su empatía, su entrega, su solidaridad...Eran valores que yo compartía y que detectaba en Olivia. Y luego estaba el hecho de que era extremadamente atractiva. Sin duda, tenía gancho.

Capítulo 5



Casi no pude pegar ojo en toda la noche. A las siete de la mañana estaba en la cocina, tomando café y leyendo las noticias sobre su búsqueda.

Fui a por Olivia que bajó cabizbaja y triste.

— Buenos días — sonreí con tristeza.

— Buenos días. No he podido dormir nada — negaba con desesperación y se apoyó con su mano en la frente sobre la ventanilla.

— Yo he estado igual, además no hay nada de información hasta ahora. No tienen pista alguna sobre su posible paradero.

— Ya, tiene que ser durísimo para esos padres y para la propia Elba ¿Qué le estará pasando?

— Ni idea, no quiero pensar en nada malo, solo en un accidente y en que no pueda comunicarse, espero que demos con ella.

— Yo también, la situación es desesperante al máximo.

Llegamos al punto de encuentro y allí estaban sus padres, con los ánimos por los suelos, con esa tristeza y dolor que se reflejaban en sus caras.

Junto a ellos se encontraban los expertos, actuando con máxima profesionalidad y trazando las líneas maestras de la actuación de las siguientes horas.

Olivia se acercó a Eloísa, la mamá de Elba y su padre y yo nos dimos un abrazo.

—¿Habéis podido descansar algo? —le preguntó a la desgarrada madre.

—Nada de nada, hija. No podremos coger una cama hasta que nuestra pequeña haya aparecido.

—Va a aparecer pronto—Olivia no paraba de consolarla.

—Sí, ¿verdad? —la mirada de Eloísa era realmente impresionante. Se perdía en el horizonte. Estaba como ida, como si de tanto dolor desconectara y su cuerpo permaneciera allí pero su mente estuviera en otro lado.

—Por supuesto que sí—la abrazaba constantemente.

Yo no podía evitar pensar en el hecho de que, tuviéramos la edad que tuviéramos, nuestros padres siempre nos verían como niños. Eso era lo que estaba ocurriendo con Elba. Para ellos, era su pequeña. Por ende, para mí también lo sería Lucía.

Estuve charlando con su padre, que se mostraba más entero, y me contó a grandes rasgos las líneas de investigación que tenían abiertas las autoridades. Yo mostré interés por si algo había cambiado desde lo que me habían comentado la noche anterior.

Desgraciadamente no había nuevas pistas. Nada era descartable en esos momentos, cualquier cosa le podría haber sucedido a Elba. En aquel escenario reinaba el desconcierto.

No llevaba ni media hora allí cuando, entre la multitud que se agolpaba para seguir ayudando, divisé a mi padre. Allí estaba el bueno de Carlos con su chándal y sus zapatillas deportivas, recién llegado.

—Hola, hijo—me abrazó.

—Hola, papá. Ya sabía yo que hoy sí aparecías por aquí.

—Ya me conoces. Si no vengo exploto. Y tu madre no ha venido porque le he dicho que ella está delicada de las rodillas y que no nos iba a venir bien si encima se caía por aquí, pero de otro modo, no la paro.

—Sois la bomba, papá. Siempre tan solidarios.

—Es lo menos, hijo.

—Ven por aquí, ya conoces a los padres de Elba. Se alegrarán de saludarte—mi padre los conocía porque Elba llevaba muchos años con nosotros.

—Naturalmente.

Sus padres no tenían palabras para agradecerle. Comenzaron a llamarle Don Carlos y él les dijo que no lo hicieran, que ni siquiera cuando era jefe le gustaba que le llamaran así, cuanto y más ahora, que actuaba en calidad de padre.

Ellos venían a ser de la misma quinta, porque Elba contaba con cuarenta y cinco años, mientras que yo tenía cuarenta y tres.

Mi padre y el de Elba pasaron las horas juntos. Buscaban minuciosamente hasta debajo de las piedras y se hacían compañía.

Estuvimos toda la mañana allí y a eso de las doce del mediodía volvió a llegar el mismo catering del día anterior para aprovisionarnos. El cansancio empezaba a hacer mella en cada uno de nosotros, pero nadie estaba dispuesto a darse por vencido.

Fue entonces cuando aproveché para presentarle a mi padre a Olivia, ya que estábamos tomando un tentempié todos juntos, sentados sobre unas piedras.

—Así que esta preciosa señorita es la última incorporación de la empresa—se dirigió a ella.

—Eso parece, señor Montalvo. Empresa en la que se le considera a usted toda una institución, por lo que ha llegado a mis oídos.

—No será para tanto, hija. Solo he sido un trabajador que tuvo la suerte de mantener su empresa a flote en unos tiempos que no fueron precisamente fáciles—se notaba que estaba haciendo memoria y se emocionaba.

—Permítame decirle que no creo que la suerte tuviera demasiado que ver en eso. Soy de las personas que cree en la combinación del espíritu de sacrificio y la constancia.

—Sabias palabras, hija mía. Y eso sí, tutéame, por favor. No soy tan mayor—rio. Mi padre siempre solía hacer la broma de la edad para quitarle hierro al asunto. Le gustaba que le trataran con cercanía.

—Lo intentaré, pero no puedo garantizarle nada. Reconozco que me cuesta.

Al rato, mi padre se acercó a mí.

—Alexis, hijo. Me gusta esa chica. Creo que cada vez tienes más capacidad para hacer buenos fichajes.

—Me alegra saberlo, papá. A Alberto Peña también le gustó cómo le atendió el otro día.

—¿Alberto le ha dado el visto bueno?

—Sí.

—Pues entonces apaga y vámonos. Ese sí que tiene olfato para los negocios.

Pasamos el resto del tiempo recorriendo las zonas que quedaban palmo a palmo.

—Creo que por mucho tiempo que pase no voy a olvidar nunca los gritos de todas estas personas llamando a Elba por si ella los puede escuchar—Olivia me estaba acercando un cafecito.

—Tengo la misma sensación. Nunca había participado en un dispositivo de este tipo y además de que es impresionante, me ha tocado muy de cerca.

Conforme las horas iban pasando, la desesperación se iba adueñando de cada uno de nosotros. En un momento dado, la madre de Elba sufrió un ataque de ansiedad y Olivia volvió a serle de gran ayuda.

—Respira, Eloísa, respira. Venga, tranquilita, cógete de mi brazo y vamos a dar una vueltecita

por aquí—le indicaba el camino y la llevaba amorosamente mientras le hablaba.

—Yo no es por nada, Alexis, pero parece que mi hija no está aquí. Si estuviera, ya la habríamos encontrado—el padre de Elba se iba también desmoronando.

—Un poco de paciencia, vamos a seguir buscando—le indiqué.

—Hazle caso a mi hijo. La esperanza es lo último que se pierde. Vamos, amigo—mi padre le invitaba a seguir buscando.

Pero, por mucho que nos empeñáramos, desafortunadamente se aproximaba el momento en el que no quedara un centímetro cuadrado que peinar.

La noche anterior el despliegue de medios había sido impresionante. Helicópteros y montañeros estuvieron revisando la zona, de la misma forma que la población que se había unido en su búsqueda.

No obstante, todo tiene su final y en un momento dado, los expertos consideraron que había llegado el momento de desmontar el dispositivo. No había nada que hacer. Por mucho que lo deseáramos, nuestra Elba no estaba allí.

Era doloroso ver cómo recogían todos. Sus atormentados padres se fueron para su casa a esperar que la policía hiciera su trabajo en todas las vías de investigación que habían abierto.

—Olivia, hija. Nunca, pero nunca, voy a olvidar lo que has hecho por mí en estas horas.

—Eloísa, de veras que no ha sido nada.

—Para mí ha supuesto mucho, hija—la besó amorosamente en la frente.

—Lo he hecho de todo corazón—se fundieron en un largo e intenso abrazo.

—Alexis, hijo, lo que mi mujer le ha dicho a tu compañera lo hacemos extensivo a ti. No tengo palabras para agradecerte.

—No tienes que agradecerme absolutamente nada—nos abrazamos también—Estamos en

contacto en las siguientes horas y por favor, avisadme si hay cualquier novedad.

—Así lo haremos.

A renglón seguido, me despedí de mi padre, que había llegado hasta aquel lugar en su propio coche y que me reiteró lo muy orgulloso que se sentía de mí.

Llevé para su casa a Olivia, pero por el camino paramos a almorzar, aunque teníamos los estómagos cerrados. Eso sí, el reloj indicaba que ya eran más de las cuatro de la tarde.

— Qué lástima me dan esos padres — no paraba de repetir — Su madre ha entrado en un bucle depresivo. Sentía mucha ansiedad y no quería tomar nada para estar totalmente pendiente a cuanto sucedía a nuestro alrededor. Anoche ni durmieron.

— Ya me dijo su marido. Es un muro muy grande el que tienen ante ellos, su vida ahora no puede ni será otra que la búsqueda de Elba.

—Es muy injusto, muy injusto. Parecen tan buenas personas... Quién les iba a decir a ellos hace tan solo unos días que iban a pasar por esta pesadilla.

—Es cierto. Evidentemente ningún padre merece vivir esto, pero cuando encima ves que son tan buenas personas, se te remueve algo dentro. Yo creo que esta búsqueda va a marcar un antes y un después en nuestras vidas.

Olivia dejó el tenedor sobre su plato y se puso las manos en la cara. A continuación, comenzó a llorar. Parecía frágil y muy vulnerable a pesar de la fuerza que demostraba para trabajar y para desenvolverse. Me había dado cuenta de eso en muchos momentos.

Coloqué mi mano sobre su espalda y comencé a acariciarla. Me generaba mucha tristeza verla así. Levantó la cabeza y me miró.

— Hay que hacer algo, hay que hacerlo — decía entre sollozos.

— Se hará todo lo que se nos ocurra y se pueda. Yo soy el primer interesado en encontrarla. Elba es mi amiga, aparte de una parte importantísima en mi empresa. Te prometo que lo haré — le acaricié la cara.

La dejé en su casa después del almuerzo. Había algo en ella que me despertaba mucha ternura. Hacía mucho que alguien no ablandaba mi corazón de esa manera tan especial, pero ella lo conseguía. Olivia era una mujer preciosa y noble, con un corazón impresionante y con una educación y valores que se reflejaban en cada momento.

Esa tarde le puse un mensaje a Cata para intentar que me dejara ver a la niña. Resultaba que entre semana debía ser el único padre del mundo que no tenía visitas. Y todo porque, en principio, Cata me la jugó diciendo que viviría en otra localidad y que las visitas intersemanales no serían posibles.

Dado ese argumento, la juez solo me concedió las visitas de fin de semana y las vacaciones. Tampoco logré la custodia compartida por el mismo motivo, a pesar de los buenos abogados que defendieron mi caso. De cualquier forma, viendo cómo se las gastaba, yo ya había interpuesto una modificación de medidas, pero me tenía que armar de paciencia mientras. Me la había jugado bien.

Su respuesta no tardó en llegar.

“Tiene un poco de fiebre. No veo conveniente que salga a la calle”

Excusas. No esperaba otra cosa, era increíble la capacidad de manipulación y de causar dolor que tenía.

Me quedé toda la tarde en el sofá pendiente al móvil, con las noticias locales puestas en la tele, hablando con Daniel y Fernando sobre el caso de Elba. El mundo se había parado para todos, no había otra cosa más importante que ella, que encontrarla, que todo eso ya acabara.

Antes de dormir le mandé un mensaje a Olivia.

“Buenas noches. Espero que descanses, quizás mañana sea un día bonito.”

Me salió una sonrisa a pesar de esa tristeza que sentía, pero Olivia me la provocaba. Esa era la realidad, increíble pero cierto. No tardó en contestar.

“Buenas noches, jefe. Gracias, espero que así sea, lo deseo con toda mi alma. Descansa”

Jefe, esa palabra me había matado, la odiaba, pero me sacó otra sonrisa. Yo me sentía más compañero que jefe, con más responsabilidad, pero no un jefe.

Costaba dormir con todos esos pensamientos que pasaban por mi cabeza. Era algo muy difícil de digerir, como si te azotaran una mañana y te dijeran que ya nada iba a ser como antes. Eso era lo que más me dolía que pudiera ocurrir, pues deseaba con todas mis fuerzas que Elba apareciera y todo quedara en un susto.

¿Y si se la había llevado alguien? ¿Y si había sido víctima de algún desalmado? Esas eran las preguntas que más dolían, pero si tenía que ser realista, eran muchas las cosas que le habrían podido suceder y ninguna buena.

Capítulo 6



Esa mañana me desperté y tenía veinte mensajes por lo menos, el corazón se me puso a mil. Me levanté rápidamente de la cama y me fui a preparar un café. Quería estar sentado y espabilado antes de leerlos. Me daba miedo abrirlos, tantos mensajes significaban que había información de Elba.

Miré y tenía de todos mis compañeros y amigos. El primero que abrí era el de Olivia.

“Buenos días, jefe. Pon las noticias”

No sabía si eso era bueno o malo, pero me daba terror. Sentía una terrible presión en el pecho que me estaba causando ansiedad.

Abrí el mensaje de Carlota.

“Enciende la tele, Alexis”

Joder, pasaba de leer ni uno más. Encendí las noticias y ahí estaban hablando sobre ello.

Ya estaba a salvo y su ex marido, detenido. Había sido el causante de su desaparición. La había secuestrado mientras corría y a pesar de ella ser una mujer fuerte, no pudo hacer nada por evitarlo.

Por suerte, no había abusado de ella ni la había maltratado, pero la había retenido para de algún modo volverla a recuperar, reteniéndola contra su voluntad. Se había cubierto de gloria, el muy cínico.

Sentí rabia, si en esos momentos me lo hubieran puesto delante no sabría qué le hubiera hecho.

Gracias a unos chillidos que escucharon unos vecinos y alertaron a la policía, se pudo liberar a Elba.

Abrí todos los mensajes y el resto iban en la misma línea, avisándome de su afortunada liberación.

Me fui para la oficina donde Carlota me recibió nerviosa, llorando por la tensión de las horas pasadas y emocionada por saber que nuestra compañera ya estaba a salvo y bien.

Entré al despacho de Olivia que al verme aparecer sonrió. Estaba llorando también. Eso confirmaba mi teoría de que era muy sensible.

Se levantó y me dio un abrazo. Me quedé helado, pero por su puesto la arropé en mi pecho.

— Me alegra por sus padres y por ella, por fin descansarán todos — decía entre sollozos.

— Claro, verás que en unos días ya está aquí con esa sonrisa que nos ilumina.

— Bueno, ahora imagino que necesitará su tiempo.

— Y se lo daremos, tendrá todo el que precise.

— Yo me puedo encargar de su parte para que el trabajo no se resienta. Me siento capacitada para llevar adelante lo suyo y lo mío y quiero ayudar.

— Pues respecto a lo que puedas avanzar de lo suyo, tienes vía libre para hacerlo — le agarré las manos — Me alegra que estés aquí y estoy seguro de que Elba sabrá por su madre la gran persona que eres.

— Gracias — sonrió levemente.

Salí del despacho de Olivia nuevamente con la certeza de que no me había equivocado un ápice con aquel fichaje. Vaya si era competente, pocas personas se habrían ofrecido a hacer el trabajo propio más el de su compañera.

Entré en mi despacho y no tardó en aparecer Carlota con el café. Era toda ella un cúmulo de emoción y nervios motivado por lo que había pasado Elba. Creo que nos estaba sucediendo a todos, teníamos sentimientos de lo más encontrados.

Sobre las diez de la mañana, que consideré que era una hora medio considerable, llamé al padre de Elba. Era todo felicidad, agradecimiento, rompió a llorar mientras me contaba. Su hija estaba durmiendo ya que había tenido que testificar durante unas horas y poner la denuncia.

Le transmití que no se preocuparan por nada y le pedí que cuando ella se sintiera mejor me llamara. También le pedí que le comentara a Elba que, por favor, ni se le ocurriera volver esos días, que se tomara los que necesitara y que no se agobiara por nada, que lo principal era que ella estuviera bien.

Me lo agradeció, además Elba se iba a quedar unos días con sus padres hasta que se encontrara totalmente restablecida del susto y de lo que había pasado, que no era fácil.

Durante la mañana el ambiente en las oficinas era raro. Estábamos todos como zombis, serios y en silencio. Íbamos actuando por inercia.

También se había incorporado Davinia a la que la noticia pilló en la clínica ya el primer día. Entró en mi despacho, nerviosa como el resto.

—Alexis, yo porque cuando me enteré ya me habían practicado la intervención. De otro modo, hubiera cancelado. No era nada urgente y hubiera podido hacerlo.

—No te preocupes, Davinia. Lo sé.

—Ha sido muy fuerte, pobre Elba. No quiero imaginar por lo que ha pasado.

—Así es.

—Opino que debió cogerla totalmente desprevenida, porque buena es ella. Además, últimamente incluso iba a clases de defensa personal.

—Pues eso debió ser, que el muy desgraciado la pilló totalmente por sorpresa.

—Eso sí. Lo he estado hablando con Sergio y dice que se le va a caer el pelo.

—Eso es lo que merece. Pasar una buena temporadita a la sombra, por miserable.

Salí a tomar un café y no se escuchaba ni un murmullo en los pasillos. Parecía como si nos hubieran dado a todos en el botón del “*off*”, así que al mediodía les invité a una cerveza y unas tapas en el bar.

Cuando entramos en él, todos nos hablaban de lo de Elba. Era conocida allí de sobra, llevaba muchos años tomando café cada mañana, de forma que todos estuvieron muy atentos a la búsqueda. Incluso muchos de ellos habían participado.

Olivia estaba un poco seria. Sonreía, pero levemente. Su semblante indicaba que lo había pasado mal, como si se hubiera tratado de una amiga suya de toda la vida. A ello había que unir la presión de que a la isla al completo el corazón le había dado un vuelco con la noticia.

Después de tomar unas cervezas y picotear algo se fueron marchando cada uno de ellos. Estaban exhaustos. A mí tampoco me faltaba cansancio, pero no tenía ganas de encerrarme en casa.

De repente tuve una idea que me apeteció mucho. Le propuse a Olivia irnos a merendar a un sitio muy tranquilo y bonito, un lugar que me encantaba. Aceptó sin dudarle, era muy predisposta.

Nos fuimos en mi coche ya que ella vivía cerca del trabajo e iba andando.

— Me apasiona este paraje — dijo sentándose en la terraza de ese lugar que nos permitía disfrutar de la plena naturaleza.

— Es uno de mis lugares favoritos, a veces vengo a tomar un café, otras a almorzar y otras a cenar.

— Hace tanto que no salgo a hacer este tipo de cosas— sonrió — bueno con mis padres algún domingo a un restaurante cerca de casa, pero salir no.

— ¿No sales con tus amigas a tomar copas o cenar? — pregunté incrédulo.

— No, mis amigas están casadas o emparejadas — sonreía.

— ¿Y no quedáis de vez en cuando?

— Me está costando restablecerme mucho de un golpe duro — se le cayeron unas lágrimas y se precipitó a secárselas con sus dedos — Perdón, pero aún duele mucho.

— Tranquila ¿Puedo saber qué te pasa?

— Desde los dieciocho años estuve con un chico llamado Jorge, cinco años mayor que yo, mi pareja de toda la vida — se hizo un silencio cuando vino el camarero y le pedí unos cafés y dos pasteles de chocolate que hacían en el lugar y estaban riquísimos.

— Sigue — mi tono era suave.

— Terminó la carrera de profesor y logró plaza rápidamente. Yo estaba comenzando la mía, pero me fui a vivir con él ya que tenía el sueldo asegurado. Seguí estudiando, tenía su apoyo y todo iba genial. Terminé la carrera y me matriculé en un máster — cogió aire y lo soltó — hasta hace un año que... — rompió a llorar y le agarré la mano por encima de la mesa.

— Tranquila — le apreté la mano con cariño.

— Murió en un accidente de moto — terminó la frase a duras penas.

— Lo siento — se me encogió el corazón — Debe ser muy duro.

— Lo es, gracias a Dios que tenía a mis padres y hermanos. Yo aún no trabajaba, volví con ellos a su casa y la verdad es que se han dejado la piel en intentar que fuera feliz. Ahora están de lo más contentos al verme con el trabajo de mis sueños — sonrió con tristeza.

— No sabes cuánto me alegra haberte dado el puesto — lo dije de corazón.

— Gracias — Esta vez fue ella la que cogió mi mano y me la acarició rápidamente con cariño.

— Me vas a prometer una cosa — le señalé con el dedo sonriendo.

— Dime — sonreía levemente.

— Mañana es viernes y vas a aceptar que te invite a cenar. Quiero que salgas, además me alegrará tener un plan pues no será un fin de semana fácil.

— No sé, te prometo que iría, pero me siento como si estuviera haciendo algo malo.

— No digas eso. No estás haciendo nada malo y aunque lo hicieras ya debes asumir que tu vida continúa, no debes olvidarlo por supuesto, pero tienes que empezar a vivir sin miedo.

— Me cuesta mucho — hubo un silencio cuando nos trajeron el café y los pasteles.

— Lo sé, pero quiero que mañana cenemos. Solo eso, tienes que ir quitándote ese sentimiento — le imploré con una leve sonrisa.

— Está bien — sonrió— Hoy merienda, mañana cena, a este paso me haces un tour en dos días impresionante — volteó los ojos y sonrió.

— Mereces darte la oportunidad de vivir, te lo digo con sinceridad.

— Lo sé, pero cuesta mucho — sonreía con tristeza. Se notaba que su novio lo había sido todo para ella.

—No te digo que no. Si te soy sincero, yo tampoco paso por mi mejor momento. Me está costando hacer vida normal, pero hay que intentarlo.

—¿Sí? Yo he confiado en ti y te he contado mis pesares. Espero que hagas lo propio, si te apetece. De mi boca no va a salir nada.

—Sabes que tengo una hija, mi pequeña Lucía...

—Sí, me lo comentaste y después me ha dicho Carlota que es una auténtica preciosidad.

—Sí que lo es. Mira es esta—le enseñé la foto que llevaba en el fondo del móvil.

—¡Por Dios si es una muñequita!

—Sí que lo es y zalamera, lista, ¡qué voy a decir yo!

—No creo que sea porque eres su padre. Es que se ve de verdad que es una ricura.

—Pues sí y el caso es que no puedo verla todo lo que quisiera. De hecho, la veo muy poco.

—No puedo creerlo, pero vive en la isla, ¿no?

—Sí, pero su madre es una persona que vive empeñada en hacerme la vida imposible. Y como no puede atacarme de otro modo, lo hace con nuestra hija.

—¿¿¿Cómo??? —se quedó horrorizada.

—Pues sí, poniendo todos los obstáculos habidos y por haber para que yo no pueda verla y lo cierto es que la situación me aflige.

Le conté por encima cómo estaba el tema normalmente y Olivia se echó las manos a la cabeza.

—¡No puedo entenderlo! Tienes que hacer algo Alexis.

—Sí, mis abogados ya se han puesto en marcha, pero ya sabes eso que dicen: las cosas de palacio van despacio.

—Lo entiendo, pero valor y al toro. Fíjate que me da buena espina lo que me dices. Creo que vas a poder solucionarlo, de un modo u otro.

—El universo te escuche. Con Elba lo ha hecho. Me hablaste de esas sensaciones que percibes en ciertos momentos.

—Sí. Me ha ocurrido muchas veces a lo largo de mi vida, pero no creas, no siempre es bueno...

—¿Y eso?

—Porque en ocasiones las sensaciones son de que las cosas no van a ir bien o de que va a ocurrir una desgracia y también la presiento.

—¿En serio me lo dices? —me quedé impactado.

—Sí. De hecho y sin ir más lejos, me ocurrió con la muerte de Jorge.

—¡Cielos!

—Sí. Yo en ese momento estaba en la cafetería de la facultad con mis compañeras, tomando un café antes de entrar a las clases del máster.

—¿Y?

—Y de repente me quedé como petrificada. Fue como si el buen rollo que reinaba en ese momento se congelara y me envolviera una nube negra.

—Impresionante...

—Sí, mis compañeras comenzaron a preguntarme qué me pasaba y yo no sabía contestarles. Solo les decía que algo malo, pero no tenía ni idea.

—Vaya...

—Pues como te lo cuento. En cuestión de una hora sonó el teléfono y me dieron la noticia.

—No puedo decirte cuánto lo siento.

—Gracias. Además, esa moto fue para él la culminación de un sueño. Estuvo demorando su compra un tiempo para poder invertir en mis estudios.

—Muy loable.

—Y cuando justo empezábamos a levantar cabeza económicamente y cumple su sueño, la vida se le fue. Como comprenderás, me ha quedado una aversión terrible a las motos, no quiero verlas ni en pintura.

—Yo tampoco soy muy amigo de ellas. No tengo moto, prefiero las bicis.

—Esas también me gustan a mí—por fin sonrió.

—Pues nos animamos un día a dar una vuelta por un sendero.

—Esa invitación te la acepto también.

—¡Estupendo! —yo ya estaba notando que cada vez me apetecía más hacer planes con ella.

Estuvimos charlando un buen rato. Nos tomamos dos cafés y comimos el pastel. Después nos fuimos y la llevé a su casa.

—Hasta mañana Olivia, gracias por tu compañía—sonreí al despedirme de ella.

—Gracias a ti, Alexis. Ha sido una tarde tan inesperada como estupenda.

—Me alegra mucho que opines así.

—No podría hacerlo de otro modo—se bajó con aquella sonrisa que iluminaba todo el habitáculo.

Me fui conduciendo en dirección a mi casa con la sensación de haber descubierto esos días, y sobre todo aquella tarde, a una mujer de esas que merecen la pena, de las que quedan pocas. Olivia estaba repleta de valores, sentimientos y respeto por las personas. Y para que no faltara nada, era preciosa con una sonrisa de lo más bonita.

Llegué y me duché pensando en ella. No me la podía quitar de la cabeza, hacía mucho que no me pasaba eso.

Preparé la cena y sonó el teléfono. Me alegró ver que en la pantalla ponía Elba.

Estuve charlando con ella. Había pasado un susto muy grande, pero la encontraba de ánimos mejor de lo que pensaba. Me costó convencerla de que no fuera al día siguiente a trabajar, esa era su intención, pero le pedí que ya volviera el lunes. Para un único día de trabajo prefería que

descansara varios aprovechando el fin de semana.

Menos mal que no era tan cabezona como yo pensaba y aceptó. Me agradeció todo, al igual que a los compañeros a los que iba a ir llamando poco a poco. Además, mencionó lo impresionada y agradecida que estaba con Olivia por el cariño y apoyo que le había prestado a su madre.

Cené feliz de haber hablado con ella, contento con ese desenlace. Aunque no fue bonito lo que le pasó, al menos estaba bien y había salido ilesa.

A continuación, me llamó mi padre. Lo había hecho también por la mañana, pero con tantas emociones apenas había podido atenderle. El hombre estaba pletórico también de felicidad.

—Hijo, por fin podemos respirar todos tranquilos. Imagino que, en la oficina, muy felices, ¿no?

—Sí, papá, aunque nos hemos quedado un poco tocados, poco a poco la impresión irá pasando.

—No tengo duda de eso. Además, tú tienes un buen hacer que vale su peso en oro.

—Gracias papa. Viniendo de ti lo tomaré como un gran halago.

—Lo es, hijo, lo es. Se pone tu madre.

—Alexis, ¿estás bien? ¿Has comido bastante estos días? Con tanto disgusto como has tenido, estoy preocupada. Mira que puedes venir a comer a casa, aunque yo sé que con Fina estás en buenas manos.

—Lo estoy, lo estoy, mamá. No te preocupes por nada. De todas maneras, sí pasaré a comer con vosotros uno de estos días.

—De acuerdo, hijo. Me avisas el anterior y te preparo lo que quieras.

Colgué riendo mientras pensaba que, efectivamente, para los padres los hijos son niños siempre. No me había equivocado y ahí tenía una prueba más.

Finalmente me acomodé en la cama. Estaba rendido y necesitaba recuperarme para tomar las riendas de la oficina como era debido en las siguientes horas.

Me quedé dormido pensando en Olivia. Hacía mucho tiempo que ninguna mujer me había atraído de esa manera, más desde el corazón.

Capítulo 7



Y llegó el viernes y con él sus primeros rayos de sol. Un café y de un salto al coche.

Por el camino pensé que me había levantado con ánimos renovados. La aparición de Elba me había cargado las pilas a tope. Y la tarde anterior con Olivia, ya ni digamos.

Llegué a la oficina y me recibió la alegre sonrisa de Carlota. Se notaba que también estaba recuperada.

—Buenos días, Carlota. Tienes mucha mejor cara.

—Buenos días, Alexis. Tú también.

—Sí, parece que todo va volviendo poco a poco a la normalidad. Falta nos hace.

—¡Y tanto! ¿Has podido hablar con Elba?

—Sí, lo hice ayer desde casa. Me llamó ella.

—¿Y cómo está?

—Ya sabes cómo es...

—Fuerte como un roble—añadió Carlota.

—Sí, de modo que está mucho mejor de lo que cabría esperar. Creo que cualquiera en su situación lo habría tomado mucho peor. Os va a ir llamando a todos, me dijo que estaba muy

agradecida. Es muy fuerte.

—No hace falta que lo jures. Yo de ese susto no salgo, vaya...

—Bueno, pues nada que la convencí para que no se reincorporara hasta el lunes...

—Y pronto es.

—Desde luego, lo que pasa es que, de ser por ella, lo hubiera hecho hoy mismo.

—Eso seguro, conociéndola...

Me dirigía hacia mi despacho, pero no pude evitar la tentación. Olivia estaba en el suyo y sentía ganas de entrar a verla.

—Buenos días, Olivia—sonreí ampliamente.

—Buenos días, Alexis—me devolvió la sonrisa.

—Venía a decirte que anoche hablé con Elba y todo bien.

—Sí, no he podido evitar escuchar tu conversación con Carlota. No sabes lo que me alegra...

—Y a mí. En ese caso no me queda más que desearte buena mañana y recordarte, tú ya sabes...—le guiñé un ojo.

—Sí, sí, lo tengo en cuenta—hablar en clave con ella de nuestra cita y ver cómo se le iluminaba el rostro me llenó de satisfacción.

La mañana pasaba lenta. Por muy bien que me encontrara, estaba deseando que pasaran las horas. Cada vez que miraba el reloj me quedaba un poco loco. ¿Solo habían pasado diez minutos desde la última vez?

—Tu cafecito Alexis—una amable Carlota entraba por la puerta.

—Muchas gracias, Carlota.

—¿Sabes? Me acaba de llamar Tony. Dice que en comisaría se comenta que la detención del ex de Elba no tiene desperdicio. Por lo visto se muestra frío y calculador.

—Imagino. Solo me faltaba que me dijeras que es un tío muy centrado. Entonces sí que me caigo de espaldas.

—No, por lo visto es un descerebrado total. A la vista está. De hecho, eso fue lo que motivó que Elba tomara la decisión de separarse.

—El caso es que a mí me ha pillado de sorpresa. Yo no sabía que él llevara tan mal la separación.

—Ni tú ni nadie, pero es que ya sabes que Elba es muy reservada para los temas que conciernen a su vida personal.

—Demostrado está.

—Y pensar que yo a veces me enfado con el pobre Tony por cosas sin importancia. Estas vivencias te cambian la perspectiva.

—No creo yo que tú te enfades mucho en casa. Si eres un encanto, mujer.

—Sí, sí, pero que eso no te engañe. También tengo mi genio—rio.

—Hombre, genio tenemos todos...

—Sí, sí, Martina algunas veces me dice: “mamá, cuando no recojo mi cuarto, te sale el bicho que llevas dentro...”. Y es que me pongo bien seria.

Reímos con sus cosas y ella se marchó. Me encantaba que compartiera conmigo esas escenas familiares. Yo estaba deseoso de tener las mías propias, pero la soledad era mi compañera en casa.

Cinco minutos más tarde entró Daniel por las puertas.

—Fenómeno, ni te he vuelto a preguntar, ¿qué tal va ese ojo?

—Va, va, en su sitio. Y no me quita las ganas de nada. Quería proponerte que saliéramos esta noche.

—Hoy me viene mal. No puedo.

—Pues entonces, mañana. Y ni se te ocurra rajarte—hizo un gesto con los dedos del tipo “me he quedado con tu cara”. ¡Lo que no me pasara a mí!

—Venga, mañana. Eso sí, contrólate un poco que a este paso nos inflan a hostias por tu culpa.

—No, no hombre. Esta que me llevé la otra noche fue de esas de las de una vez al año, que no hacen daño.

—Si tú lo dices...

—Claro, claro. Prometo no meterme en líos. De hecho, el plan es llamar a las suecas. A esas les va la marcha, como a nosotros.

—No sé qué decirte.

—Ni falta que hace que digas nada.

—Gracias por la parte que me toca—el jefe sería yo, pero en nuestros planes estaba claro que mandaba él. Vaya caso de tío.

—De nada. Tú lo único que tienes que hacer es ponerte mañana como un pincel, que eso sí que se te da muy bien y el resto me lo dejas a mí, que ahí controlo yo.

—¡Me rindo! Haz lo que te dé la gana—levanté los brazos.

—Lo iba a hacer de todas maneras—cerró la puerta tras de sí.

Sin comerlo y sin beberlo, me encontré con plan para el viernes y para el sábado. El que en

principio iba a ser un finde familiar con Lucía se estaba convirtiendo, por obra y gracia de la maldad Cata, en una serie de planes de lo más moviditos.

Cuando Daniel se fue pensé en que agradecía que mi despacho y el de Olivia no estuvieran juntos. En cierto modo, me daba corte que me escuchara haciendo planes referentes a otras chicas durante el fin de semana. Yo no era un picaflor y no quería darle esa impresión.

Por fin llegó el mediodía y los viernes teníamos costumbre los chicos y yo de tomar una cerveza a la salida. Otros muchos días lo hacíamos, pero el viernes era fijo.

—Olivia, toca un tentempié para todos, que nos lo hemos ganado por ser viernes—le comenté al cruzármela a la salida.

—¿Es una especie de ritual? —rio.

—Sí. Los viernes, sí. Toca despejarse un poquito y celebrar aquello del trabajo bien hecho.

—¡Así es! —hizo Daniel un gesto para dejar avanzar a las chicas por el pasillo.

—¡Hombre y tanto! Yo sin mi cervecita del viernes no soy nada. Se la puedo dar mortal al pobre Sergio si no me la tomo. ¡Con menuda mala leche llegaría! —Davinia y sus cosas.

Nada más entrar en el bar comprobé con júbilo que la vida se iba abriendo paso, vamos que volvíamos a la normalidad.

—Pues no tienes ni idea de lo que va a hacer tu partido, ese al que defiendes tanto, todos los extremos son malos, Daniel, no te olvides—Fernando comenzaba a exaltarse.

—¡Ni de coña! Me voy ahora mismo a mi casa como empecéis a dar la murga con la política los dos—Davinia lo tenía claro.

—¡Hombre, por Dios! ¡Y yo también! —apuntó Carlota—prefiero cuando Martina empieza a tocar el tambor en el salón, y mira que eso no hay quien lo aguante, a vosotros con la canción de la política.

—¡Joder, no hay libertad de expresión ya en este país! —se quejó Daniel.

—Hombre en este país sí, pero en este bar no—apunté, riendo.

Olivia miraba la escena divertida. Ella no nos conocía todavía lo suficiente, pero pronto sabría del palo del que íbamos cada uno.

—Venga sí, vamos a cambiar de tema antes de que se líe la monumental—Davinia llevaba la voz cantante de la conversación.

—Pues tú dirás, guapita de cara. Propón uno que no sea polémico para vuestros delicados oídos—Daniel y su ironía.

—¡Ya lo tengo! Ahí va una sugerencia que no vais a poder a rechazar...

Dejó la frase en suspenso y los chicos comenzaron a hacer el ruidillo de tambores que precede a las grandes noticias.

—Arranca la moto, guapa—Daniel se desesperaba pronto y ella estaba disfrutando de su minuto de gloria.

—¡Qué impaciente eres, le quitas emoción!

A Davinia no había nada que le gustara más que acaparar el protagonismo. De hecho, en todos los eventos de empresa y celebraciones que habíamos disfrutado en ocasiones con nuestras familias, todos juntos, ella era la chupa cámara oficial del reino.

—¡Pues que nos podíamos ir todos los compañeros de crucero este verano! —soltó finalmente.

—Ya quisiera yo, bonita, pero no sabría que hacer esos días con Martina—Carlota adoptó un gesto de resignación—Además, a decir verdad, no tengo corazón para irme yo a disfrutar y dejarla en casa.

—¿Y quién te ha dicho que la dejes en ningún lado? Digo irnos todos, con las parejas, niños... Puede ser muy divertido.

—No te digo yo que no—pensé que podía ser una idea sensacional—Davinia era muy de organizar y tenía buenas ideas.

—Hombre así, ya cambia la cosa... —Carlota lo estaba procesando.

—Claro, lo malo es hacer el pino puente para coincidir todos con los días libres y tal. Nosotros lo tenemos más fácil—dijo Fernando—Siempre que contemos con la aprobación del jefe, claro—me miró riendo—Otra cosa son las parejas.

—¡A ver yo no digo que sea sencillo! Eso sí, si no lo proponemos, seguro que no nos sale—Davinia abanderaba una idea y esa iba a misa.

—¿Tú qué opinas? —di pie para que Olivia interviniera. No quería que por ser la nueva se sintiera fuera de juego.

—Yo lo veo muy bien, la verdad es que no salen así propuestas de todas las empresas. Me parece una idea preciosa. Además, a Elba le podría venir de perlas.

Me encantaba que en sus reflexiones solía haber siempre pensamientos bonitos hacia los demás. Yo los escuchaba a todos, pero la miraba a ella. Por mucho que trataba de evitarlo, los ojos se me iban solos.

Lo cierto es que echamos un rato de fábula en el que no faltó un emotivo brindis que todos hicimos a la salud de Elba, nuestra querida compañera.

Tomamos algo ligero y los chicos se fueron marchando, a excepción de Fernando, que almorzaba allí. Me las ingenié para quedarme a solas con Olivia.

—Te veo luego. No me falles—le di un cariñoso toquecito en la punta de la nariz.

—No, no te preocupes.

—¿Quieres que te acerque ahora a casa? No me cuesta.

—No, no. Te lo agradezco mucho, pero el paseo a esta hora me despeja. Ya estoy acostumbrada y me gusta.

—Como quieras. Entonces, ¿te parece si paso por ti a las nueve?

—Me parece fenomenal.

No quise insistir en llevarla ni mucho menos. No quería parecer un baboso y además sabía que con Olivia tendría que ir con pies de plomo. Ella era material sensible por la tragedia que azotó su vida sentimental.

Me puse al volante de mi coche y arranqué. Conforme iba avanzando por la calle, me la volví a encontrar. Estaba al borde del paso de peatones para cruzar.

—Pase usted señorita—le hice un gesto para que cruzara.

—Gracias—asintió con la cabeza y cruzó, dedicándome su preciosa sonrisa.

Su visión cruzando la calle me dejó obnubilado. Si hubiera tenido que compararla con un animal, sin duda hubiera sido con un cisne, majestuoso y elegante.

Desde mi perspectiva pude observar cómo un tipo que pasaba por su lado, casi se da contra una señal de tráfico por volver la cabeza para mirarla. Me eché a reír por la escena sin reparar en que yo mismo me había distraído también. Me quedé a un centímetro de pegármela con el coche de delante.

—¡Tío! —sacó la cabeza por la ventanilla el conductor—Hay que ir más atento, ¿se puede saber a dónde diantres mirabas?

—Perdona, estaba distraído—¡a él se lo iba a decir yo! De eso nada.

—Pues más cuidadito que después pasan las cosas—estaba más cabreado que un mico.

Llegué a casa y me dispuse a descansar un rato para estar más fresco que una rosa por la noche.

A las ocho comencé a prepararme. Algo de musiquita relajante de fondo y un atuendo informal. Aquello no era una cita en toda regla. Visto desde fuera era una invitación para que una amiga

fuera recobrando poco a poco su vida social. Otra cosa era lo que yo sintiera al respecto.

Elegí un atuendo *casual*. Tampoco quería arreglarme demasiado porque no habíamos dicho nada sobre la cuestión y no me apetecía dar pie a que desentonáramos. Prefería ser yo en un momento dado el que me quedara corto, antes de que ella se sintiera mal.

Me decanté por unos vaqueros nuevos, con un polo de una de mis marcas preferidas en color blanco y unos zapatos informales en azul marino. Completé el atuendo con una *bomber* acolchada en color verde botella muy vistosa y juvenil que acababa de comprarme.

Salí de casa con mi mejor sonrisa en la boca y me dispuse a darle el encuentro a Olivia. Yo sabía exactamente dónde vivía porque tenía sus datos en la oficina.

La casa de sus padres estaba situada en una bonita urbanización residencial de clase media-alta. Era una zona realmente selecta y cuidada. Aparqué en la puerta de su casa cuando faltaban tres minutos para las nueve.

—Buenas noches, Alexis—Olivia salió por la puerta de su casa a las nueve en punto.

—Buenas noches, Olivia. Estás muy guapa—yo la esperaba fuera del coche, de pie.

—Gracias—pareció ruborizarse un poco.

Y sí que estaba guapa. En realidad, venía para hacerle un monumento. Y además congeniábamos perfectamente en el estilo. Olivia llevaba unos pantalones vaqueros de pitillo que le hacían un tipo increíble, con una camiseta rosa palo de cuello de pico que terminaba en unas puntillas de encaje en cuello y mangas, muy fina. Sobre ella, llevaba una bonita sahariana verde agua.

—Pase, señorita—le abrí la puerta del coche.

—Muchas gracias.

En ese momento caí en la cuenta de que alguien nos observaba desde el amplio ventanal de su casa. Ella también miro y se rio.

—Es la cotilla de mi hermana Alexandra. Tiene diecisiete añitos.

—No te preocupes—reí.

—Piensa que mi familia ya no está acostumbrada a verme salir apenas.

—Entiendo—carraspeé.

—No, pero lo digo en plan positivo.

—¿Sí? —sonreí.

—Sí, sí. Mi madre se ha puesto súper contenta de que saliera esta noche. Lógicamente me ha preguntado y eso, pero ya te digo, muy contenta.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Pues que salía con mi jefe, la verdad.

—¿Y no te han dicho que soy un viejo? —reí.

—¿Cómo viejo? Tú debes tener...

Se quedó mirando fijamente.

—A ver lo que dices que todavía no han pasado tu contrato por la Seguridad Social y digo el lunes que no lo hagan—bromeé.

—¡Qué malo!

—Sin coacciones. ¿Cuántos años me echas?

—¿Sin coacciones? Unos treinta y ocho.

—¡Me miras con muy buenos ojos!

—¿Tienes más?

—Digamos que cinco más.

—Pues no lo parece para nada. Además, yo creo que lo de la edad está más bien aquí dentro —señaló su cabeza e hizo un gesto muy gracioso, como si al tocarse con el dedo en las sienes se le descolocaran los ojos y se pusiera bizca.

—Pienso igual. Me siento súper joven, no voy a decir lo contrario.

—Claro que sí. Eso es lo que cuenta. Pues lo que te decía, mi hermana es un poco curiosilla y además está castigada, así que no tenía nada mejor que hacer que espiarnos esta noche.

—¿Y eso?

—Porque ha suspendido un examen esta semana y mis padres para esos temas son muy estrictos.

—Entiendo. Supongo que me pasaría igual.

—Sí y es que aparte la pobre tiene la mala suerte de que tanto mi hermano David como yo hemos sido muy buenos estudiantes.

—Total que la buena de Alexandra es la oveja negra en ese sentido.

—Algo así—rio—A ver, va con su curso y tal, pero los estudios le cuestan. Ella es un torbellino, toda una revolución. La alegría de la huerta, pero flojilla para los libros.

—¿Y tu hermano? ¿Qué tal es?

—¿David? Ese es un medio superdotado. Donde pone el ojo pone la bala, el tío. Está acabando la carrera de Medicina y yo creo que va a ser premio extraordinario de su promoción. Y el hecho de que haya seguido sus pasos, ha llenado de orgullo a mi padre.

—¡Toma ya!

—Sí. También lo adoro. David es mucho más seriecito que Alexandra, pero siempre ha sido

muy responsable y yo me he apoyado mucho en él tras lo que pasó con Jorge. Aparte de hermanos, somos muy amigos.

Mientras Olivia me iba contando todas esas cosas, yo estaba sencillamente en una nube. No podía dejar de mirarla. Por momentos me iban atrayendo más cosas de ella. Era dulce, inteligente, amena y estaba descubriendo que divertida. Aparte, su atractivo era innegable y el delicado brillo que llevaba en sus labios hacía que me dieran unas ganas increíbles de besarlos.

Llegamos al restaurante. Era uno de mis preferidos. Situado en un acantilado, sus vistas a la playa, aunque fuera de noche, no tenían precio.

—¿No me digas que es aquí donde venimos?

—Sí, ¿tienes algún inconveniente?

—No, todo lo contrario, ¡me encanta! También es el restaurante preferido de mis padres.

—¿En serio?

—Y tanto. Mi padre le pidió matrimonio a mi madre en este sitio. Para ellos es un sitio muy especial y venimos a menudo.

—Pues me alegra mucho haber dado en el clavo.

—¡No sabes cuánto!

Entramos y pronto pude comprobar la veracidad de sus palabras. Yo conocía a todos los trabajadores del restaurante e incluso era amigo del dueño y, en cuanto a ella, le pasaba tres cuartos de lo mismo.

A los camareros y al *maitre* les llamó la atención vernos juntos. Se notaba en sus miradas, aunque eran muy discretos y no preguntaron nada de nada. Eso sí, nos saludaron efusivamente.

Cenamos como reyes. Un poco de sancocho, algo de queso escalfado con mojo y unas tapas de atún en adobo. Todo exquisito.

En cuanto a la compañía, no tendría palabras para definirla. Olivia hacía que el reloj se volviera loco y avanzara sin tregua. Ella convertía las horas en minutos con su deliciosa conversación.

En lo que respecta a mí, me sentía irremediabilmente atraído por aquella belleza rubia. Además, sin ser en absoluto provocativo, el elegante escote en pico de su delicada camiseta invitaba a imaginar lo que había debajo y es que no era la primera vez que me fijaba en que tenía un pecho precioso. Yo quería desnudarla con la mirada.

—¿Un postre Olivia?

—¡Cielos! Lo cierto es que estoy muy llena pero el dulce me pierde, hizo como si se pusiera una pistola en las sienes y disparara. Incluso ladeó la cabeza—estaba descubriendo una parte cómica de ella que me fascinaba.

—Pues entonces no lo pienses, aquí tienes la carta—se la puse en las manos.

—Gracias, pero no esperarás que tome postre sola. Eso no vale.

—Yo es que estoy llenísimo.

—Pues entonces propongo un postre para compartir.

A decir verdad, yo, ganas de comer nada más no tenía, pero compartir, hubiera compartido con ella cualquier cosa, así que acepté.

—¿Te parece la tarta de dulce de leche?

—Me parece—me daba igual.

Se hizo una pausa y nuestras miradas se encontraron. Durante unos segundos las sostuvimos y rocé el cielo con las manos. Fue algo espectacular.

—Aquí tienen su postre—venía decorado con mimo.

—¡Qué bonito! Le voy a hacer una foto, si no te importa—era un encanto de niña.

—¡En absoluto!

—Mira, ¿ha quedado chula? —me la enseñó.

—Chulísima.

No podía dejar de mirarla, aunque naturalmente no lo hacía con ningún descaro. Notaba cómo disfrutaba con los pequeños detalles, con las cosas más sencillas y eso me fascinaba.

—¿Te gusta? ¿He acertado con el postre? —estaba pendiente a mi reacción cuando me llevé la cuchara a la boca. Era de lo más consideraba.

—Mucho. Es una exquisitez, gracias.

—Me alegra. ¡Ummmm, sí que está buena! —gimió de placer y aquel gemido me estremeció.

En un momento dado, nuestras cucharas chocaron en el plato y nos echamos a reír. Una risa sincera y bonita que de por mí hubiera perpetuado. Lo pasamos archifemoneal.

Salimos del restaurante y la noche estaba increíble.

—No sé lo que te apetecerá hacer ahora. Quedo a tu entera disposición—propuse.

—Bueno, en realidad, son las doce. Ya te he comentado que no estoy demasiado acostumbrada a salir. No sé si te importará que vayamos...

—¿Y una copa? —interrumpí—¿No me aceptas una copa? —fui rápido antes de que me dijera de ir volviendo.

—No sé...

—No te hablo de irnos de fiesta, sino de una copa tranquila en un lugar apacible—reí.

—¿Sabes qué te digo?

—No.

—Que, si se trata de buscar un lugar tranquilo para charlar, por mí me quitaba los zapatos y bajaba allí—señaló a la playa y al camino que llevaba a ella.

—¡Eso está hecho! —me resultó una propuesta tan novedosa como atractiva. Y es que Olivia podía ser cualquier cosa, menos convencional.

No sé cómo podría definir la charla que mantuvimos sentados en la arena y bajo un manto de estrellas. Solo sé que esa noche cuando me acosté, todavía podía escuchar la combinación del sonido de las olas con la armónica voz de Olivia de fondo.

Capítulo 8



Mi primer pensamiento de la mañana fue para Olivia...

La visión de la noche anterior, sentada relajadamente en la playa, con las piernas cruzadas y aquel precioso semblante que alumbraba la luna no era fácil de quitar de la mente.

Tan solo habíamos bebido una copa de vino en la cena, por lo que me levanté nuevo.

Me acerqué a la cocina. Los sábados estaba solo en casa pues durante el fin de semana prefería disfrutar de mi intimidad y que Fina librara.

Me preparé un café y me acerqué a la nevera para coger la leche y algo de jamón york que ponerle a la tostada. Vi los *tuppers* que Fina me había dejado, cuidadosamente colocados con sus pequeños letreros “albóndigas en salsa” y “crema de calabacines”. Decir que era una joya era poco.

Desayuné tranquilamente, escuchando las noticias. Todavía estaba mordisqueando la tostada cuando me llamó mi madre.

—Buenos días, hijo. Te he llamado y después me he arrepentido por si te despertaba, ¿lo he hecho?

—No, mamá. En absoluto, no te preocupes. Además, sabes que suelo poner el móvil en silencio mientras estoy descansando.

—Sí, sí, es verdad. Mira, tu padre y yo vamos a ir al mercado. ¿Te apetece venir a comer?

Yo la conocía de sobra. El hecho de saber que Cata me había desbaratado los planes del finde

hacía que estuviera especialmente atenta y cariñosa.

—Mamá, hoy no me viene bien. En todo caso, ¿os cuadra mañana?

—Claro que sí, hijo. ¿Cuándo no nos cuadra a nosotros que vengas?

—Tienes razón, mamá. Pues no se diga más, mañana estoy allí.

Nos despedimos y me reí pensando que desde luego que ese día no me venía bien. Iba a salir con Daniel y eso significaba no tener hora de vuelta, así que más me valía echarme una buena siesta.

Me apetecía practicar un poco de deporte y me calcé mis zapatillas de *running*. Cerca de casa había un sendero que se prestaba para correr y con algunas máquinas para ejercitarse.

Fui en esa dirección y me dispuse a ponerme los cascos para escuchar música mientras corría. Era algo que me relajaba y me proporcionaba compañía, en cierto modo.

Entré en el sendero y tomé conciencia de que era temprano porque no había nadie. En ese momento pensé en Elba y en lo que le había pasado y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Después caí en que el caso tenía poco que ver con el mío: no imaginaba yo a Cata secuestrándome.

Un rato después volví a casa y miré el móvil. Tenía llamada perdida de Daniel. Se la devolví.

—¿Qué te pasa? —tienes voz de cansado. ¡No me vayas a decir que estás enfermo!

—No, no, tranquilo. Solo un poco cansado. Vengo de pegarme el carrerón del siglo.

—Ah vale, pues por lo que más quieras no te muevas mucho el resto del día que te digo que esta noche triunfamos. Y tenemos que quedar como unos campeones.

—¡A la orden! ¿Has quedado con las chicas?

—Sí, sí. Te recojo en taxi a las diez menos cuarto. Hemos quedado a las diez.

—Ok.

El resto del día me moví menos que una pelusa en una tirita. Comí las albóndigas de Fina y vagueé a placer.

Por la noche, antes de empezar a arreglarme, estuve dudando sobre la conveniencia o no de ponerle un mensaje a Olivia. El caso es que me dejé guiar por mi corazón que me decía en todo momento que sí.

“Buenas noches, Olivia. Espero que hayas pasado un bonito sábado. La velada de anoche fue magnífica y la charla en la playa, especial”.

En unos minutos llegó su respuesta.

“Buenas noches, Alexis. Lo mismo te deseo y coincido contigo en lo que dices”.

En cierto modo y aunque no tuviera absolutamente nada con Olivia, me sentía un tanto extraño por mi cita de esa noche. En cualquier caso, tenía que primar el realismo y yo no le iba a hacer ningún daño porque no éramos nada el uno del otro.

A la hora convenida, Daniel estaba con el taxi en la puerta y nos dirigimos hacia el local de tapas en el que había citado a las chicas. Ellas todavía no habían llegado.

—Entonces, ¿las has llamado y no han opuesto resistencia? —bromeé.

—Sí, sí. Han opuesto una resistencia loca. Nada más que lo veas—señaló hacia la puerta y allí llegaba ese ramillete de bellezas.

—¡Hola, chicos! —nosotros ya teníamos el modo inglés activado. Cuánto agradecía en ese momento lo pesados que fueron mis padres de pequeño con la cuestión de las clases de idiomas.

—¡Hola, guapas! —nos dimos dos besos cada uno y se sentaron.

Venían monísimas. Ese día con unos vestidos blancos, parecía que se ponían de acuerdo para arreglarse. Ese color realzaba el moreno que estaban pillando en la playa y estaban que crujían.

Nos comentaron que habían estado de compras esa tarde y que se habían tomado algún vinillo

entre tienda y tienda. Era algo que se percibía porque estaban de lo más achispadillas.

Pronto notamos que, tal y como pasó el primer día, Dagny estaba por Daniel y Helga por mí.

Nos trajeron las tapas y ellas estaban de lo más dicharacheras. No paraban de hablar, ¡parecía que habían comido lengua!

—¿Qué tal va ese ojo? —le preguntó Dagny en ese momento a Daniel, cogiéndole la cara.

—Aquí en su sitio, mira, mira.

Ella se puso a mirarlo fijamente y él, como el cachondo mental que era, saltó en ese momento sobre ella y le dio un susto tal que propició que se llevara un manotazo.

—Has herido mi corazoncito, ahora me tienes que compensar—puso la mejilla para que ella le diera un beso.

Yo había visto otras veces su truco. Primero ponía la mejilla, luego la comisura de los labios y finalmente los labios. Y solía funcionarle.

El caso es que las suecas eran muchas suecas y, ante su asombro, fue ponerle la mejilla y ella abalanzarse hacia sus labios. Me quedé perplejo mirando la escena.

Daniel, quien también se había quedado gratamente sorprendido, me hizo un gesto para que yo hiciera lo mismo y allá fui.

—Helga, en solidaridad, yo creo que también me podías dar uno de esos.

Y allá fue la maciza. Directa a mis morros. Aquel lenguaje corporal no dejaba lugar a demasiadas dudas.

Terminamos de cenar con un cachondeo impresionante encima, prolegómeno indiscutible de la noche que se avecinaba.

Salimos del local y las chicas propusieron ir a tomar unas copas.

—¿Dónde os parece? —pregunté.

—Yo por proponer que no quede—allá iba el lanzado de Daniel—Sé que hay mil locales, pero en mi casa se sirven unas copas de escándalo.

Las había definido bien. Su casa tenía fama de picadero de primera. Lo normal es que primero hubiéramos ido de copeteo y después él hubiera hecho la propuesta, pero aquella noche era mucha la tensión sexual que se respiraba y había ganas de resolverla.

—Por nosotras, bien—rieron las chicas.

—Pues no seré yo quien diga que no—fui el último en opinar.

Eran aproximadamente la una de la madrugada cuando llegamos a su casa. Daniel vivía en un unifamiliar con un pequeño jardincito delantero, muy coqueto.

La noche invitaba a disfrutar del aire libre y puso la botella de ron y los refrescos sobre una pequeña mesa que tenía ubicada en el jardín.

Nos tomamos un par de ellas entre risas y bromas subidas de tono. El ambiente estaba elevando la temperatura por momentos y una frase de las de Daniel fue la que dio el pistoletazo de salida al desmadre.

—Si os ha gustado el jardín, no os digo yo lo que os van a molar las camas. Las de esta casa tienen fama, ¿queréis que os lo demos?

Una mordida de labio de las chicas por respuesta y ya estábamos los cuatro arriba. Eso sí, juntos, pero no revueltos.

Dagny y Daniel se quedaron en el dormitorio de él y a Helga y a mí nos dejaron el que tenía preparado para los invitados, básicamente vividores folladores como él, por lo que también estaba provisto de cama doble.

En cuestión de segundos, Helga me corroboró que el de la cama es el idioma más universal que existe.

Ante mis atónitos ojos, que andaban bastante faltos de escenas de aquel tipo últimamente, se

quitó el vestido y me lo tiró en la cara. Se quedó en ropa interior y su cuerpo era realmente escultural.

El moreno de su piel contrastaba con el amarillo mostaza de su ropa interior, cuya parte inferior era un tanga tan fino que más bien parecía un tirachinas. La vista de su trasero no tenía parangón.

En lo referente a la seducción, Helga era una auténtica diosa y, para terminar de desnudarse, no me permitió acercarme, sino que me fue haciendo un *strip-tease* integral mientras puso en su móvil el *Whistle* de *Flo Rida* que venía al pelo para la cuestión.

Yo echaba fuego por los cuatro costados. Nos habíamos llevado al dormitorio una última copa cada uno y tuve que dar un trago. Me sentía arder por dentro.

Me quité precipitadamente la ropa. Tenía una erección bestial y la forma en la que ella miró mi miembro al acercarme, no hizo más que acrecentarla.

Fue llegar hasta Helga y encargarse de poner mis manos en su trasero. ¡¡¡Estaba duro como una piedra!!! Y, para no ser menos, mi hermano el de abajo dio un apretón más y yo creía que iba a reventar.

Hice ademán de tumbarla sobre la cama, pero ella enseguida me dio a entender que tenía otros planes y, en cuestión de segundos, se colocó sobre mí y empezó a lamer mi miembro de una manera bestial.

Sus intensas pero lentas lamidas iniciales fueron dando paso a un ritmo de locura en el que sus manos y su boca se combinaban de una forma que me llevaban irrefrenablemente al orgasmo.

Sentía que explotaba y le pedí que parase. Necesitaba penetrarla y su mirada también lo pedía a gritos. La tumbé y me coloqué encima de ella. Tan pronto mi miembro llegó a su cavidad comprobó una humedad tal que resbaló hasta el fondo. No había freno posible.

Helga reaccionó con un gemido estremecedor a esa primera embestida que fue la primera de muchas.

Totalmente expuesta ante mí y con las piernas tensas por la extrema excitación, mi cadera y mi

miembro entraron en sintonía y la cadencia marcaba un frenético ritmo enmarcado por los más sugerentes gemidos de aquella mujer sexy hasta decir basta.

Estaba nuevamente al límite en el instante en el que me indicó un cambio y fue entonces cuando me enseñó cómo se cabalga. Sus movimientos hacia arriba y hacia abajo, en círculo, fuertes, suaves, rápidos, lentos y de todas las maneras habidas y por haber, lograron que llegara al éxtasis mientras que su grito final me señalaba que a ella le había pasado lo mismo.

Más de una hora duró aquel primer combate. Exhaustos, caímos sobre la cama y desnudos, seguimos charlando, bromeando y bebiendo. En un momento dado comenzamos de nuevo a besarnos y nuestros cuerpos volvían a pedir guerra.

En ese instante, puse mis dedos sobre su inflamado clítoris y sus gemidos en mi oído marcaban el comienzo de otro combate sexual que ambos deseábamos con todas nuestras fuerzas. Me agaché ante ella y con mi lengua empecé a recorrer esa zona que estaba sensible a más no poder.

Sus gritos se dejaban sentir en toda la casa y, lejos de pedir que aquello cesara, Helga imploraba que lamiera más y más... Su cuerpo se iba curvando por la excitación hasta dejar su zona más íntima cada vez a mayor altura y, a la vista de mis ojos, aquellos increíbles senos, firmes, redondos y tan bien colocados que levantaban a un muerto.

En el momento en el que su segundo orgasmo llegó y, cogiendo con fuerza las sábanas, se colocó a cuatro patas y me pidió que lo hiciéramos mirando al espejo.

En una especie de pacto de sangre, estuvimos mirando cada uno la lasciva mirada del otro mientras yo la penetraba de tal forma que le costaba trabajo no sucumbir y caer sobre la cama. Sin embargo, cuando más fuerte eran mis estocadas, más las reclamaba ella.

Pasó un buen rato hasta que volvimos a caer, con un segundo orgasmo por mi parte, entre risas y buen rollo en la cama. Para ese entonces, ella también había experimentado un tercero. Nos mantuvimos la mirada y saltaban chispas.

Quizás fue la fuerza de esas chispas la que finalmente nos invitó a quedarnos dormidos, desnudos y con los cuerpos entrelazados.

Capítulo 9



Dualidad de pensamientos en el despertar del domingo. Con los ojos todavía cerrados, la dulzura de Olivia me llamaba. Con ellos abiertos, la sugerente silueta desnuda de Helga sacaba mi lado más salvaje.

Aparté con suavidad su pelo de mi pecho y ella se despertó.

—¡Buenos días, Alexis! —su mirada sugería cualquier cosa menos inocencia.

—¡Buenos días, guapa!

Se levantó de un salto y se dirigió hacia el cuarto de baño. Sus andares denotaban seguridad, femineidad y sugerencia dignas de una diva. Me quedé mirándola mientras volvía del baño, apoyado sobre mi brazo en la almohadada.

—¿Uno más antes de irnos? —no conocía el rubor ni le interesaba.

Le hice un gesto de aprobación y no lo dudé, ¡¡al lío!!

La química volvió a surgir a borbotones entre nosotros. Sin prolegómenos, cogí a Helga entre mis brazos y al rozar mi miembro con su zona íntima, la humedad actuó sola, haciendo que resbalara nuevamente por aquel conducto que ya me resultaba tan conocido.

—¿Otra vez fiesta? —la voz de Dagny llegó desde el dormitorio de ellos.

—¡Calla, que estoy concentrada! —Helga era un caso también.

Y lo estaba. La cuestión era que yo me había levantado muy potente y mientras ella, juguetona,

trataba de zafarse, en broma, yo la contenía entre mis brazos. Levantó las piernas y rodeó mi cintura con ellas. Mirándome fijamente, decía una y otra vez, “¿no sabes darme más fuerte?”

Era una rival de altura. Me ponía a prueba. ¡Y tanto que sabía hacerlo! Fue un despertar de auténtico escándalo. Cuando ambos terminamos, nos fuimos por separado a la ducha. De hacerlo juntos no respondíamos.

Bajamos y Daniel y Dagny estaban poniendo café. Desayunamos los cuatro entre risas y confidencias.

Daniel me lanzaba miradas de complicidad y las chicas decían que la noche había estado pero que muy bien y que había que repetir.

De allí salí zumbando en un taxi, en compañía de las chicas. Yo fui el último en llegar a casa y me volví a duchar para ponerme ropa limpia. Había quedado para comer con mis padres y ya eran las doce.

En la ducha me reí pensando en ese extraño mecanismo que mi madre tenía para averiguar, tan solo mirándome, si había tenido jarana o no con alguna chica. Nunca pude entenderlo. Si su mecanismo de detección era proporcional a la calidad del sexo, ese día lo iba a detectar de lejos.

Me miré al espejo y la verdad es que no tenía mal aspecto. Las copas de la noche anterior tampoco habían sido tantas.

Cogí el coche y me dirigí a casa de mis padres.

Mi madre estaba en el jardín. Era muy aficionada a la jardinería y le encantaba hacer sus pinitos.

—¿Dónde está la mujer más bonita del mundo? —los cogí por sorpresa porque entré con mi llave. A ellos no les gustaba que llamara porque decían que aquella seguía siendo mi casa.

—¡Hijo, qué alegría! —me espetó mil besos.

Me encantaba verla de aquella guisa, con su pabela y sus guantes de podar. Era una imagen que recordaba desde niño y a la que le tenía gran cariño.

—¿Me ayudas un momento a trasladar esas macetas, Alexis? Con la rodilla no me atrevo a coger peso.

—¡Ni que yo me entere! —no tienes que cargar nada mientras nosotros estemos aquí.

—Me lo acababa de decir, pero le he dicho que esperara a que llegaras tú, hijo. Todavía estoy baldado de las caminatas que nos dimos con lo de Elba.

—Normal, papá.

Estuve ayudando un ratito a mi madre y a continuación me senté con ellos a tomar el aperitivo. El día estaba delicioso.

—¿Qué sabes de Elba, hijo? —mi madre tenía gran cariño a todos mis compañeros.

—Está bien, mamá. No te preocupes, es una campeona.

—No me pude quedar más sorprendida. Increíble pero cierto, su ex marido. Estas cosas las espera una de un desconocido, de un auténtico demente, pero de alguien de tu círculo...

—Pues justamente es lo contrario en muchos casos, mami. De todas formas, no lo pienses mucho, ya pasó.

—Tienes razón mi niño, prefiero pensar en mi nieta y en cosas bonitas. Por cierto, le estaba diciendo a tu padre que ahora con el cambio de tiempo, la tenemos que llevar de compras y escoger de todo para ella. A mi niña que no le falte de nada.

—No te preocupes mami, puedes estar segura de que con la pensión que le paso no le falta de nada—no escatimé ni un euro en la separación para mi niña.

—Eso es verdad, Margarita. Además, su madre, gracias a Dios, también está bien servida económicamente con su trabajo de modelo—añadió mi padre.

—Si no os falta razón, pero para mí es un gusto llevar a mi niña de compras.

—Sí, mamá. Te entiendo. Si ya sabes que yo, por mucha pensión que pase por ella, siempre le estoy comprando cosas.

—Es que tienes un corazón de oro, hijo—me besó.

—¡Pues como el de su madre! De tal palo, tal astilla—rió mi padre desde su asiento.

Un rato después sacamos el almuerzo al jardín. El día estaba increíble e invitaba a tomar el solecito.

—¿Cuándo vuelve Elba, hijo? —preguntó mi padre.

—El lunes, papá.

—No dejes de decirle que cuando esté más respuestita nos haga una llamada de teléfono a tu madre y a mí. Nos dará mucha alegría saludarla.

—Claro que sí, papá.

—Y dale un beso enorme de nuestra parte—mi madre siempre tan cariñosa.

—Por supuesto, mamá. La verdad es que su llegada va a ser muy emotiva. Los compañeros están muy contentos. Creo que esto nos ha unido todavía más a todos, si es que cabe.

—Un motivo de satisfacción hijo, ya sabes que la unión hace la fuerza—a mi padre le alegraba que así fuera.

—Sí, sí. Aquí unión hay. Si hasta se ha propuesto, bueno lo ha propuesto Davinia, que el próximo verano vayamos todos de crucero.

—¿Y los miembros honoríficos de la empresa no cuentan? —bromeó mi madre—Porque iba a ser la única manera de llevar a tu padre de crucero.

—Margarita, ¿otra vez con eso? ¿Tiene que ser en un barco?

—Hay que probar de todo, Carlos.

—Pero mujer, yo viajo donde tú quieras y lo sabes, pero los barcos no son lo mío.

—Papá, yo creo que ahí mamá tiene razón. Deberíais hacer un crucero alguna vez para que ella se quitara esa espinita.

—¡Ya está aquí el abogado de las causas imposibles! —se quejó—¿No tenéis otra macetita de esas que mover de sitio?

—Pero papá...—reí.

—Ni papá, ni nada. No me gustan los barcos y no me gustan.

—Déjalo hijo, genio y figura, hasta la sepultura. Yo es que creo que ha visto demasiadas veces la película “*Titanic*”.

—Margarita, menos cachondeo, que te estoy escuchando...

Terminamos de comer y nos quedamos un rato en tertulia. Me divertía mucho con mis padres y además en casa siempre lo debatíamos todo. Desde jovencito pude disfrutar de un ambiente en el que ningún tema era tabú.

—Hijo, ¿saliste anoche?

—Sí, mamá, con Daniel.

—¡Claro! Así te veo tan buenos colores, eso es porque has tenido fiesta esta noche.

Me tenía que reír con ella porque además es que no fallaba. Dicen que el que calla otorga y eso fue lo que hice yo.

A media tarde me despedí de mis padres y me marché a casa. Al día siguiente ya había que trabajar y quería poner algunos papeles en orden.

Por el camino, mis sentimientos me aclaraban cada vez más la situación. Comenzaba a sentir algo por Olivia y su precioso rostro no se borraba en todo el día de mi pensamiento. En cuanto a

Helga, lo que me atrapaba era su sensualidad, pero nada más.

Antes de acostarme, volvió a apetecerme ponerle un mensaje a Olivia y de nuevo no le puse freno a mi impulso.

“Buenas noches, Olivia. Deseo de corazón que hayas disfrutado del domingo y que empieces bien la semana”.

Su respuesta no se hizo esperar.

“Buenas noches, Alexis. Mil gracias por tus palabras. Espero que tu domingo también haya sido bonito. Buen comienzo de semana también para ti”.

Aunque la iniciativa la tuviera yo y ella se limitara a corroborar mis palabras, sus respuestas comenzaban a ilusionarme. Olivia parecía estar colándose por un resquicio de mi dolorido corazón, que comenzaba a latir con fuerza.

Capítulo 10



El lunes era ese día en el que parecía que todo se renovaba, lo veía como un ciclo.

Me levanté temprano, me tomé el café y salí hacia el trabajo donde nada más entrar encontré a Elba hablando con Carlota, agarradas de las manos las dos.

— Hombre, nuestra Elba — levanté las manos a modo de “por fin”.

— Calla — volteó los ojos acercándose a mí para darme un abrazo.

— ¿Qué tal estás? — pregunté mientras la abrazaba bien fuerte.

— Bueno, aún en shock, pero esto no va a poder conmigo — me dio un fuerte beso y se apartó.

— Ni lo vamos a permitir — intervino Carlota — Por cierto, hoy nos vamos a tomar el café en el despacho del jefe.

— Eso está bien — respondió sonriente Elba — Aviso a Olivia que ya está trabajando como loca.

— Anda, me van a visitar tres preciosas mujeres ¡acepto! — exclamé negando y marchando a mi despacho.

Me senté y me puse a revisar un expediente que teníamos entre manos bastante interesante. Cinco minutos después ya estaban las tres con los cafés en mi despacho.

— Venimos a alegrarte la mañana, jefe — bromeó Elba.

— Buenos días — reí mirando a Olivia.

— Buenos días, Alexis — sonreía avergonzada.

Se sentaron frente a mí, además que estaban de lo más emocionadas. Lo de Elba parecía haberlas unido aún más.

Al momento entró Davinia que acababa de llegar pues tenía ese día que sacarse sangre para una revisión, con su café también en la mano. Elba la había avisado por mensaje.

— Buenos días ¿ya le habéis pedido el aumento del sueldo al jefe? — se sentó haciendo una burla.

— Claro y nos dice que mejor todas al paro — respondió Carlota en tono bromista pero ruborizada, ella era muy meticulosa con todo lo que decía.

— Pues él se lo pierde — respondió Davinia ante la risa de todas.

Las chicas bromeaban y yo sonreía, pero estaba atento a Olivia. La pobre se sentía ahí en medio un poco cortada ya que ella era nueva y, además, muy prudente.

No tardaron en aparecer Fernando y Daniel al comprobar que había reunión en mi despacho, aunque no fueran invitados.

— ¿Esto es premeditación? — preguntó Daniel bromeando.

— Sois unos envidiosos de primera — contestó Elba.

— Pues sí, pero al menos lo reconocemos.

— Yo no digo nada — respondió Fernando a lo de Daniel — Lo de reconocer es cosa tuya.

— Y digo yo ¿Por qué no nos vamos al bar a desayunar? Total, hasta la recepción está sola — murmuró Elba causándonos una risa.

— No, eso a las tres. Hay que poner orden, chicos. Un café aquí y todos a sus puestos —

ordené riendo.

— Ay, el jefe poniendo orden — dijo Daniel haciéndome un guiño y señalándome con el dedo.

— Desde luego, tiene narices lo poco que nos duran las reuniones de chicas — respondió Davinia volteando los ojos.

— ¿Perdona? — pregunté riendo y carraspeé.

— De chicas y del jefe — afirmaba en plan resignación — Aquí hay que matizarlo todo — negó.

— Yo me piro que tengo mucho que hacer — dijo Fernando abriendo la puerta y haciendo de forma graciosa “adiós” con la mano.

— Yo me voy el último — sonrió con amplitud Daniel.

— Tienes un morro que te lo pisas — contestó Davinia.

— Bueno, yo sí que me voy a trabajar que por ser la última voy un poco más lenta — sonrió mientras se levantaba Olivia de la silla.

Y así se marcharon todos menos Daniel que se quedó sentado sonriente apoyado en la mesa.

— La sueca me tiene loco — puso cara de satisfacción.

— Anda, anda, no empieces y tira para tu despacho — reí mientras le señalaba a la puerta.

— Me voy, pero este finde mojamos de nuevo con esos dos pibonazos — se fue señalándome en tono advertencia.

— No hagas planes por mí — arqueé la ceja mientras la puerta se cerraba y se perdía de mi vista.

No podía con él, no se quedaba nunca satisfecho. Iba a por todas en todos los sentidos.

Aunque la noche con la sueca había sido espectacular en el ámbito sexual, yo me quedaba con la cita del viernes con Olivia, que era a la que tenía ganas de escribir al final del día. Esa me llenaba mucho más que cualquier otra cosa.

La mañana pasó volando y salí hacia el bar. La cita era cada vez más como el pan nuestro de cada día. Antes era obligada los viernes, pero últimamente parecía serlo más a diario.

Y ahí estaban todos, incluida la preciosa Olivia que me miraba sonriente, ruborizada. Era lo que más me gustaba de ella, su sencillez.

Me puse con los chicos a hablar mientras la observaba. Me encantaba cuando la pillaba mirándome de reojo. Lo hacía a cada momento, en uno de esos le hice un guiño para advertirle de que lo estaba viendo. Le dio un golpe de tos que me hizo mucha gracia.

Pedimos unas tapas, pues teníamos mucho que celebrar. Brindamos por Elba y reímos, mientras charlábamos por los codos.

Se fueron marchando todos y frené a Olivia cuando intentó despedirse.

— ¿Qué prisa tienes?

— Ninguna — sonrió ruborizándose y mirando al suelo — pero...

— Pero me querías hacer un tres sesenta — levanté la ceja.

— No, para nada — sonreía entrecortada.

— ¿Piensas que no nos espera nuestro lugar favorito para tomar café? — pregunté refiriéndome al sitio aquel al que la llevé la primera vez a merendar y que tanto me gustaba.

— No tenía ni idea — puso cara de circunstancias.

— Pues vamos — dejé el dinero en la bandeja de la cuenta y salimos a buscar mi coche al garaje.

Puse un canal de música y nos dirigimos al bar con las mejores vistas del mundo, al menos

para mí.

En el coche iba sonriente, pero se le notaba avergonzada. Eso me fascinaba, saber que le provocaba rubor y no indiferencia.

— Bueno, ya estamos aquí por segunda y no última vez — me acomodé.

— A ver si esto se va a convertir en algo tan rutinario como ir al bar al salir de trabajar — reía flojito.

— Pues no sería mala idea — carraspeé y me dirigí al camarero que había acabado de aparecer.

— Mis padres te deben la vida según ellos — soltó una pequeña carcajada.

— ¿Y eso? — mi gesto fue de sorpresa total.

— Dicen que por fin me pierden un poco de vista — volteó los ojos.

— Ellos lo que quieren es verte vivir, ya te lo dije — levanté la ceja.

— Eso es, pero bueno surgió así — se encogió de hombros.

— Y este viernes nos toca ir a cenar a otro lugar que conozco que es perfecto — solté como el que daba por sentado que repetiríamos.

— ¿El viernes? — rio mientras se echaba hacia atrás ya que el camarero traía los cafés y pasteles.

— Claro, el jueves no, que al día siguiente hay que trabajar — bromeé para llevar la pregunta a mi modo.

— Ya — negó riendo y mordiéndose ese labio que tantas ganas tenía de besar.

Olivia me transmitía algo tan fuerte que solo deseaba que la tarde nunca se acabara.

Terminar la jornada diaria con ella en aquel lugar era una auténtica delicia. La tarde estaba increíble y el buen tiempo invitaba a permanecer allí al sol, en la mejor de las compañías.

Volvimos a pedir los cafés y los pasteles de chocolate que tanto nos gustaban y, mientras esperábamos que nos los trajeran, tomé la delantera en la conversación.

—¿Qué tal tu fin de semana? Aparte de la noche del viernes, que esa la presencié en vivo y en directo—reí.

—Pues muy bien. Tranquilo y casero. El sábado por la mañana me fui con mis hermanos a dar un paseo en bici y lo pasamos fenomenal.

—¿Sí? —arqueé la ceja. Alguien me debe también a mí un paseo de esos.

—Vale—cada vez parecía algo más fácil que aceptara mis planes.

—¿Y qué? ¿De qué pasta estáis hechos? ¿Fue un paseíto o una auténtica salida en bici?

—Cielos. No sabría que decirte. Recorrimos unos 17 kilómetros, pero si por Alexandra hubiera sido, todavía estaríamos encima del sillín.

—¿Sí? ¿Es muy deportista?

—No lo sabes tú bien. Nada, hace atletismo, bici, no para...

—Eso es bueno. Yo dentro de nada voy a tener que hacer lo mismo para que ese delicioso dulce de chocolate que viene por ahí no se aloje demasiado aquí—señalé mi barriga y a ella le hizo tela de gracia. Se echó a reír.

—Bueno, el asunto es que la salida fue un poco accidentada.

—¡No fastidies! ¿Te pasó algo? —me preocupé.

—Tan solo unos rasguños en la rodilla.

—Cuenta—me interesaba mucho saber lo que le había pasado.

—La cuestión fue que Alexandra iba la primera y nosotros dos en fila india, detrás de ella. En un momento dado, pasó un animalito por delante, ni vio lo que era y frenó tan en seco que David, que iba detrás, se la comió...

—Y detrás de él tú...

—Sí, pero la que peor parada salió fue ella, que prácticamente voló y fue a caer en un charco. Los demás también nos caímos, pero en el sitio.

—Habría que escucharla, con el arte que dices que tiene...

—Y tanto. Eso no era boca. Pasado el susto y comprobado que no le había pasado nada, David y yo nos hartamos de reír.

—Imagino.

—Sí. Es que estaba de lo más graciosa. Era un puntazo. Con la cara llena de barro y todo el cuerpo empapado. La monda. Menos mal que ya estábamos cerca de casa.

Con ella y sus relatos familiares me pasaba un poco como con los de Carlota, me encantaba escucharlos. Por un momento, no pude evitar que me viniera a la mente una imagen familiar con Olivia y mi pequeña Lucía en bici.

—Imagino. Yo disfruto muchísimo cuando puedo salir con mi peque al aire libre. Incluso hemos hecho alguna excursión al monte, ella con su bici de ruedines.

—¡Ay, qué cosita más linda!

—Sí, sí.

—¿Cómo es?

—Un trasto total—se me debió notar que la pregunta me iluminaba el alma.

—¿Sí?

—Sí, sí. Es un bichillo de primera. Hay que tener siete ojos con ella.

—Cuéntame.

—¡Madre mía! Nos las ha hecho de todos los colores. Desde meterse en la lavadora, fingir un desmayo para no comer verdura, darle tres cucharadas de jarabe al gato de mis padres... Lo que te imagines.

—¡Debe ser la monda!

—Sí, sí. Es muy divertida y luego tiene una boca que no veas, con unas ocurrencias impropias para su edad.

—¿Y tiene carácter?

—¡No lo sabes tú bien! Mi madre dice que en eso es en lo único que no se parece mucho a mí, aunque yo también era travieso de peque. El caso es que Lucía tiene tela de genio y yo era más apocadito.

—Bueno, eso está bien. Así te aseguras de que no le tosa nadie.

—No, no. A esta hija mía yo creo que no ha nacido quien la toree. Ni que yo me entere. Bueno ¿Y el resto del finde? ¿Qué has hecho? —quise cambiar un poco para el tercio.

—Pues después de la salida en bici, por la noche yo no tenía ganas más que de estar en casa, pero David se empeñó en que le acompañara al cine.

—Eso está bien.

—Sí, sí, al final me alegré mucho porque vimos una película muy romántica, preciosa. De esas que provocan lágrimas de emoción.

—¿Te gusta ese género? —yo estaba deseando saber más cosas de ella.

—Sí, sí, me encanta.

—¿Y a David también?

—¡Qué va! A él lo que le gusta es ir al cine en general. Para mi hermano es como una institución lo de las palomitas, las chuches y el pobre eligió esa peli por mí.

—Debe ser un tipo encantador.

—De veras que sí lo es.

—Bueno, a mí también me gusta el cine—carraspeé, por si eso te dice algo.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Y tú? ¿Saliste?

Un ligero escalofrío recorrió mi cuerpo. Esperaba que ella no quisiera indagar demasiado porque odio las mentiras por encima de todas las cosas. En el último año de nuestro matrimonio, Cata no hacía más que mentirme y yo es que no lo soportaba.

—Bueno, en mi caso, salí el sábado por la noche con Daniel.

—¿Sois muy amigos?

—Sí. Nos compenetramos muy bien. Eso sí, somos muy diferentes—me apresuré a decir por aquello de que pronto le llegarían campanas a Olivia de que Daniel era un prenda de mucho cuidado.

—Vale, vale. ¿Y bien?

—Bien, bien. Ya ayer domingo fui a comer a casa de mis padres y genial —di un salto al domingo que me venía de perilla—¡Qué te voy a contar que no sepas! Me miman mucho en cuanto aparezco por la puerta. Sobre todo, mi madre.

—Claro es lo típico. Por cierto, tu padre me cayó fenomenal el otro día. Además, os parecéis mucho, tú eres como un “mini Don Carlos”.

—Carlos, Carlos. Ya sabes que no le gustan las formalidades.

—Bueno, pues un “mini Carlos”.

—Eso ya está mejor—sonreí.

—Tú a él también le caíste muy bien.

—¿Sí?

—Sí, no tengas ninguna duda.

La tarde pasó en un suspiro entre risas, bromas y alguna que otra insinuación más por mi parte para ir quedando. Al final, nos dimos cuenta de que era hora de volver.

—Espero que pases una buena noche, Olivia. Por mi parte, la tarde ha sido estupenda. Hay que repetir pero que ya.

—Yo también lo he pasado genial. Vale, no vamos a dejar ahí ese pastel de chocolate—hizo un gesto con la mano como que estaba de rechupete.

No moví el coche hasta que no la vi entrar en su casa. Por el camino iba pensando que, de rechupete, más que el dulce, estaba ella. Y si bonita era por fuera, todavía parecía serlo más por dentro.

Capítulo 11



Mi primer pensamiento, Olivia. Y no era la primera vez.

Y yo notaba que me sucedía sin poderlo evitarlo y produciéndome aquel pensamiento una sonrisa.

Llegué al trabajo y Carlota tenía una cara de funeral que despedía gente.

— Buenos días, no tienes muy buena cara.

— Buenos días, Alexis, no, no la tengo.

— ¿Te pasa algo?

— No debo hablar de ello.

— Bueno, si te puedo ayudar en algo...

— Ahora te llevo el café.

— Vale — di dos golpes en su mesa y me dirigí a mi despacho.

Me sorprendía verla con esa tristeza y casi sin mirarme a los ojos, sin regalarme esa sonrisa que cada mañana era lo primero que hacía al verme.

No tardó en aparecer por el despacho, casi sin mirarme, me puso la taza y se dispuso a marcharse.

— Espera...

— Dime — seguía mirando hacia el suelo.

— Siéntate por favor — extendí la mano señalando a la silla y ella lo hizo — ¿Qué te pasa? Puedes confiar en mí.

En ese momento rompió a llorar. Me levanté y me fui hacia la silla que había a su lado. Me senté, le cogí las manos y la miré a la cara.

— Tony me dejó por otra, una compañera suya de la policía.

— No me lo puedo creer...

— Ni yo, ni yo — sollozaba con el corazón encogido — Lo peor de todo es que ni se despidió de su hija. La pobre lo escuchó todo y no sabes cómo lloraba. Martina solo tiene cinco años y sus llantos se prolongaron hasta altas hora de la madrugada.

— Imagino, no sé qué decir — me acerqué y la abracé — Cógete estos días y vuelve el lunes, necesitas descansar y ordenar tus ideas.

— No, no me quiero quedar en casa encerrada. Él se llevó sus cosas. Por suerte la casa es de mis padres que me la donaron, así que todo sigue, sin él, pero todo sigue.

— ¿Y Martina?

— Se levantó mejor, la llevé al colegio, a ella le hace mucha ilusión ir.

— Sabes que tienes a los abogados de la empresa a tu disposición para que te lleven el divorcio. Puedes contar con ellos.

— Gracias, les iba a consultar.

— Pues deja que ellos se encarguen. Espero que todo se haga bien por la niña y a ti. Bueno, estoy seguro de que la vida te tiene preparado algo mucho mejor, pues eres una gran mujer, una gran madre, y una gran persona.

— Gracias — me abrazó llorando.

— Ven, vamos a desayunar al bar para que te dé un poco el aire.

— No te preocupes.

— Claro que sí, sabes que para mí no eres una trabajadora. Esta empresa es una familia y tú eres parte de ella.

— No me hagas llorar más — rio mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Salimos de allí y nos cruzamos por los pasillos con Davinia. Se vino con nosotros al bar, además ella era una persona muy alegre y le vendría bien a Carlota. Por lo visto ya se lo había contado y estaba alucinando también.

Pedimos los desayunos y obligamos a Carlota a que comiera un poco de pan.

— No lo hubiera imaginado de él en mi vida — seguía entre sollozos.

— ¿Sabes? — le cogió la mano Davinia — Ninguno de los que os conocemos lo hubiéramos imaginado, pero todo pasa por algo y las lágrimas de hoy quizás un día se convertirán en la mejor de tus sonrisas.

— Gracias, Davinia. Es algo muy doloroso con lo que hay que lidiar e imagino que el tiempo será el que lo cure todo.

— Por supuesto.

Iban hablando y yo escuchaba, pero lo estaba haciendo tan bien Davinia que ni quise intervenir. Me quedé en silencio.

Volvimos a las oficinas y me puse a trabajar. No me había topado con Olivia además de que tenía la puerta de su despacho cerrada.

Miré la foto de mi hija, cómo me dolía y encima tampoco la veía este fin de semana, ya que

no me tocaba y el que cedí yo lo perdía. Así de dura era la cuestión impuesta por Cata.

Tenía muchas ganas de que la justicia se pronunciara ya que aguantar ese tormento era demasiado y los días pesaban.

A la hora de la salida me encontré en los pasillos a Olivia.

— Hombre, pensé que me esquivabas — bromeé.

— No, pero quise adelantar algunas cosas y no salí del despacho — sonrió.

Bajamos al bar y nos pusimos con los chicos. Ella se ruborizaba con esas miradas que yo le dirigía y la veía que se ponía de lo más nerviosa. Por mi parte, lo hacía peor.

De Helga me acordaba de su sensualidad, pero Olivia tocaba mi corazón, sin dudas que lo hacía. Era como una tentación sentida por algo de difícil acceso.

Ese día no le dije nada de ir a tomar un café. Quería que me echara de menos, que se preguntara por qué no le había dicho algo a la salida. Era la única forma de ir ganándola, que pensara en mí, que tuviera ganas de esos momentos que a veces le proponía.

Me fui para casa pues quería estar relajado, tirarme en el sofá, tomarme la tarde libre, así que me di una ducha, me preparé un café y me tumbé a vagar.

No tardó en llegarme un mensaje que me dejó con una sonrisa floja. Era de Olivia, junto con una foto de un café y un pastel de chocolate.

“Ya que no me invitaste hoy, me fui sola. Tienes razón, comenzaré a vivir y a encerrarme menos. Gracias por ser como eres”

Me encantaba. Era la verdad, su forma de ser, su timidez, su nobleza, lo tenía todo para conquistar a cualquier corazón. Y el mío lo estaba deseando.

No tardé en responderle.

“Eso tiene una pinta brutal, lástima que no me invitaste...”

Me reí después de enviarlo y ella respondió inmediatamente.

“Ni lo pruebo. Ya me siento mal, tienes razón, mañana venimos y nos lo comemos. Queda mi jefe invitado”

Joder, tampoco era eso. Bueno sí, lo del día siguiente sí, pero que no se comiera el pastel en ese momento, no. Le contesté rápidamente.

“Acepto con la condición de que te comas ese pastel y compres otro para llevármelo mañana a mi despacho y que me lo tome con el café”

En nada, recibí su respuesta.

“Eso está hecho. Mañana te llevo este y por la tarde probamos otro. Hay muchas delicias en este lugar”

Me dejó toda la tarde a baba caída. Le hubiera seguido respondiendo, pero lo cierto es que prefería tenerla en ascuas un poco para que así siguiera pensando en mí. Algo me decía que ella era todo lo que había buscado.

Justo antes de cenar me llamó mi amiga Nuria. Otra tormenta que se avecinaba y yo sin saberlo.

—¡Hola, Nuria!

—¡Hola, Alexis!

—Chica, no tienes muy buena voz.

—No hace falta que lo jures. He tenido mejores días.

—¿Y eso?

—Daniela me ha salido rana—¿Qué estaba pasando a mi alrededor? Esperaba que esa mala racha no fuera contagiosa.

—¡¡No fastidies!!

—Sí, sí fastidio. Bueno, mejor dicho, me ha fastidiado ella. Me ha jodido, pero a base de bien.

—¡Venga ya! ¿Tanto?

—Sí, amigo. ¿Y sabes qué es lo peor?

—Dime.

—Pues que no lo he visto venir. No he visto venir una mierda. Me lo he tragado todo como una imbécil.

—Suele pasar, ¿es un lío de cuernos? ¿Está con otra?

—¡Está con otro!

—Joder, ahora sí que me he perdido.

—Y yo. De repente me sale con el hecho de que es bisexual. Según ella de buenas a primeras.

—Y tú, ¿qué dices de eso?

—Yo digo que un mojón. Vamos, que una no cambia de condición sexual como de camisa. Lo debe haber sido siempre. Hasta en eso me ha engañado.

—Ya, y ahora tienes el problema de que comprasteis el piso a medias, ¿no?

—Y no es solo eso—una muerta habría tenido mejor voz que ella.

—¿Hay más?

—Sí. Ya sabes que planeábamos casarnos. Yo soy muy confiada, ¡por el amor de Dios! A mí no se me hubiera ocurrido que ella me iba a estafar...

—¿A estafar?

—Sí. Yo la metí como socia capitalista en el negocio.

—No, Nuria...

—Sí y además en cierta ocasión necesitamos unos poderes y fuimos a notaría.

—No me cuentes más, estoy imaginando el desastre...

—Todo lo que pienses se va a quedar corto. Otorgamos unos poderes mutuos y ella se ha valido de eso para pedir una serie de préstamos que ya tiene en su cuenta y que ahora son de pago solidario. Me los van a reclamar a mí también.

—¡Cáspita! ¿Y estamos hablando de mucho dinero?

—De mucho dinero, Alexis. Del suficiente para no poder pagar las cuotas y que me embarguen la clínica y digo que me embarguen porque a ella le da igual. Ese negocio era mi sueño.

—Lo sé, amiga. Lo sé.

—Y ella pondrá rumbo a las Bahamas o a la Conchinchina con su amorcito, que además tiene diez años menos y a mí que me zurzan, me embarguen y me pudra.

—No es justo Nuria, porque además tú eres una currante increíble.

—Ya, ¡pero para lo que me va a servir!

—No, Nuria. Esto es inadmisibile. Algo se podrá hacer. Y si no, tendrás que pedirle ayuda a tu padre.

—El problema es que sabes que soy muy cabezota. Pedirle ayuda puede significar que luego se crea con el derecho de inmiscuirse en todas las parcelas de mi vida.

—Ya, eso es complicado.

—Y tanto. Vamos es que por ahí no paso. Adoro a mi padre, pero antes de volver a estar bajo su batuta, con nuestra edad, me voy debajo de un puente.

—Lo entiendo, Nuria. Déjame pensar. Tiene que haber algún tipo de solución. Necesitaré ver papeles, números, pero estoy seguro de que algo vamos a poder hacer. Las fórmulas financieras son lo mío.

—Pero en este caso, más que una solución, yo creo que voy a necesitar una varita mágica—rio amargamente.

—Bueno, bueno. Yo te digo que de todo se sale y Daniela que no cante victoria tan rapidito, que torres más altas han caído.

—A ver si es verdad, porque yo me he llevado un palo que creo que voy a ser incapaz de confiar en nadie más.

—Eso de ninguna manera, porque entonces te habría ganado la batalla. Fíjate yo con Cata, podría pensar igual, encima con la niña de por medio...

—Es verdad, Daniela puede jugar con mi dinero, pero Cata lo ha hecho con tu hija y eso sí que debe joder...

—Pues imagina.

Colgamos. Ella me llamaría al día siguiente y hablaríamos de números.

Después de la conversación con Nuria, pensé que yo era más fuerte de lo que parecía y me sentí súper bien. Parecía que el mundo se estaba cayendo alrededor de mis amigos mientras yo comenzaba a ver la luz después del túnel. Y es que nunca pensé en rendirme.

Esa noche me acosté con la sensación de que la vida eran etapas y de que era posible que Olivia representara mi oportunidad soñada para ser feliz.

Capítulo 12



Llegué a la oficina y Carlota estaba cabizbaja, pero sonrió levemente.

Me metí en mi despacho y como cada mañana no tardó en llegar con el café, pero, además, con el pastel que salía en la foto que me había mandado el día anterior Olivia y que me prometió comprar.

— El café y este pastel cortesía de Olivia, nos trajo uno a cada uno — sonrió alejándose después de dejarlo en la mesa.

A todos, solté una carcajada mientras lo pensaba, eso había sido buenísimo, nada de para mí, uno para cada uno... ¡Anda que no tenía estilo la niña!

Me pasé toda la mañana riendo y trabajando. Lo del pastel para todos me había llegado al alma. Había sido un golpe muy bajo o una forma de tapar que no solo le traía pastel al jefe, pero me había hecho mucha gracia y no lo esperaba para nada.

Sobre la una de la tarde, Nuria en la puerta de mi despacho.

—Amiga, ¿cómo estás?

—Giro total de acontecimientos, flipante.

—¿Y eso? Cuéntame...

—Por lo visto, Daniela y el chico tuvieron una discusión muy fuerte anoche. Yo no tenía ni idea, pero parece ser que él la estaba presionando una barbaridad. El tema de la estafa había sido idea suya.

—¡Vaya con el angelito!

—Sí y parece que, por suerte, aunque la infidelidad está ahí y el daño está hecho, ella no ha sido capaz de hacerme esa faena que me arruinaría.

—¡Menos mal! No sabes cómo alegro...

—Sí. Esta mañana ha aparecido por nuestra casa y me ha pedido perdón. Dice que sabe que nunca volveré a confiar en ella, que no volveremos a ser pareja, pero al menos traía el dinero...

—¿En efectivo?

—Sí. En efectivo. Me comentó que creía que en mis manos estaría más seguro, que ella había estado tan trastornada que no respondía, que ya no se fiaba ni de ella misma...

—Se ve que ha caído en una relación de esas tan tóxica que te roban hasta la voluntad, ¿no?

—Así es.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—¿Yo? Jodida, pero no arruinada, que no es poco—tenía mucho sentido del humor.

—Pues eso habrá que celebrarlo en breve.

Salió del despacho y yo con un peso menos.

A la hora de la salida vi a Olivia en el pasillo y le dije que me siguiera, así que me la llevé al garaje, le abrí la puerta del copiloto para que se subiera y nos fuimos de allí.

— Pensé...

— Que íbamos al bar con los chicos, pero no — reí.

— Ah, bueno — se encogió de hombros sin entender nada.

La llevé a un mesón. Concretamente a uno que era precioso, de madera y en el que ponían unas raciones de surtido ibérico y unas tapas que eran de lo mejor.

Sonrió cuando paré en la puerta.

— Me trae muchos recuerdos, aquí venía con Jorge.

Con los sitios y Olivia iba de coincidencia en coincidencia. Lo malo era que en ese caso pensé irónicamente que el acierto había sido brutal y que todo lo hacía al revés, pero lo veía como la posibilidad de que fuera capaz de estar en los sitios en los que estuvo con él sin pensar que hacía nada malo.

Entramos y pedimos una botella de vino, un surtido ibérico y unas tapas de atún encebollado que eran de lo más demandadas.

— Lo de los dulces para todos, una genialidad — reí brindando con las copas.

— Hombre, estaba muy feo que me colara por allí con uno solo para el jefe. Iba a pasar a ser la sospechosa de las oficinas, cuando no la pelotera — sonrió con una leve carcajada.

— Ya, lo vi como una opción.

— ¿Ya sabes cuándo ves a Lucía?

— El viernes que viene, no hubo forma de convencer a Cata. En fin, no me queda otra que aguantar el chaparrón este hasta que la justicia se pronuncie.

— Ya, te entiendo.

— De todas formas, coincide con Semana Santa, así que me la quedo hasta el miércoles y ya el puente de Semana Santa se la queda ella.

— Entonces estupendo.

— Quiero llevarla al Loro Parque, le encanta.

— Es un lugar muy bonito y divertido. Yo fui hace poco y es increíble cómo lo mantienen. Hacía mucho que no lo visitaba y me sorprendió gratamente.

— A ella le gusta por los delfines y porque al final del espectáculo escogen a un niño y le dan una vuelta en la barca y, gracias a que tengo contactos, siempre la pasean a ella — sonreí.

—¡Ya te digo si es lista! Hace muy bien. En el mundo hay que saber aprovechar las oportunidades—rio.

—Totalmente de acuerdo— Levanté la copa a modo de brindis y pensé que no había podido estar más certera.

El mundo era de los que sabían coger esos trenes que solo pasaban una vez en la vida y eso era lo que me parecía a mí Olivia.

—Estarás loco porque lleguen esos días.

—Mucho. ¿Y tú? ¿Tienes planes para Semana Santa?

—No. A decir verdad, hace mucho que no planeo. Ahora improviso más.

—¿Vives improvisando un poco?

—Totalmente—se detectaba ese cambio de actitud que Olivia ya me había avisado por mensaje. Era como si se sintiera más libre, con menos prejuicios...

—Eso está bien. Yo soy de los que piensan que lo mejores planes son aquellos que surgen de manera improvisada.

—Buena filosofía. La comparto. Yo en una ocasión, bueno fue de lo más divertido...

—Cuéntame...

—Verás, antes de Jorge sacarse su plaza de profesor, se fue unos meses a Londres a perfeccionar el inglés.

—Sí, ¿y?

—Pues que mi amiga Raquel, de la que te ha hablado y que es una loquilla, me propuso hacerle una visita allí, pero totalmente de sorpresa...

—Buena idea...

—Sí, pero con lo que no contábamos era con el hecho de que ese mismo puente, Jorge planeaba sorprenderme también a mí y se vino para Tenerife.

—¡No! —reí.

—¡¡Sí!! Fue la bomba. Todos nos quedamos a cuadros. Apenas podíamos creerlo.

—Imagino.

—El caso es que no pasó absolutamente nada. Mira por dónde, yo disfruté con Raquel de un fin de semana de chicas en Londres en el que nos los pasamos pipa y él hizo lo mismo con sus amigos en Tenerife.

—Y eso es algo que igual de otro modo no hubierais hecho...

—Claro, ese es el *quid* de la cuestión. En realidad, estuvo genial, pese a todo.

—Veo que eres una persona optimista y eso me gusta.

—Sí, sí, yo en normalidad he sido siempre de las que he visto el vaso no ya medio lleno, sino casi a rebosar—rio.

—Pues quien tuvo, retuvo y en nada vas a ver las cosas con el mismo cristal.

Hablar con ella era estar en calma, en paz y en armonía con el entorno. Olivia transmitía tan buen rollo que me hacía sentir extremadamente bien.

Además, durante el almuerzo pude comprobar que ella se relajó bastante, a pesar de que el lugar le trajera recuerdos.

Una vez finalizado, fuimos a esa cafetería en la que ella estuvo el día anterior. Pedimos los cafés y unos trozos de tarta de piñones realmente exquisitos.

Me llegó un mensaje de Daniel recordándome lo del sábado y diciéndome de paso que no me hiciera el sueco, muy gracioso...

No le contesté pues estaba con ella y me parecía una falta de respeto responder a algo que no era importante, mientras que Olivia sí lo era, al menos me lo parecía. Eso o que me estaba volviendo un tonto enamorado.

Era toda una tentación, solo me daban ganas de besarla, pero no de la misma forma que lo hacía con la sueca, sino de otra más delicada, más bonita. Lo de Helga era más sexual y nada que ver con lo que yo sentía con Olivia.

Pasamos un buen rato allí. Luego nos fuimos en el coche hacia su casa, donde nos despedimos con una mirada que caló mi alma, me la hubiera comido a besos.

Esperé a que ella entrara por la puerta y puse el coche en marcha. La tarde había sido fenomenal y yo estaba cada día más satisfecho y encantado con aquellos ratitos que pasábamos a solas.

Aproveché el camino de vuelta para mi casa y llamé a Daniel. No aceptaba un no y el sábado habíamos quedado con las suecas. El viernes yo tenía de nuevo una cita con Olivia. Me daba que pensar que no estaba actuando correctamente, pero Helga se iría en pocos días y con Olivia seguía sin tener nada.

Capítulo 13



— Buenos días — la sonrisa de Carlota llena de dolor era lo que reflejaba el momento tan angustioso por el que estaba atravesando.

— Buenos días, Carlota. ¿Qué tal estás?

— Bueno, batallando con la cabeza, pero mejor — levantó un poco los hombros.

— Mañana estarás mejor y pasado mejor, así hasta que estés bien. Ya lo verás.

— Claro, por Martina lo tengo que hacer.

— Por Martina y por ti, pues no te mereces estar mal por un hombre que no te supo valorar.

— Eso le digo yo — apareció Davinia — Buenos días, jefe.

— Vaya por dios, ahora os dio a todos por llamarme jefe — hice como si me fuera a dar con la frente en la mesa de la recepción.

— A ver, si quieres me nombras jefa a mi “*in nomine patris*” — bromeó Davinia causando una risa en Carlota.

— Me lo pensaré — hice un gesto de terror.

— ¿Para qué quieres ser jefe? Mira el de las cincuenta sombras, tenía helicóptero, yates...

— Y yo no tengo nada — reí.

— Bueno tampoco es eso, que tienes tu pedazo de casa, tu cochazo, tu empresa que va sobre ruedas, pero que me puedes nombrar jefa adjunta — me sacó la lengua.

— Vale — levanté las manos y comencé a andar — Me piro que al final capaz eres hasta de hacer que lo firme.

— No lo dudes — gritó muerta de risa.

Encendí el portátil mientras miraba la foto de Lucía, mi pequeña. La amaba con toda mi alma y tenía unas ganas increíbles de verla. Estaba a cada momento preguntándome si se acordaría de mí.

Davinia apareció por mi despacho con el café.

— ¿Has echado a Carlota? — sonreí bromeando y sorprendido porque ella fuera ella la persona que me había traído el café.

— No, pero ya está bien de que siempre sea la misma la que te haga de camarera. Aquí ahora a hacerle la pelota al jefe vamos a venir todas y por turnos — me sacó la lengua.

— Venga pide por esa boca, sin necesidad de rodeos ¿Qué quieres? — pregunté haciendo un gesto burlón.

— Un anticipo de nómina de doscientos mil euros — carraspeó.

— Si te lo doy no apareces más a currar en tu vida, eso no cuela — reí.

— Es verdad, me he pasado un poco, déjame pensar...

— O sea, ni lo tenías pensado. Anda a currar que no tienes remedio — negué riendo.

Era un caso Davinia. En realidad, ninguno de nosotros teníamos que ver con el resto. Cada uno tenía una personalidad muy distinta, pero todas ellas eran complementarias.

A media mañana me pasé por la oficina de Olivia. Tenía ganas de verla, así que llamé a la puerta y entré.

— Buenas tardes, jefe — sonreía.

— Buenas tardes, Olivia — me senté frente a ella.

— ¿Necesitas algo?

— Claro, un poco de compañía — me encogí de hombros provocando una risa en ella.

— Puedes quedarte las tres horas de trabajo que quedan — reía bromista.

— Me tendría que traer mi portátil para avanzar y creo que no es buena idea. Aquí no me concentraría — sonreí con amplitud.

— Vaya, pero si yo soy muy responsable, ni te molestaría.

— Eso lo sé, pero tu sola presencia no me permitiría concentrarme — fui directo a la yugular provocándole un enrojecimiento fuerte en la cara.

— Entonces esa ya no es mi responsabilidad — reía ruborizada.

— Bueno, hoy estoy muy atareado, pero mañana te recuerdo que a las nueve de la noche te recojo para ir a cenar.

— Vale — no dejaba de sonreír.

Salí de allí y me fui de las oficinas ya que tenía que ir a una reunión con unos inversores con los que comería.

Estos eran unos socios de los noruegos que hicieron la fiesta en la que conocí a Helga y donde se llevó la piña Daniel en el ojo, a consecuencia de la cual estuvo unos días que daba miedo mirarle el morado.

Ese día fue de lo más largo, terminé la reunión a las ocho de la tarde, casi cenamos y todo juntos. Eso sí, afortunadamente, llegamos a entendimiento y cerramos otro trato que nos llevaría a buen puerto.

Era impresionante lo fácil que fluía todo con ellos. La confianza era mutua y tras muchos cierres de tratos ya los negocios salían solos pues sabían que las ideas de los proyectos siempre eran buenas. Nunca se nos había caído una operación y siempre sacábamos grandes beneficios de las que cerrábamos en conjunto.

Y es que no era algo nuevo. Llevábamos años trabajando en común en algunos casos puntuales, por los que ellos ya se habían establecido más tiempo en la isla, aparte del hecho de que nuestro clima les seducía.

Llegué a casa, me duché y cené una crema de verduras que estaba espectacular y que Fina me había dejado preparada.

A un paso de entrar en el fin de semana y ver cómo se desenvolvía con cada una, lo mío era de campeonato. Viernes con mi Olivia y sábado con la seductora Helga.

El viernes por la mañana pasó volando.

Llegué y Carlota tenía algo de mejor aspecto, circunstancia que me alegró enormemente. Esperaba que poco a poco se fuera encontrando a sí misma. Era una gran mujer y merecía lo mejor.

A las doce esperaba la visita de Pablo, un amigo de toda la vida que me traía a su cuñado Juanjo, que por lo visto había tenido una brillante idea, según sus palabras y quería que estudiáramos la viabilidad de su proyecto.

Por la emoción con la que me había hablado el día anterior por teléfono, entendí que poco menos que tendría entre manos un “Eurovegas” pero en Tenerife. Me había insistido tanto que le hice hueco rápidamente. Todo fuera por un amigo.

—¡Hola, Pablo! —me levanté y le di la mano—¡Ha pasado mucho tiempo!

—Y más que va a pasar, creo que de esta me dejas de hablar—me susurró dándome un abrazo, para disimular.

Aquel comentario no me entusiasmó demasiado y entendí que venían curvas.

—Yo soy Juanjo—me extendió la mano.

El tipo era un tanto pintoresco y muy bajito. Venía provisto de una serie de planos de tal tamaño que eran más grandes que él.

—Encantado Juanjo—yo estaba un tanto descolocado.

—¿Tienes una buena mesa? —me preguntó, disponiéndose a sacar el primero de los planos, que me daba a mí que extendido no iba a caber en mi despacho.

—Bueno, igual no hace falta que despliegues nada, hombre. Ya sabes que hoy en día, con los programas informáticos, nos hacemos una idea de todo.

—¿Informáticos dices? No, no, yo estoy totalmente reñido con la tecnología.

—Vaya, hombre—sonreí irónicamente casi buscando la cámara oculta. No sabía por dónde venía todo aquello.

—¿No puedes abrirlo, cuñado? Yo de ti iba y le pedía a Carlota, la recepcionista, que te dé unas tijeras.

—Buena idea—salió del despacho.

—Pablo, ¿qué clase de friki me has traído? —lo miraba con ojos atónitos.

—Calla, calla, que me muero de la vergüenza...

—Pero si es que además este tipo no puede ser tu cuñado ni nada, si yo conozco a la familia de Ana...

—Es que esa es la cuestión. No te he contado porque no nos hemos visto. Hace seis meses que no estoy con Ana y he conocido a una chica, Elena. Un encanto de niña pero que pierde pie con su hermano, que llevaba muchos años en el extranjero.

—¡Yo te mato! Y al final voy a ser yo partícipe de este culebrón.

—Me temo que sí. El tal Juanjo está recién llegado a España y su hermana me dijo que necesitaba financiación para un gran proyecto que traía entre manos.

—Y tú me llamaste a mí sin encomendarte a Roma ni a Santiago—reí.

—Pues va a ser que sí. Yo, para qué te voy a negar, estoy muy entusiasmado con la chica y me pareció que ganaría puntos si la ayudaba.

—Y ni se te ocurrió preguntar en qué consistía el proyecto en cuestión.

—Pues no. Ha sido ahora al venir para acá cuando él me ha comentado que lo que quiere montar es....

—Una granja de caracoles—Juanjo acababa de entrar por las puertas y terminó entusiasmado la frase.

—¿Una qué? Me quedé loco, mirando a Pablo y esperando que fuera una broma.

Resultó que no y tuve que capotear el temporal. Cuando salieron por la puerta, yo pensaba que esperaba que los demás no se hubieran enterado de aquello, pero no iba a tener tanta suerte.

Al mediodía terminamos todos en el bar tomando una cerveza y picoteando y el cachondeo de los chicos fue monumental. Aquella era la última vez que le hacía un favor a un amigo sin saber. Me había pasado por buenazo.

Después de tomar unas tapas nos fuimos. Ese día casi agradecí perderlos de vista porque con la cuestión de la granja, los caracoles y los cuernos iban a tener cuerda para rato. Y más que nadie, Davinia, que era la más cañera.

Había quedado con Olivia en que la recogería a las nueve y con esa idea en la cabeza conduje feliz.

Llegué a mi casa y lo que hice fue tirarme en el sofá a descansar. No me apetecía otra cosa más que ello. Quería estar fresco para disfrutar de la noche y del fin de semana que me quedaba por delante.

Capítulo 14



Ahí estaba Olivia, preciosa, con una sonrisa que me hacía derretir.

— Buenas noches, estás muy guapa — carraspeé.

— Buenas noches, jefe, no te quedas atrás.

— Vaya, ya estás como las niñas, llamándome jefe.

— Siempre te lo llamé ¿Acaso no lo eres? — reía divertida.

— Seguramente que sí, bueno, vaya sí, pero no me gusta que me llamen así.

— A mí tampoco me gusta que me llamen Oli y por cuestión de mi nombre muchos me nombran así, pero no por eso voy a coger complejo de aceituna. Pues tú lo mismo, ¿Quién es el dueño de la financiera? Pues eso, siempre serás nuestro jefe hasta que nos pongas de patitas en la calle.

— Bueno, pero me podéis llamar Alexis o Alex, como hacen con tu nombre — sonreí mientras conducía.

— Ya, como poder sí, pero es lo que te queda y con lo que nosotros mejor te identificamos, jefe— Me encantaba que estuviera así de bromista y dicharachera, la verdad es que no era para menos. Olivia se merecía comenzar a ser feliz, sin remordimientos.

—Pues nada, entonces me haré a la idea. Es lo que me ha tocado—me encogí de hombros.

—Claro. Hazte a la idea de que es tu destino. También llaman así a Bruce Springsteen y él no

se queja.

—Hombre, visto desde esa perspectiva es un honor—reí—Que “*the boss*” es mucho “*the boss*”.

—¿No me digas que te gusta? —su cara denotaba entusiasmo.

—Mucho, ¿y a ti?

—¡Yo muero con él!

—¿En serio?

—¡Claro! Si hasta un año de pequeñaja le pedí a mis padres como regalo por mis buenas notas que me llevaran a un concierto suyo...

—¡Otro punto en el que coincidimos! —la miré y en el fondo pensé que ojalá coincidiéramos en el de querer comernos vivos porque yo la devoraba con la mirada.

La llevé a un restaurante muy bonito, especial y romántico, en el que todo estaba preparado minuciosamente al detalle, igual que los platos.

La notaba ya más divertida, suelta, relajada, aunque yo en todo momento conseguía que los colores se asomaran a sus mejillas.

Charlamos sobre todo lo que se nos ocurría, pero yo notaba que ella por momentos cogía más confianza, tenía menos prejuicios y era capaz de dejarse llevar sin necesidad de cambiar de tema como hacía cuando algo la ponía nerviosa.

Por fin Olivia comenzaba a contestar en plan burlona y se veía más ella, una actitud que era la que yo quería lograr, que no se retrajera como lo había hecho en muchas ocasiones hasta entonces.

Tras la cena y como queríamos beber le propuse algo que ni yo esperaba, irnos de copas a mi

casa y aceptó, cosa que me encantó. Era la primera mujer que iba a meter allí pues yo era muy celoso de mi intimidad.

Llegamos a mi casa y se quedó enamorada de cada rincón. Nos sentamos en el sofá a tomar unos vinos mientras charlábamos, uno al lado del otro y ya casi se dejaba tocar cuando yo le hacía bromeando algún gesto como darle un pellizco cariñoso en la mejilla. Inclusive nos mirábamos sonrientes sin apartar las miradas.

El vino comenzaba a surtir efecto y las bromas de manos dieron paso a que las entrelazáramos mientras charlábamos. Yo se las acariciaba y cómo no, eso llevó a algunos abrazos entre risas hasta que nuestros labios se encontraron.

Y nos besamos...

Un beso de esos que parecía propio de adolescentes con sonrisas ruborizadas por su parte. Olivia se tiraba sobre mi pecho como una niña que buscaba protección. Era innegable que la diferencia de edad se notaba, pero a mí me encantaba.

La senté de lado en mi falda mientras seguíamos tomando copas y conversando. Tenía ganas de desnudarla, de verla sin ropa ante mí. Aquella preciosa piel en todo su esplendor debía ser de lo más atractiva. Ella ya lo era de por sí, pero imaginarla desnuda me ponía taquicárdico.

Y terminé desnudándola poco a poco y se mostró ante mí con ese cuerpo que provocaba una tentación sublime, muy diferente a la que me producía Helga. Lo de Olivia era más sentimental que pasional, me gustaba demasiado como persona, con todo lo que ella representaba.

La llevé a mi dormitorio donde me miró avergonzada cuando me desnudé. Sutilmente, se cubrió con las sábanas y yo me metí bajo ellas también.

Nos besamos mientras yo acariciaba con deseo su cuerpo. Era muy meticuloso a la hora de no hacer ningún gesto brusco pues ella era diferente. Merecía que la tratara como una princesa que necesitaba ser amada.

Lo hicimos con delicadeza, mirándonos a los ojos, sin provocar ninguna escena que la hiciera incomodar. Aún era muy pronto para ello y no quería asustarla, mucho menos que se sintiera intimidada.

Era como una niña en mis manos, algo impactante, delicado, que se dejaba llevar, aunque se ruborizara sin poderlo contener, pero eso era la magia de aquel momento en el que la hice disfrutar y sentirse bien a partes iguales.

Terminamos de hacerlo y se quedó en mi pecho mientras yo la abrazaba y charlaba con ella. Así nos quedamos dormidos en mi cama, esa que por primera vez acogía a una mujer desde que me fui a vivir allí tras mi separación de Cata.

Capítulo 15



Amanecer con Olivia en mi regazo fue todo un regalo. Por mucho que quise recordar, no se parecía a ninguna otra sensación anterior...

—¡Buenos días, preciosa! —casi le susurré. No quería que le diera ni el viento.

—¡Buenos días, Alexis!

—Por fin he recobrado mi nombre—sonreí, pensando que debería haber sido el efecto del polvo mágico que habíamos echado la noche anterior.

Por supuesto a Olivia no le iba a decir tal barbaridad, con ella iba con pies de plomo. Y, de hecho, aunque bromeara, para mí no había sido ningún polvo. Hacía mucho tiempo que no entregaba el alma en la cama como lo había hecho en aquella ocasión.

—Sí, sí, jefe—la niña tenía también su puntito irónico.

—No he dicho nada, que ya veo que es peor—negué con la cabeza.

—Mejor, mejor, jefe—volvía a la carga.

—¿Has dormido bien?

—Mejor que bien.

—Estás en tu casa. Yo voy a ir haciendo el desayuno por si tienes hambre.

—Mucha no, pero algo me tomo, ¿y tú?

—Pues lo mismo, bonita—otra vez me dormí la lengua, porque por mí le habría dicho que me la comería a ella, de pies a cabeza, pero no era plan.

—Espera que te ayudo—dio un brinco en la cama que casi se puso de pie. En ese momento se dio cuenta de que se había quedado dormida desnuda y casi que corrió a cubrirse con la sábana.

—No hace falta, mujer—tuve que contener mi risa pues la escena me pareció de lo más graciosa, pero también de lo más tierna. ¡Cómo si no la hubiese visto y sentido ya!

Se vistió y, cuando me quise dar cuenta, estaba detrás de mí.

—¿Quién soy? —me tapó los ojos.

—Espero que Olivia.

—Yo también lo espero porque como sea otra vamos a tener un problema—sacó la lengua.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Por un instante, la mente me jugó una mala pasada y fue como si pensara que ella podría leer la palabra Helga en mi frente. Al momento recordé la cordura y caí en que, por suerte, eso era imposible.

Desayunamos subidos en un carrusel de miradas tan amorosas como insinuantes y de gestos que, vistos desde fuera, solo podían apuntar hacia un camino, ese que ambos notábamos que estaba empezando a surgir entre nosotros.

—Por mí te propondría un plan para esta mañana, pero supongo que tendrás que volver a tu casa—sugerí.

—Va a ser que sí.

—Tus padres al final me van a odiar...

—Más bien creo que van a llamar para darte las gracias. Eso sí, no quiero alarmarlos demasiado. Aunque anoche les avisé de que no iría a dormir, que ya debieron alucinar...

—*Mea culpa...*

—Nada de culpa. Me siento fenomenal. De hecho, hacía mucho tiempo que no me sentía así.

—No sabes lo que me alegra escuchar esas palabras. Yo he estado genial también...

Se hizo entre nosotros un bonito silencio en el que nuestras miradas dijeron más de lo que hubieran podido decir nuestras palabras. Estaba comenzando a surgir algo y, aunque todavía no pudiéramos etiquetarlo, tenía buenos visos.

Después de desayunar la acerqué a su casa. Mientras cruzaba el umbral de su puerta tuve la sensación de que aquel día la iba a echar de menos.

Y de allí a la otra parte del fin de semana. Al rato me llamó Daniel.

—¿Quiénes van a triunfar como la Coca Cola esta noche?

—¿Qué dices, locuelo?

—Que ni se te ocurra rajarte porque esta noche voy a preparar una cena en mi casa que no se la salta un galgo.

—¿Y me tienes que incluir por fuerza?

—Por supuestísimo y no me seas aguafiestas porque no te miro más a la cara por muy jefe mío que seas. Ya sabes que estas funcionan de dos en dos y si no viene la una, no viene la otra. Vamos, que nos buscan repuesto rapidito y aquí paz y después gloria.

—¿Y si te las deajo a las dos para ti solito?

—¿Montarme un trío con esos dos bellezones? Sería todo un tormento... Ah no, que en realidad me fliparía, pero que es muy posible que me manden a la mierda y a lo siguiente si se lo propongo.

—Ya...

—Pero ¿se puede saber qué bicho te ha picado a ti?

—Ninguno. Es que creo que hoy estoy un poco inapetente—reí.

—¿Inapetente? Querrás decir gilipuetas, ¿no?

—Yo no lo habría definido mejor.

—Vamos que solo te falta que me pongas de excusa que estás en uno de esos días del mes...

—Más o menos.

—Pues yo no sé qué puñetas te pasará, pero ya te estás aclarando y esta noche te quiero aquí con tu mejor sonrisa.

—Así me gusta, que me des opciones y margen para hacer lo que me apetezca...

—Si es que no te puedo dejar solo, que te tuerces. Y hablando de margen, te voy a dar uno: puedes traer el vino que te dé la gana para la cena, siempre que sea de esos pijos que tú tomas.

—¿Algo más?

—Bueno venga, ya que insistes, un buen postre también.

—Ya no digo ni una palabra más que a este paso me pones a limpiarte la casa.

—Eso no, pero si te quieres venir antes y ayudarme con la cena...

—Sí, será por lo que tú te vas a meter en la cocina, ¡a otro perro con ese hueso! Lo vas a comprar todo hecho...

—Ahí me has cogido. Bueno, no se puede tener todo. Soy el tío con más encanto de la isla, el más guapo y el que más folla. ¡No pretendas que sea también el que mejor cocina!

—No, no pretendo nada. Y, por cierto, se te ha olvidado decir que el más humilde también.

—Es verdad, pues añádelo en la lista. Y en la de la compra pon también unos entrantes que

tengo la cuenta ya temblando este mes.

—¡A la orden!

A media mañana fui un rato a correr, que tanto pastel me tenía ya un tanto preocupado. No quería que la curvita de la felicidad llamara a mi puerta. Eso sí, por Olivia me comía uno o un ciento, ¡los que hicieran falta por tenerla cerca!

Al mediodía almorcé algo liviano y me pasé buena parte de la tarde durmiendo una reparadora siesta. Cuando me desperté, me arreglé y me acerqué a una tienda de delicatessen que había por mi zona.

Antes de salir de casa le envié un mensaje a Olivia:

“No tengo palabras para definir la noche. Sensacional se queda corta, lo mismo que tú”

Dos minutos después recibí su respuesta:

“Gracias por la parte que me toca. Me sentí muy especial en tus brazos. Encantada de haber vivido unas horas maravillosas”

A las ocho y media llamé a la puerta de Daniel. Las chicas llegarían a las nueve y por su cuenta.

—¡Aquí huele a comida que alimenta! —reí al entrar en su casa—Calla no, que es incienso, no me había dado cuenta...

—¡Muy gracioso!

—Trae—alargó el brazo y comenzó a sacar lo que yo había llevado.

—¡Esto es un vino y lo demás son tonterías!

—Me alegra que te guste.

—¡Claro, ni que fuera tonto! Es lo que tenéis los ricos... A ver entrantes de primera y de postre tiramisú y profiteroles. Ya lo tenemos todo.

—Define todo.

—Que con esto cenamos, ¿no?

Lo miré atónito porque ya no sabía si era broma o no.

—Capaz eres...

—Anda ya, ¡me estaba quedando contigo! Esto va a quedar genial con las pedazos de pizzas que vamos a pedir en la pizzería de la esquina.

—Me temo que no es broma. Eso sí lo dices en serio, ¿no?

—Totalmente. Te van a dejar flipado. Están para chuparse los dedos...

Miré a mi alrededor y había que reconocerlo, la mesa se la había currado mucho, velitas incluidas. Para una cosa que tenía que hacer, es decir, evitar el romanticismo, ¡ahí se volcaba!

Poco después de las nueve llegaron las chicas, un tanto achispadillas, como en la anterior ocasión que las vimos. Reían sin control y se echaban en nuestros brazos sin pudor ninguno.

—¿Os habéis tomado alguna copita de más? —Daniel miraba a Dagny.

—Y algún cigarrito también de más, de esos que los españoles decís, “aliñaditos” —Helga también se me abalanzaba.

Yo había acudido con el firme propósito de hacer acto de presencia, pero la idea era esquivar a Helga. El cómo era algo que estudiaría llegado el momento, aunque la cosa pintaba mal para zafarme.

Nos sentamos en el sofá mientras esperamos a las pizzas. Las chicas venían totalmente desmadradas, tanto es así que Daniel me hizo una seña de que se iban hacia arriba incluso antes de cenar. ¡Yo lo mataba! Le hice una mirada de “alto ahí” y pareció entenderla.

Finalmente vinieron las pizzas y nos sentamos en la mesa. Las chicas estaban de lo más dicharacheras y juguetonas. Venían con unas minifaldas y unos tops con unos escotes que, por mucho que quisieras controlarlos, los ojos se iban solos.

Después de la cena, nos dijeron de compartir los profiteroles. Naturalmente querían jarana y sabían provocarnos, pero bien... Daniel estaba encantado y yo espantado.

—¡Dame otro trocito! —él miraba a Dagny mientras ella se acercaba a sus labios con el dulce postre en los suyos.

—¡Tú también! —me decía Helga, una tanto extrañada de que yo no estuviera tan cercano como la anterior noche.

Pensé que aquello no era más que un juego y participé. Ni que decir tiene que, después de que el dulce se fuera haciendo cada vez más pequeño, sus labios fueron a dar contra los míos y me espetó un beso.

Me quedé un tanto descolocado, hasta el punto de que mi cabeza buscó una excusa para decir que me marchaba.

—Os dejamos aquí, chicos. Nos vamos a retirar—no había quien parara aquello. Daniel ya estaba levantado y subía las escaleras con Dagny.

Helga me miró con ojos de fuego. Su mirada parecía penetrar la mía y mi miembro clamaba por salir a respirar, pues mis pantalones lo asfixiaban.

Nos sentamos en el sofá y se echó encima de mí. Puedo jurar que no quería ni mirarla. Deseaba que algo ocurriera y diera marcha atrás a esa situación, ¿Cómo podría salir bien de aquella? Me había metido yo solito en la boca del lobo.

Llené dos copas con la esperanza de que cogiera una cogorza todavía mayor, pero ni de coña. Más bien parecía que el alcohol subía por momentos su libido.

No sé ni cómo ocurrió. Solo sé que se despojó de su falda y top, se dio la vuelta y puso aquel

espectacular trasero a la altura de mi vista. A continuación, me susurró en el oído: “¿Te gusta? Hazlo tuyo”.

Perdí los papeles y, antes de que quisiera darme cuenta íbamos camino del dormitorio. Rápido como una bala, me despojé de toda la ropa y mi erecto miembro enfiló la entrada de aquella cavidad prohibida que tanto me sugería.

La experiencia de ambos en esas lides jugó a nuestro favor. Aquella diosa del sexo gimió de la manera más provocadora del mundo mientras decía: “hasta el fondo, Alexis”. Después de introducir la parte más complicada, fue una brutal embestida la que sació sus deseos.

En aquella estrecha cavidad, mi miembro cobró vida mientras entraba y salía una y mil veces, la última de las cuales, ambos, en una explosión sin igual, nos cogimos de las manos y pudimos notar cómo éramos capaces de alcanzar un orgasmo de esos que hacen historia.

Mientras nos estábamos aseando, yo tomé contacto con la realidad. No sabía si le había fallado a Olivia o lo había hecho a mí mismo. Conforme mi miembro perdía volumen mi culpa engordaba.

Recé para que se durmiera y esa vez los astros me escucharon. Helga estaba demasiado bebida y, tras la excitación y el intenso orgasmo, cayó exhausta.

Mañana sería otro día...

Capítulo 16



Amaneció el domingo y Helga seguía dormida, pegada a mi pecho...

Antes de alimentar a la bestia, estudié la jugada, me levanté con sumo cuidado y bajé con la ropa en la mano al salón. Todos dormían.

Me fui hacia la cocina y comencé a preparar el desayuno. La idea era que cuando Helga se despertara, yo ya estuviera fuera de su alcance.

—¿Quién ha puesto la cafetera? ¿No se respeta el sueño en esta casa? —Daniel se quejaba desde arriba.

—¡Serás desagradecido! Encima de que te hago el desayuno, ¡cuándo te habrás visto tú en otra! Baja y ayúdame.

—Va a bajar Rita La Cantaora, que yo tengo faena y tú también deberías tenerla y no precisamente de asistente, pero tú mismo...

Al final tuve que insistir en que el desayuno estaba hecho porque allí no bajaba ni Dios.

Helga se despertó y empezó a llamarme. Yo me hacía el sordo y me puse a cantar en la cocina.

—Yo no sé qué leches te pasa, pero tú estás de lo más rarito—la cara de Daniel era de no haber pegado ojo.

—Nada, es que no me encuentro demasiado bien. Desayunamos y me voy, ¿vale?

Y allí estábamos los cuatro, ellos tres con un cachondeo impresionante y yo intentando

integrarme, pero un poco fuera de juego.

Después de desayunar, dejé a las chicas en su casa. Al bajar del coche, Helga me dijo que ya se iban en breve y que había sido todo un placer. Yo le dije que igual y ella me comentó que me volvería a llamar en otra ocasión que volvieran por Tenerife.

Llegué a casa un poco o bastante descolocado y me tumbé en el sofá. Me faltaba algo. Pensé en qué podía ser y enseguida lo tuve claro: me faltaba Olivia.

Le puse un mensaje. No lo pensé dos veces.

Yo: “Hola, bonita. ¿Te apetecería comer conmigo hoy?”

Ella: “¿Por qué no?”

Yo: “Te recojo en tu casa a las dos, si te parece bien”

Ella: “No me parece bien, me parece mejor”

Me hizo gracia que incluso en los mensajes se dejaba ya ver una parte de esa Olivia más fresca que estaba empezando a surgir. Se me antojaba como una flor que en primavera se abre para ofrecer su máxima belleza. Pronto aparté el símil de mi mente, aquello de que “se abre” desataba mi pasión.

Con atuendo cómodo pero estudiado, me dirigí hacia su casa y me bajé del coche. Ella venía con un vestido monísimo, de línea deportiva y unas zapatillas que combinaban muy bien.

—Hola, preciosa—le abrí la puerta del coche.

—Hola, guapo—me hizo mucha gracia que se dirigiera a mí ya de aquel modo.

—¿Dónde vamos? La idea es invitarte a comer.

—Elige tú que para eso has tenido la iniciativa.

—¿Yo? Pues por mí casi que te diría de ir a mi casa, si te parece.

—Creo que es una idea estupenda.

Me encantó la idea de compartir almuerzo en casa con ella. Fina siempre lo tenía todo de punta en blanco.

—Tu casa es todavía más bonita de día que de noche y mira que eso ya es decir—lo miraba todo al detalle.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? ¡Me encanta! Es un casoplón de esos de revista...

—Mujer, no creo que sea para tanto, aunque no me quejo.

Lo cierto es que yo estaba muy contento viviendo allí. Había conseguido el hogar de mis sueños, con estancias amplias y luminosas en el interior y un gran jardín con piscina en el exterior.

—¿Te parece si pedimos *sushi*? El almuerzo ha surgido de manera improvisada y no tenía nada preparado.

—¿No habíamos quedado en que los planes improvisados son los mejores?

—Tienes razón.

—Además el sushi me encanta.

Llegó el pedido y comimos en el jardín. No podía dejar de mirarla y, cuanto más lo hacía, más especial me parecía. En cuanto a ella, y aunque conservaba su timidez, cada vez mantenía más mi mirada y eso me volvía loco.

Después del almuerzo, entramos en la cocina a preparar un café. Bastó que un poco se derramara en la encimera y ambos llegáramos al mismo tiempo a recogerlo, para que rodeara su cintura y sintiera su completa entrega.

En ese momento, mis ojos preguntaron y los suyos contestaron. La cogí en brazos y la llevé al

salón. La impresionante luz que entraba por el ventanal daba a Olivia un toque místico sobre el sofá.

Con gestos cariñosos y delicados, la fui despojando del vestido, mientras ella se deshizo de sus zapatillas. Aquella ropa interior de encaje y tonos pastel contrastaba con el moreno de su piel, pero mentiría si dijera que la tuvo puesto demasiado tiempo.

Retirla fue todo un regalo para la vista y el resto de los sentidos. Allí no había sábanas sobre las que ocultarse, de modo que la exposición de su belleza era total. Mi excitación no encontró límites cuando noté cómo aquel espectacular cuerpo temblaba levemente por los nervios.

Toqué todos y cada uno de los centímetros de su piel con mimo, recreándome en las zonas más erógenas. Sus suaves gemidos eran los que me indicaban que mis dedos y mi boca iban por el camino correcto.

Con total delicadeza, llegué hasta su zona más íntima y mis dedos notaron cómo su clítoris experimentaba una creciente excitación, al contacto con los mismos.

Bastó que describieran una serie de movimientos circulares para que la agitación de su respiración me alertara de que el clímax estaba cerca. Que lo alcanzara bajo mi atenta mirada fue una auténtica gozada.

Tumbada como estaba, mis ojos buscaron a los suyos y fue su sugerente mordida de labio la que me indicó que estaba preparada. La penetré con lentitud, intensidad, sosiego y calma, pero con total ímpetu. Casi podría decir que nuestros cuerpos estaban hechos a la medida el uno del otro.

Penetrar a Olivia equivalía para mí a subir al séptimo cielo. Era como introducirme en un terreno por explorar... Olivia sabía a juventud, a frescura, a vida... Olivia era sencillamente Olivia. Y nadie podía sustituirla.

Capítulo 17



Me sentía como si mi vida tuviera varias vertientes y tal idea hizo que me enfrentara al día muy susceptible. Eso que había hecho el fin de semana no me permitía sentirme bien, pero al menos Helga ya desaparecería de mi vida, por el bien de mi salud mental.

Entré a las oficinas y me encontré a Elba hablando con Carlota. Las saludé y pregunté a las dos cómo estaban.

— Yo la verdad que mucho mejor, parece que se me van pasando los miedos.

— Me alegro, Elba.

— Pues yo también mejor. Estuve el sábado con el innombrable hablando y él lo único que pide es ver a la niña en las vacaciones, así de patético, pero bueno. Ya le he dicho que no tenemos nada que hablar. Van a llevar los abogados de la empresa todo lo relativo a mi divorcio, cosa que te agradezco.

— Solo verla en vacaciones, para alucinar — me salió una impotencia tremenda.

— Ya te digo, pasó de ser el padre perfecto y el marido ideal, a convertirse en un extraño sin sentimientos, pero confío en el karma. Lo que está haciendo a Martina lo pagará.

— Ya te lo dije — contestó Elba — Ese hombre ahora está viviendo una segunda juventud. Al menos él cree que es eso y la va a joder por todos lados, pero gracias a Dios tu hija contigo tendrá todo lo que por parte de él le va a faltar, ni te compliques.

— Pero duele.

— Claro que duele — intervine — mi mujer mata porque yo no vea a Lucía y tú, que se lo pones fácil, va él y quiere el menos tiempo posible. Duele de cualquiera de las maneras, pero el tiempo nos pondrá en nuestro sitio a todos, al menos quiero creer eso.

— El tiempo todo lo cura — respondió Elba.

— Bueno chicas, me alegro de veros mejor y cada día lo estaréis más, ahora me voy al despacho que tengo mucho trabajo que sacar adelante.

—Entonces, no se trata de una leyenda urbana. Los jefes también trabajan—Davinia se acababa de incorporar a la conversación.

—Eso parece—me encogí de hombros, mejor no darle bola que había mucho por hacer.

— Ahora te llevo el café—Carlota siempre tan atenta.

— Gracias, Carlota.

Pasé por delante del despacho de Olivia, pero estaba cerrado. Me daba la impresión de que lo hacía por separar un poco lo personal de lo profesional, por evitar verme. Por ahí iban los tiros, como si quisiera estar concentrada en el tema laboral, pero estaba claro que yo lo tenía muy fácil.

Esperé que Carlota me trajera el café y le dije que avisara a Olivia de que viniera a mi oficina. Me lo bebí rápidamente y ella no tardó en aparecer por delante de la puerta, que estaba abierta.

— Buenos días. Pasa y cierra — sonreí.

— Buenos días. Qué raro que el jefe me mande a llamar — apretó los dientes mientras sonreía.

Estaba preciosa con un vestido suelto rojo y sus sandalias de tacón negras, una maravilla con las piernas más irresistibles del mundo.

Me levanté y me fui hacia ella que aún permanecía de pie y la agarré por la cintura.

— Tenía la curiosidad de saber por qué siempre tienes la puerta de tu despacho cerrada... — carraspeé y le mordisqueé el labio inferior.

—¿Por esto? — respondió preguntando de forma tierna y ruborizada.

— Pensé que lo deseabas... — Le miraba los ojos y los labios mientras le hablaba.

— Me gusta separar el trabajo de esto — se encogió de hombros.

— Pues yo no puedo — la apreté contra mí. Me había sentado apoyado sobre la mesa y la besé.

— No deberíamos...

— No digas nada, nada nos lo impide — metí las manos por debajo de su vestido y me agarré a sus glúteos.

— Alexis — protestó con la respiración acelerada y la besé.

Mis manos acariciaban sus glúteos mientras que la pegaba lo suficiente a mí que ya estaba como una moto, deseoso de sentirme dentro de ella.

La giré y abracé con una mano sobre su pecho y la otra fue directa a su clítoris, a hacer círculos mientras ella echaba su cabeza hacia atrás y contenía los gemidos de placer.

Su culo apretaba mi miembro que ya estaba deseoso de embestirla, esperando que llegara a ese orgasmo que no tardó en aparecer y la hizo caer hacia delante contrayéndose por el placer.

— Te mato — dijo girándose casi sin respiración.

— Mátame todos los días — la giré y apoyé contra la mesa.

Le levanté el vestido hacia la espalda y le bajé las bragas. Después me bajé los pantalones, me puse un preservativo y moví sus caderas hacia arriba mientras le pedía con mi pierna que se abriera un poco más.

Le agaché un poco la espalda con la mano y luego la embestí. Me agarré a sus caderas y comencé a moverme con ligereza de forma sincronizada. Ella aguantaba sus gemidos para que nadie nos escuchara, pero yo la podía escuchar respirar, murmurar y eso me excitaba mucho más.

La imagen de Olivia tumbada en mi mesa, entregada y silenciosa era sugerente hasta decir basta. Mis dedos acariciaban aquella espalda perfecta que acababa en un trasero respingón y bien formado de lo más sugerente.

En el silencio del despacho, identifiqué ese último suspiro que precedió a otro orgasmo intenso que parecía dejar a Olivia sin fuerzas mientras sus labios luchaban por apagar lo que su interior clamaba por dejar salir.

Fue entonces cuando un par de embestidas finales me dieron la certeza de que yo tampoco aguantaría mucho más y, mientras llegaba al clímax, ladeé ligeramente la cabeza de Olivia. Su rostro cándido contrastaba con unos ojos llenos de deseo que encontraron a los míos y dijeron lo que nuestras bocas debían callar.

Cuando terminé nos pusimos la ropa bien y ella negaba riéndose.

— No sé cómo vine — negaba—Por cierto, la próxima vez no me mandes a Carlota, me pones un mensaje por el Messenger.

— Lo haré — la besé.

— Me voy que tengo que trabajar.

— Luego nos vemos — le hice un guiño.

— Por cierto... Buenas vistas — sonrió y cerró la puerta.

En el fondo era muy graciosa, véase el ejemplo, la ironía de haberla puesto mirando para la ventana apoyada sobre la mesa...

Me dejó riendo un buen rato. La verdad era que eso no me lo había esperado, pero le quedó muy como ella, genial. Cada vez me daba más pistas sobre un carácter que me atraía

irrefrenablemente.

A la hora de la salida la volví a ver en el bar ya que se confirmaba que todos los días teníamos que terminar allí, aunque aquel solo estaban Carlota, Daniel, Olivia y yo, los demás se habían ido a almorzar. Aunque Fernando solía hacerlo en el bar, ese día tenía un compromiso familiar.

— Tengo un cotilleo — dijo Carlota con rostro serio — Sabéis que no soy así, pero esto del divorcio hizo que comenzara a fijarme más en los demás que en mí, así me distraigo — volteó los ojos.

— Cuenta, cuenta — bueno era Daniel para los cotilleos, ya estaba nervioso.

— Hay un lío amoroso en la oficina — en ese momento escupí la cerveza, esperaba que no supiera nada de lo mío con Olivia. Y de saberlo, por Dios, esperaba que no lo contara allí.

La cara de Olivia era un poema, roja como un tomate.

— Pues es de Fernando...

En ese momento sentí un alivio, el mismo que se reflejó en la cara de Olivia.

— ¿¿¿Fernando??? — preguntó alucinando Daniel.

— Dejó la puerta entreabierta, y yo me dirigí allí para llevarle una factura a Olivia, así que al pasar por delante de su despacho escuché un ruido extraño. Me asomé con disimulo y ahí estaba en pleno coito con...

— ¿Con Elba? — preguntó Daniel.

— Peor aún, con Davinia...

— Ella está con su novio viviendo, el abogado — dijo Daniel.

— Y Fernando está casado — respondí yo mientras negaba riendo — No me imaginaba que mis oficinas eran lugar de *affaires* — reí sin mirar a Olivia que estaría pensando que no me lo

creía ni yo.

— Joder, siempre fue mi sueño erótico hacerlo con alguien en mi oficina.

— ¡Daniel! — exclamó riendo Carlota.

— ¿Qué? ¿Nunca lo imaginaste?

— Si, claro, en mi recepción a la vista de todos, tú estás fatal — rio y nos provocó la risa a todos.

— No, pero te puedes venir a mi despacho ahora que estás soltera y no sé, seguir el ejemplo de nuestros compañeros.

— Daniel, ni muerta, eres un picaflor. Y los otros dos unos infieles, debe estar de moda eso de los cuernos — volteó los ojos mientras negaba.

— Joder hija, que poca empatía con tu compi favorito.

— No es empatía, es cabeza — rio.

— ¿Y tú qué opinas? — preguntó Carlota a Olivia.

— Pues prefiero no opinar, pero a mí las relaciones abiertas no me gustan y lo veo una falta de respeto a sus parejas. En cualquier caso, allá ellos, cada uno que viva o no en paz mentalmente y con sus sentimientos — se encogió de hombros.

— La verdad es que me chocó mucho eso, vamos porque lo dijiste tú, de lo contrario ni me lo creo — dijo Daniel.

El tema me había impactado. Para ser preciso me había dejado tan fuera de juego que no supe ni reaccionar. No me lo hubiera imaginado en la vida, si hubiera sido Daniel casi que sí me lo hubiera esperado, pero de Fernando...

Estuvimos charlando y luego pasamos al café, al final salimos de allí a las seis de la tarde, hora en la que nos despedimos todos y nos fuimos para nuestras casas.

Eso sí, por mucho que la conversación se desarrolló entre los cuatro, yo no pude dejar de mirar a Olivia, esa joven que se estaba convirtiendo en mi último pensamiento de la noche y en el primero de la mañana.

Me la hubiera llevado, pero esa tarde tenía un cumpleaños de una prima suya y se iba a merendar con ella, así que me quedé con las ganas.

Me pasé horas pensando en ella y en la noticia bomba que nos había soltado Carlota. Aquello iba a ser el chisme de las oficinas por un año. Lo peor de todo era esperar para saber cómo acabaría esa historia

ya que los dos tenían sus vidas al lado de otras personas.

Capítulo 18



Me imaginaba al despertar lo bonito que sería hacerlo cada mañana abrazado a ella. La verdad es que la echaba de menos, muchísimo.

Me fui a la oficina y saludé a Carlota.

— Ahora te llevo el café, espero no ver nada más — sonrió con ironía.

— Te vas a convertir en la detective de la empresa — sonreí.

— Pues que cierren las puertas, así no veo nada. Además, yo siempre llamo antes de entrar, el problema es suyo, mira que dejarlas entreabiertas...

— Espero el café — me fui riendo.

Encendí el ordenador y apareció Carlota.

— Menos mal que tienen la puerta cerrada — seguía con la petera de lo de Fernando y Davinia.

— Mujer, lo mismo fue un calentón y ya no pasa nada más.

— Conozco a los hombres — dijo marchándose — Menos al mío, a ese no lo conocía — cerró la puerta sonriendo.

—No te preocupes. Creo que no es cuestión de hombres o mujeres.

—Di que sí. Y mira que no es algo que yo pueda entender. Te gusta una persona, se lo dices a

tu pareja y santas pascuas, pero no se tienen dos vidas paralelas durante un tiempo.

—Es que tú sospechas que Tony...

—Sí, sí y tanto que lo sospecho. Ese me la estaba dando con queso desde hace tiempo. Te lo digo yo. Y como tonta, no lo vi venir. Ahora que ya para otra no me pasa. Me voy a volver desconfiada.

—Mujer, que tampoco es eso...

—¿No? Yo no sé si tú puedes controlar esas cosas, pero a mí me da que el próximo va a pagar los platos rotos de este—se reía.

Le puse un mensaje a Olivia por el Messenger interno para que viniera a mi oficina.

—Aquí me tienes — dijo apareciendo por la puerta que yo había acabado de abrir.

— Cierra y ven — sonreí.

Le hice señas de que se acercara hasta donde yo estaba y le señalé a la mesa para que se apoyara en ella. Yo estaba sentado frente a ella en mi sillón.

— ¿Y esto será todos los días? — preguntó cruzándose de brazos.

— Bueno, hasta que me digas “para” — me levanté de la silla y la senté sobre la mesa.

La besé y ella se enganchó a mi cuello. En el fondo lo deseaba, lo podía notar.

Metí mis manos por sus caderas y ¡sorpresa!

— No me lo puedo creer — reí apoyando mi cabeza en su hombro y comprobando que no llevaba ropa íntima debajo.

— ¿No? ¿Me pones un mensaje diciendo que venga y quieres que traiga un bolígrafo y un cuaderno? Sabía yo lo que pasaría, así aligero — rio como una niña pequeña. Esas cosas eran las

que no me esperaba de ella y me sorprendía mucho.

Aquello me puso con el corazón acelerado. Me desabroché y fui directo al grano, a la estocada, agarrando con una de mis manos sus caderas y poniendo la otra en su pecho. A eso llamaba yo empezar la mañana bien.

Mordió mi hombro, conteniendo el chillar de placer. Se notaba que estaba igual de excitada que yo. Disfrutábamos los dos al mismo nivel.

Sus sensuales movimientos sobre la mesa hacían que mis embestidas fueran cada vez más fuertes. Su preciosa espalda dibujaba una especie de onda que se grababa en mi retina y se repetía luego una y otra vez en mi mente a lo largo del día.

Ahogué su ardiente orgasmo colocando mis manos en su boca y el furor que salía de sus ojos iba convirtiendo aquel gesto aniñado en un animal sexy. La devoraba con la mirada, cuando noté que yo tampoco podía aguantar más. La abracé con intensidad mientras me pasaba y busqué su oído en el que susurrar una y otra vez su nombre.

Cuando terminamos de hacerlo la invité a un café. Ya era hora de usar la máquina de cápsulas que tenía en mi despacho, así que preparé dos y nos sentamos a tomarlo.

Le propuse ir a almorzar a mi casa ya que Fina me había dejado una deliciosa lasaña preparada y una ensalada. Ese día no iba a comer en el bar, me negaba. Aceptó sonriente, así que iba a pasar la tarde con ella y eso me motivaba mucho.

Después del café nos despedimos y quedamos en vernos a la salida.

Miré la foto de Lucía. Tenía ganas de que Olivia la conociera, además de que echaba mucho de menos a mi pequeña. Estaba loco porque ambas se vieran. Apostaba porque iban a tener muy buena conexión.

Pasé la mañana en la oficina trabajando y a la hora de la salida la vi esperándome en el ascensor para irnos juntos al garaje con vistas a coger el coche.

Llegamos a casa y ya Fina se había ido, pero había dejado una gran bandeja de lasaña sobre la mesa, además de la ensalada.

Estaba claro que Olivia se sentía vez estaba más cómoda, se dejaba llevar más y pensaba menos, cosa que me alegraba mucho.

Sus miradas estaban llenas de complicidad, de brillo, de sentimientos, se le notaba en cada gesto, en cada palabra y me encantaba que así fuera.

Después de comer nos fuimos al sofá a tomar un café. Luego nos abrazamos y comenzamos a charlar sobre lo de Fernando.

— A mí me dejó toda loca.

— Imagino — sonreí mirándola mientras la tenía abrazada.

— ¿Cómo pueden estar con dos personas a la vez? —Cielos no era solo Carlota la que me sacaba ese día el temita. En ese momento casi me atraganto, si Olivia supiera lo de la sueca...

— Pues imagino que no estarán bien en sus relaciones.

— ¿Y por qué no se dejan?

— No soy adivino — reí.

— A mí me hacen eso y no lo perdonaría, si estás con alguien lo estás al cien por cien. No puedes estar partido en dos, eso no es sano.

— Bueno, cada uno lleva su relación como puede o quiere — no sabía ni que decir. Me venía la imagen de Helga y ella a la vez.

— Pues no, o sí, pero en el caso de Fernando, él y su mujer están casados y por la iglesia. Esa no es la situación de Davinia, lo que me lleva a pensar que quizás ella tenga una mentalidad más libre, pero lo de él no me entra en la cabeza ni le veo justificación.

— Lo mismo con su mujer no está bien o no se acuestan, o ella le pone excusas a la hora de hacerlo.

— ¿Y se soluciona buscando en otra eso?

— No sé, es por decir algo.

— Pues que tenga las agallas de ir a su mujer y decirle que no aguanta sin sexo, que siempre le anda con excusas y que si sigue así la deja por otra o se acuesta con quien sea. Eso es lo justo, lo contrario no.

— Ahí tienes razón.

— No sé es cuestión de respeto. Es como si esta noche me dejas en casa y luego vas a acostarte con otra. Sé que no somos pareja, pero me estarías faltando el respeto de forma imperdonable.

Tragué saliva, madre del amor hermoso, si Olivia supiera... Mejor que no lo hiciera pues me daba dos patadas a lo grande, menos mal que era sueca y no de la isla.

— Te entiendo...

— Pues eso, espero que paren ya o sean claros con sus respectivas parejas.

— Pero no sufras, allá ellos.

— Pues como persona me duele y mucho.

— Ya lo veo — le mordí la nariz en plan broma.

— Una cosa, mañana no me llames a tu despacho que no pienso ir. Aquello es para trabajar — me sacó la lengua.

— Ya lo veremos — carraspeé y comencé a meter mi mano por debajo del vestido.

Terminamos haciéndolo y sentí la fogosidad que iba desprendiendo por cada momento íntimo que pasaba conmigo.

Pasamos una tarde magnífica y por la noche pedí unas pizzas que cenamos mientras

charlábamos animadamente.

La llevé a casa y se bajó dándome un precioso beso en la mejilla con una sonrisa de esas que enamoran para toda la noche.

Me fui hacia la mía y me duché. Directamente me metí en la cama y caí rendido.

Capítulo 19



Esa mañana le puse un mensaje a Daniel para que me esperara en la cafetería antes de subir a las oficinas.

Llegué y sonreía impaciente para ver de qué se trataba. Estaba extrañado por el hecho de que lo hubiera citado allí, así que me pedí un café, me senté y me sinceré con él contándole toda mi historia con Olivia.

— Me quedo muerto ¿Cómo lo has podido tener tan callado?

— Ya sabes, no soy como otros — solté refiriéndome a él.

— Te veo pillado, en serio, muy pillado.

— ¿Tú crees? — arqueé la ceja.

— De lo contrario no me hubieras citado ahora tan temprano para contarme.

— Tenía ganas de hacerlo, además que veo que me está gustando cada día más.

— Y te liabas un día con una y al otro con la otra — rio. Ahora me explico muchas cosas. ¡Sobre todo tu inapetencia del último día!

—Hice malabares para quitarme a Helga de encima esa noche, pero al final sucumbí. Puedes creer que no era mi intención.

—Lo sé, lo sé. Si ni siquiera querías quedar, tuve que insistir mucho.

— Me siento mal por ello, te lo digo en serio y ello a pesar de haber disfrutado mucho con Helga.

— Pues listo, ya pasó.

— Si Olivia se entera a mí me deja de forma fulminante.

— Ya se van y no creo que las volvamos a ver, así que tranquilo.

— Menos mal, de todas formas, yo ya no volvería a quedar. Lo sentiría por ti, pero no volvería a participar en ese juego.

— ¿Pero te has prometido? — preguntó bromeando.

— No — reí — nada de eso, pero estamos muy bien y sé que está naciendo algo bonito. Sería un necio si la cagara por un polvo, por muy bueno que fuera.

— Pues yo te deseo lo mejor, de verdad. Se ve que es una buena chica, pero eso sí, de vez en cuando tú y yo nos vamos de marcha — dijo en tono advertencia.

— Pero nada de mujeres — reí.

— Eso sí que no te lo puedo prometer — puso cara de resignación.

Era tremendo, pero era así. Presumía de su forma de ser, de su forma de vivir y no le hacía daño a nadie porque era un alma libre, así que tampoco podía ni quería cambiarlo.

Subí hacia arriba con él y Carlota nos miró sorprendida.

— Venimos de marcha — bromeó Daniel.

— Pues traéis muy buena cara — nos sacó la lengua.

— No me llesves café que ya tomé dos.

— Vale.

Me despedí de Daniel y me fui al despacho para hacer algo que tenía en mente.

Llamé a una floristería y ordené que trajeran un ramo de flores a Olivia, eso sí, sin remitente para que ni Carlota ni nadie supieran nada. No es que lo quisiera tapar, sino que más bien lo hacía por ella, por si se sentía incómoda.

Un rato después me llegó un mensaje al móvil por parte de ella.

“¡Gracias! Me muero de la vergüenza”

Sonreí, me imaginaba que era así.

“Me alegra que te haya gustado. ¿Comemos?”

Necesitaba verla todo el tiempo, tener más contacto. Era increíble ese sentimiento que había nacido en mí y que se acrecentaba por momentos.

“Por supuesto”

Esa contestación me causó una felicidad increíble, así que pasé la mañana de lo más contento trabajando, además puse música en el ordenador y tarareaba emocionado todas las canciones.

Aquella mañana quise demostrarle que era respetuoso con sus decisiones y, tal cual me pidió el día anterior, no la llamé a mi despacho. Además, así le daba algo de cuartelillo. Con las flores había sacado mi lado romántico y no era cuestión de mezclar.

A las tres, una vez acabada la jornada, pasé a por ella y nos fuimos en el coche. Había dejado el ramo en su oficina sobre un envase que hacía las veces de florero con agua. Decía que quería verlo mientras trabajaba.

Almorzamos en un restaurante en el centro y paseamos toda la tarde de la mano, como una pareja consolidada, al menos a mí me daba esa preciosa sensación.

Estuvimos mirando escaparates, recorriendo parques y la invité a merendar en una pastelería

que regentaba un amigo de la niñez, Fabián. Era de las más aclamadas de la isla. Al igual que yo, Fabian había heredado el negocio familiar y lo había defendido con unas y dientes.

Desde el interior del local me vio y salió a saludarnos. Miró a Olivia con gesto de aprobación, nos recomendó unos dulces nuevos que acababa de sacar al mercado, ya que siempre estaba innovando, y se despidió.

—Cielos, esto está increíble—a Olivia le maravilló aquella mousse tan exquisita que nos sirvieron.

—A ver—ya con toda la confianza cogí un poco de aquel coqueto envase en el que se la habían servido.

—¿No es para chillarle? —preguntó con un tono alegre que estaba tomando la costumbre de usar con asiduidad.

—¡Tú sí que eres para chillarte! —me salió del alma y provoqué su risa, esa que tanto me gustaba escuchar.

—En serio, se la voy a recomendar a mis padres para que vengan a probarla.

—¿También son muy golosos?

—¿Has querido decir muy golosos como yo? ¿Me estás llamando zampabollos de una manera encubierta?

—¿De una manera encubierta? ¡Dios me libre!

—¿Entonces? —reía y me miraba con cara de “a ver qué dices, que te la estás jugando”.

—Pues que te lo estoy llamando abiertamente—reí y provoqué la risa en ella, que era el objetivo.

Se veía por día más feliz, su sonrisa lo reflejaba. Ya no parecía esa niña llena de miedo a salir, cargando con la pesada mochila de la sensación de que todo lo que hiciera pudiera ser una ofensa a su ex. Por fin iba comprendiendo que tenía que seguir, que era muy joven y que tenía derecho a rehacer su vida, esa que se quedó parada el día que él falleció.

— Te juro que aún estoy en shock con lo de Davinia y Fernando — decía mientras comía.

— Bueno lo mismo fue un calentón y se arrepintieron — quise quitar hierro. Me incomodaba un poco el tema.

— Claro, primero lo hago y luego me lamento, eso no me vale. ¿Nunca has escuchado eso de “no la hagas, no la temas”?

— Ni que fueras su mujer.

— Ya lo sé tonto — rio — pongo el ejemplo — volteó los ojos.

— Ah vale, si es un ejemplo me quedo tranquilo. A ver si resulta que te va a tirar Fernando — bromeé.

— ¡Qué dices, idiota! — reía.

— Nada, nada, solo lo dejo caer — levanté la ceja aguantando la risa.

— Pues no dejes caer tanto — volteó los ojos.

Hasta las bromas fluían por minutos con más naturalidad y también pasaba que en muchas ocasiones nos anticipábamos a los que estaba pensando el otro. Era una gozada.

Por la noche la dejé en su casa y me fui para la mía como un niño pequeño, deseando que llegara el día siguiente para verla.

Era maravillosa, un amor de mujer. Olivia me estaba alegrando los días tan tristes que tenía por no ver a mi pequeña Lucía. Contaba las horas para tenerla a mi lado y disfrutarla al máximo, a mi reina, a mi princesa, a lo más grande que tenía en el mundo.

Capítulo 20



Si lo sé no voy a trabajar...

La cara de Carlota era un poema, se detectaba en su rostro que algo había pasado.

— A ver, cuenta — obvié hasta los buenos días.

— La mujer de Fernando se enteró y lo puso de patitas en la calle, tiene el coche hasta la bola de bolsas, me lo crucé en el garaje.

— ¿Te lo dijo él?

— No, pero solo hay que verle la cara y todos los sillones llenos de bolsas de ropa.

— Pero ¿y lo de la mujer que se enteró y lo echó?

— Eso, que solo con ver la ropa y lo que vi el otro día, blanco y en botella, a la puta calle — se encogía de hombros.

— Me voy a mi despacho — reí negando.

— Saluda a Fernando verás la cara — dijo en voz baja riendo como una niña traviesa.

Y pasé por delante de la oficina, pero no quería agobiarlo. Lo vería seguramente a la hora de la salida o esperaría a que él quisiera contarle. Me parecía muy violento preguntarle por el chisme que me había contado Carlota.

No era por nada, pero, entre unos y otros, estábamos convirtiendo la empresa en un culebrón,

¿qué nos quedaría por ver? Esperaba que no mucho...

Un rato después apareció con mi café.

— Carlota, esa risa...

— He hablado con Fernando — se puso la mano en la cara riendo.

— ¿Y qué te hace tanta gracia?

— Que su mujer hizo limpieza en la casa y llenaron el coche de ropa de los dos para entregarla al centro que la recoge para los necesitados. Por lo visto la tiene ahí para llevarla luego — se echó a reír y yo solté una carcajada.

— Carlota estás irreconocible, ves cada película... — negaba mientras reía.

— Yo no vi ni lo de mi marido, lo que vi de Fernando era real con Davinia, lo de las bolsas... ¡me voy! — salió corriendo por el pasillo.

A mí me iba a dar algo últimamente con tantos sobresaltos en la empresa, pero me quedé riendo como un niño al que acababan de contar un chiste.

Un rato más tarde apareció por la oficina Daniel.

— Vengo a hacerle al jefe un café en su propio despacho y otro para mí.

— Eso es que me traes algún cotilleo — negué riendo.

— Efectivamente y de paso paro para tomarme el café con uno de los que considero se encuentra entre mis mejores amigos — se puso a trastear con la cafetera.

— Entre tus mejores amigos, dos collejas, te daba yo — reí.

— Una cosa te voy a decir, clara y alta: estás entre mis mejores amigos, pero eres mi preferido — se giró y me hizo un guiño.

— Es un halago — me puse la mano en el pecho con media sonrisa.

— No me caso contigo porque tienes dos cosas horribles colgando entre las piernas — se sentó con sendos cafés.

— Las mismas que precisamente tienes tú.

— Por eso, con los mías tengo bastante — me hizo un guiño y me eché a reír con el tremendo Daniel.

— Bueno empieza a escupir que sé que viniste por algo. Te conozco bien.

— Me he enamorado...

— Mira, mira — reí — que le temo yo a tus enamoramientos ¿La conozco?

— Pues claro, te trae todos los días el café la muy capulla en vez de llevármelo a mí.

— ¿¿¿Carlota???

— Bonito nombre — me hizo un guiño.

— Daniel, esa chica lo pasó muy mal con lo de su marido. Ni se te ocurra hacerle lo más mínimo, por Dios, que tú no eres hombre de una sola mujer — advertí.

— Ni tú, ni tú — dijo riendo y recordando los dobletes que había hecho los fines de semana anteriores con Olivia y Helga.

— Calla que encima te mando a tu oficina de una patada en el culo — reí.

— Yo me callo, pero no me digas que no es mona mi Carlota...

— ¿Y desde cuándo te vienes dando cuenta de eso? ¿Desde que la dejó el marido o desde que te enteraste del *affaire* de Davinia con Fernando en la oficina y se te antojó un escarceo así en el trabajo? — sonreí negando — Al final esto se convierte en una discoteca, verás — reí.

— Carlota es muy mona, pero siempre fue tan seria... sin embargo, mírala, sacó su parte más graciosa desde que el marido la dejó. Yo creo que él la tenía limitada y ahora es que muero con ella. Es simpática, chismosa, está buena, tiene todo lo que me gusta de una mujer — decía provocándome una risa con lo de chismosa, pero así era Daniel también.

— Ay Dios, la que me cayó con vosotros — resoplé y bebí el café.

— Bueno jefe, al tanto de las últimas novedades, así que ya me puedo ir.

— Mira que ya nos vamos todos de vacaciones hasta después de Semana Santa, que mañana es el último día que trabajamos, no me la líes que me quiero ir tranquilo — reí.

— ¿Yo liar? — negó mientras cerraba la puerta.

Ya era lo que me faltaba por oír y lo peor de todo era que veía a Daniel capaz de conquistarla. Tenía fama de ser todo un seductor y encima triunfaba entre las féminas.

Los nervios se iban apoderando de mí. Al día siguiente vería a mi pequeña Lucía, esa que echaba tanto de menos. Por fortuna, la mañana pasó rápido y ya estaba bajando hacia el bar.

Llegué y ahí estaban todos, ese día coincidíamos a pesar de ser jueves. Y es que el día ya era lo de menos. La cuestión era disfrutar de nuestro ratito de esparcimiento.

— Jefe, esta oficina se nos va de las manos — bromeaba Davinia sin saber que ella era el foco del chismorreó y que la habían pillado con el carrito de los helados.

— Yo te digo una cosa, replantéate buscar otro trabajo que aquí hay muchos leones — bromeé y vi cómo aguantaban la risa Carlota, Elba y Olivia.

— Bueno, a mí me lo vas a decir — hizo un gesto chulesco, provocando un carraspeo en Fernando que tomaba su cerveza relajadamente.

— Hostias, estoy leyendo una novela de una oficina y se liaba todo el mundo, unas historias... — bromeó Carlota para ver si decían algo los afectados.

— Bueno, en todas las oficinas pasan cosas de esas, lo malo que no nos enteramos — rio.

— Pues yo nunca hice nada en la oficina — dijo Elba para tirar de la lengua.

— Ni yo — respondió Carlota — Por ahora — levantó las manos causándonos más risas aún.

— Ni yo, ni yo — dijo Olivia cuando la miraron, roja como un tomate.

— A mí no me miréis que yo sigo virgen — sonrió con amplitud Davinia.

— ¿Virgen tú? Será la virgen de lo oculto — respondió Carlota dejándonos a todos en blanco.

— ¿De lo oculto? Yo no oculto nada, pero digamos que soy muy celosa de mi intimidad — sonrió.

— Si tú eres de la que te vas a un hotel en lo alto un monte para que nadie te pille — le respondió Carlota con ironía.

— Puede ser — sonrió con amplitud y Fernando no levantaba la cabeza, quería que la tierra se lo tragara.

Olivia escuchaba atenta mirando a unos y a otros. No quería ni intervenir. Allí se estaba formando un circo por momentos.

— ¿Qué vais a hacer en Semana Santa? — preguntó Daniel.

— Pues yo lo que me salga, no tengo planes, ni pareja, ni nada... a ver si algún alma caritativa me da una alegría para este cuerpo — soltó Carlota causándonos una risa ¡Lo que había cambiado!

— Si quieres te invito a cenar alguna noche — no tardó en responder Daniel.

— De lujo, mi madre se quiere llevar unos días a Martina, así que estaré sola y triste — puso cara de pena.

— Yo eso no lo permitiría — respondió Daniel sabiendo que se lo estaba poniendo a huevo — Así que cada día que estés sola yo te haré compañía — le hizo un guiño.

— Gracias, compi — se puso la mano en el pecho en plan teatrero.

Olivia escuchaba atenta, pero casi no intervenía. Eso sí, por sus miradas sabía todo lo que estaba pensando en cada momento. Ella era más tímida para esas cosas, aunque últimamente yo había conseguido que se soltará más.

Después de comer con ellos y tomar café se fueron todos y quedamos Olivia y yo, así que le propuse ir a mi casa y cenar allí.

En el coche llevaba una mano en el volante y otra en su pierna haciéndole gestos de cariño. La cosa funcionaba así, cuando la tenía cerca necesitaba el contacto con ella.

Llegamos a casa y nos fuimos a la terraza. Preparé unos té y nos quedamos allí, tranquilamente, en el limbo, disfrutando de la compañía mutua, de esos momentos, de las cosas más pequeñitas...

Estaba emocionada por el hecho de que yo vería a Lucía esos días, por el hecho de que la tuviera conmigo, así que yo tenía claro que las quería presentar.

— Mañana la recogeré y el sábado quiero llevarla al Loro Parque. Había pensado si querías venirte con nosotros.

— ¿De verdad? Me haría mucha ilusión.

— Pues claro, de lo contrario no te lo diría.

Pasamos la tarde juntos, cenamos y luego la llevé a su casa. Por supuesto tuvimos nuestro momento más íntimo, ese que no podía dejar de pasar cuando llegaba la ocasión y en mi casa a solas se nos antojaba como toda una tentación que no podíamos desaprovechar.

Capítulo 21



Silbando llegué el viernes al trabajo. Solo con verme cualquiera podría adivinar que era un gran día...

—Aquí hay un jefe que va a ver hoy a una pequeña que le alegra la vida...—Carlota siempre tan atenta.

—¿Dónde? —miré a mi alrededor, bromeando—Yo solo veo a un tío feliz porque parece que todo llega.

—Sí, sí, por llegar, llegan hasta las vacaciones—Davinia entraba en ese momento también por la puerta.

—¡Sí, hija! Contando las horas estoy—Carlota también parecía de lo más animada.

Eché una visual y el despacho de Olivia estaba cerrado. Mi preciosa chica no podía ser más trabajadora y responsable. Parecía que lo tenía todo.

Si había un día en el que contaba las horas para salir, ese era aquel. Eso sí, el universo era caprichoso y aquella mañana le dio por pararle las manecillas al reloj.

No pude evitar el pensamiento de que, si llamaba a Olivia a mi despacho, seguramente el tiempo pasaría mucho más rápido, pero debía mostrarle algo de formalidad y me aguanté.

Por fin llegó el final de la mañana y yo debí salir de las oficinas como si hubiera fuego, de las ganas que tenía.

Había quedado con Cata, a través de unos escuetos mensajes que nos cruzamos, en que

recogería a Lucía a las cinco de la tarde. Ella no estaba y eso suponía que me la entregaría Lía.

A la salida, tomamos todos algo abajo, pero yo andaba con una cierta prisa que no tardaron en captar.

—El jefe tiene hoy culillo de mal asiento—reía Davinia.

—Hoy ando un poco acelerado, para qué vamos a negarlo.

—Algo acelerado dice el tío. Si estás más nervioso que un daltónico jugando al *Twister*—Daniel y sus frases.

—Tampoco exageres...

—Por una vez estoy con Daniel. Eso sí, quiero decir alto y claro que no debe servir de precedente—Davinia también estaba muy animada y es que a ella marcha no le faltaba, de ninguna clase, visto lo visto.

—Sí, sí, jefe, estás hecho un manojillo de nervios, para qué nos vamos a engañar. Toma, le he traído a Lucía una tontería para que se la des—Carlota era un amor.

—Gracias, ¡qué mono!

—Y tan mono, ¿no te fastidia?

—¿Qué puñetas es ese bicho? —Fernando se quedó mirándolo atónito.

—¡Anda que no se nota que no tienes hijos! —Carlota estaba alucinada—Es un chimpancé de peluche, tío. No muerde.

—¿Y tú? ¿Tú muerdes? —le preguntó Daniel que ya la tenía ligeramente enfilada.

—En mi defensa diré que esto no siempre ha sido así—miré a Olivia con tono bromista—Yo antes dirigía una financiera y ahora un zoo.

La reunión se disolvió y por fin nos quedamos solos ella y yo.

—Bonita, me hubiera gustado que fuéramos a mi casa y comer algo más tranquilos, pero ya no dispongo de tanto tiempo.

—Ni te preocupes, como si te tienes que ir ya...

—Eso ni en broma. Todavía queda una hora y cuarto hasta que recoja a Lucía y me vas a tener que aguantar hasta entonces. Te invito a comer algo rápido y luego te dejo en casa.

—¡Hecho! —hizo un gracioso gesto de que tenía hambre.

Nos acercamos a una hamburguesería cercana en las que servían unos deliciosos sándwiches de pollo y tomamos uno cada uno.

—Me hace mucha ilusión conocer a la peque, que lo sepas.

—¡Pues anda que a mí! —su comentario sacó la mejor de mis sonrisas.

—Pues todos contentos entonces.

—¡Y tanto! Por cierto, respecto a lo de recogerte mañana para ir a Loro Parque, hay un pequeño cambio—me hice el interesante para darle más emoción.

—¿No puede ser? Si te has arrepentido no te preocupes. Puedo verla en otro momento—puso cara de decepción.

—Pues sí, la verdad es que me he arrepentido. Me he arrepentido de no decirte antes de que eches ropa para el resto de la Semana Santa porque no te pienso soltar ni un día.

—*Wow*, ¿lo dices en serio?

—Y tan en serio, preciosa. Primero estaremos con Lucía y a partir del miércoles sin ella. De lo que ocurra de ese momento en adelante no pienso hablar si no es en presencia de mis abogados.

Su cara de felicidad me contagié. Pusimos rumbo a su casa y se bajó del coche.

—Te deseo una tarde increíble con Lucía—me dio un beso en la mejilla.

—Lo mismo te digo. Y esta noche sueña más conmigo que con los angelitos—me regaló una preciosa sonrisa.

Me dirigí a recoger a mi Lucía, la otra mujercita de mi vida. Llegué en una nube. Sentado en el asiento del copiloto llevaba el pequeño chimpancé que me había dado Carlota para ella. Aparte, yo le tenía otros regalos en casa.

Llegué a la puerta de su casa con la mejor de las sonrisas y allí estaba mi preciosa niña, con Lía al lado, que portaba un patinete.

Casi de un salto, me bajé del coche y me fui corriendo a abrazarla.

—¡Buenas tardes, Lía! —exclamé—ella era una mujer atenta y servicial, muy buena con Lucía y a la que le había caído la condena de aguantar a Cata y sus excentricidades.

—Buenas tardes, Alexis. Aquí la tienes.

—¡Sí, aquí está mi preciosidad! —la cogí en brazos. Estaba pletórico.

—¡Hola, papá!

—Alexis, aquí tienes su maleta con todo lo necesario para estos días, y el patinete, que ya vas a comprobar que no se separa de él—negó con la cabeza.

—Vale Lía, un millón de gracias, como siempre. Te deseo una bonita Semana Santa.

—Y yo lo mismo a vosotros—le dio un amoroso beso a Lucía y se fue.

Metí las cosas de la niña en el coche y la senté en su sillita, colocada en el asiento trasero.

—Toma mi vida, este monito te lo manda Carlota.

—¡Es muy feo! Quítamelo de la cara.

—Pero cariño...—lo solté un poco alucinado. No estaba acostumbrado a que Lucía reaccionara así.

La miré y ya volvía a sonreír. Igual se había asustado o algo, pensé, sin saber que el que se iba a asustar era yo.

—¿Sabes?

—Dime mi vida—la miré por el espejo mientras puse el coche en marcha.

—¡Ahora tengo dos papás!

—¿¿¿Cómo???

—Sí, dos papás: tú, que eres mi papá Alexis y el novio de mamá, que es mi papá Héctor y también vive con nosotros.

—No, cariño, eso no es así.

—¡¡Qué sí!! —su tono era de enfado total.

—Lucía, ¿de dónde sale ese genio?

—Porque tú dices que no tengo dos papás y sí los tengo—Lucía cruzaba los brazos demostrando enfado total.

Yo estaba un poco descolocado. No había duda de que el mensaje que me estaba transmitiendo Lucía era el fruto del último dardo envenenado que me enviaba Cata.

—Cariño, es que los niños no tienen dos papás. Tienen un papá y una mamá.

—De eso nada, porque Camila tiene dos papás.

Me tuve que reír porque era cierto que no lo había argumentado mal, pero esa era otra cuestión. Camila era adoptada y sus padres eran gays.

—Cariño, pero es porque Camila no tiene mamá, sino dos papás.

—Pues como yo, pero solo que yo tengo una mamá también.

—No, cielo, es distinto es que ella...

—¡¡Me da igual!! Héctor es también mi papá y es súper guay y por mucho que me digas no me vas a convencer—otra vez el dichoso gestito.

Yo no sabía qué bicho le había picado a mi niña. O, mejor dicho, sí lo sabía, el bicho que le había picado era Cata. La sangre empezó a hervirme y pensé que tenía que actuar con cabeza.

—Vale, pues yo ya sé que tú tienes dos papás, pero ahora te voy a dar una noticia: también tienes dos mamás.

—¿¿¿Dos mamás??? ¡De eso nada!

—¿De eso nada? ¡De eso todo! Si tienes dos papás también puedes tener dos mamás.

—No, porque yo solo he salido de una barriguita, que no te enteras...

—¿Sí? Pues que sepas que en esa barriguita solo se puso una semillita, que es la mía. Entonces si hay otro papá, es postizo y, además, entonces puede haber otra mamá.

—¡Vale! Pero yo no la voy a querer...

—¿Y eso por qué?

—Porque será una madrastra, como la de Cenicienta.

Yo no daba crédito, tenía salidas para todo. O me la habían cambiado y no me había dado cuenta o Cata la había aleccionado como solo ella podía.

—Pues de eso nada porque no es una madrastra. Se llama Olivia y es una mamá...

—Una mamá muy fea, seguro, con una verruga y todo, como una bruja...

—¡Lucía! Ni se te ocurra volver a decir eso. Por primera vez en mi vida me estaba sacando de mis casillas...

—¡Chincha! Héctor es guapo y Olivia es más fea que un mono, es más fea que el mono ese que tienes ahí...

Llegué a mi casa un poco flipado con todo lo que estaba pasando. Mientras bajaba el equipaje, me llevé un susto que me cortó el cuerpo hasta por la noche.

—¡Mira papá, mira lo que sé hacer!! —Lucía se había subido al patinete e iba calle abajo.

Tuve que salir corriendo tras ella y, por más que le pedía que parase, ella no dejaba de avanzar. El caso es que la acera era muy larga pero ya tocaba a su fin y los ojos se me salían de las órbitas.

—¡Lucía, para!

—No puedo parar, no sé parar... Y cuanto más se aproximaba a la carretera, más sudaba yo. Pese a que no veía que viniese ningún coche, me quería morir.

—¡Lucía, por favor, suelta el patinete! ¡Bájate, cariño! —mi desesperación era total. La carretera estaba allí mismo ya.

Y de repente, como si se tratara de un milagro, el patinete se paró y ella se bajó tan campante.

—¿De verdad te habías creído que soy tan pardilla de no saber parar? —Lucía se moría de risa y yo tenía sudores fríos. Llegué hasta ella y la abracé.

—¡Hija! ¿Esto ha sido una broma? No ha tenido ninguna gracia. Estoy muy, pero que muy enfadado— era la primera vez que me ponía así con ella.

—No es ninguna broma. Era solo para que vieras lo que me ha enseñado a hacer Héctor. Él es *skater* y no sabes cómo mola todo lo que hace.

¡Héctor y la madre que lo parió! Solo hacía un rato que sabía de su existencia y ya parecía que

me lo había tragado.

—Pues que sea la última vez que se te ocurra hacer una cosa así. Y estás castigada sin patinete.

—Ya me dijo mamá que me lo ibas a quitar, porque tú no molas.

—¿De verdad es que yo no molo o que tú te has pasado de la raya, señorita?

Se calló y entramos en la casa. Subimos a su dormitorio a dejar las cosas. A ella siempre le había encantado y estaba totalmente a su gusto. Procuré aflojar, pese a que estaba consternado.

—Ya no me acordaba de cómo es mi dormitorio aquí. No me gusta.

—¿No te gusta? Pero si lo escogiste tú el año pasado...

—Pero el año pasado era una niña pequeña y ya Frozen no me gusta. Es cursi. Yo ahora quiero un dormitorio de *skater* y si no, no duermo.

—Pues tú vas a tener que dormir en el que hay, señorita, y hasta que no cambies de actitud, dando gracias. Vamos a merendar, anda.

Bajamos a la cocina y allí aflojamos ambos otro poco. Incluso ella empezó a contarme las cosas del cole y nos reímos bastante. Saqué de un armario de la cocina la *Nutella*, para prepararle su merienda preferida.

—¡Mira lo que tengo para ti!

—Vaya, ¿tiene que ser *Nutella*?

—Hija, ¿tampoco te gusta ya la *Nutella*?

—Es que a Héctor y a mí nos gusta más la Nocilla, porque tiene dos sabores y es más guay.

¿Cómo no lo imaginé? Héctor, Héctor y más Héctor...

Un rato más tarde nos fuimos al parque. Por un rato lo pasamos genial, porque jugando con otros niños, Lucía se olvidó de Héctor.

De vuelta a casa, cenamos en su hamburguesería preferida, donde me habló de que Héctor y mamá eran tan guapos como Ken y Barbie y yo ya maldije mi estampa. ¡Al final era capaz de decir que ellos eran así de guapos y Olivia y yo dos ogros como Shrek y Fiona!

Por suerte, fue caer en la cama y quedarse frita. Angelito mío, me había dejado agotado y no ya física, sino mentalmente. ¡Me había dado la del pulpo!

Capítulo 22



Y allí íbamos mi Lucía y yo camino de la casa de Olivia. Por aquello de que la música amansa a las fieras, fuimos cantando hasta su puerta. De todos modos, yo le había leído la cartilla.

Llegamos y me fui a bajar del coche.

—¿Por qué te bajas?

—Porque voy a abrirle la puerta a Olivia.

—¿Es que ella no tiene manos? —ya empezábamos.

—Sí tiene manos, pero es más caballeroso que yo me baje a abrirle.

—Pues Héctor no le abre la puerta a mamá y a ella no le pasa nada, pero claro es que mamá no es tonta.

—Ni Olivia tampoco.

—Bueno, eso habrá que verlo.

Olivia salió feliz y preciosa de su casa. Eso sí, yo la noche anterior ya la puse sobre aviso de que la niña estaba un poco revolucionadilla.

—Hola, preciosa—le di un beso en la mejilla—Te va a tocar tener un poco de paciencia con ella—le susurré al oído.

—No te preocupes—abrió la puerta trasera del coche para saludarla.

—¡Hola, Lucía! Yo soy Olivia.

—Ya sé quién eres, pero te lo digo ahora que todavía no te has montado, ¿de verdad tienes ganas de venir con nosotros?

—¿Cómo?

—Yo lo digo porque no hace falta que vengas, pero como tú quieras. Además, igual el Loro Parque no te gusta.

—No te preocupes, bonita. Sí, que me gusta, pero gracias por preocuparte por mí.

—De nada, bruja.

—¿Cómo? —Olivia se volvió.

—Nada, nada, que me estruja, me estruja mucho el cinturón de seguridad.

—Es que yo creía haber escuchado otra cosa.

—Pero es que no es mi problema si estás sorda, Oliva.

—No es Oliva, Lucía, es Olivia.

—Ya, yo creía que era oliva, de esas que ponen en los bares que a mí no me gustan...

—Pues te has equivocado, pequeña—mi tono era serio.

—Pues vale.

Fui a intervenir en la conversación, pero no tardé en percatarme de que Olivia se manejaba muy bien solita. Me llamó poderosamente la atención.

Nos pusimos en marcha.

—Loro Parque nos espera, chicas. A no ser que alguna niña siga tan impertinente como hasta ahora y decidamos dejarla de nuevo en casa con Lía.

—¡Tú no harías eso!

—Pues no vuelvas a ponerme a prueba, jovencita. A partir de ahora, o te portas bien, o va a haber nuevas reglas.

Parece que aquellas palabras hicieron mella en mi pequeña y durante un rato todo pareció volver a la normalidad. Incluso se mostró dicharachera y nos contó anécdotas de su cole y demás.

Entramos y Lucía empezó a pasarlo fenomenal. Eso sí, yo llevaba a Olivia de la mano y ella insistía una y otra vez en que ambos le teníamos que dar las manos a la vez. El asunto era separarnos, colocarse entre los dos.

—Estará celosilla, ¿no? —le pregunté a Olivia.

—Supongo. No te preocupes.

Vimos que pronto comenzaba uno de los seis espectáculos diarios de loros y nos quedamos a verlo.

Lucía reía y aplaudía, parecía encantada. Además, se sentó al lado de otra niña y enseguida hicieron buenas migas. Nosotras la mirábamos con sumo cariño. Parecía que había pasado el temporal con la regañina. Más valía una cara colorada que cien amarillas.

Después de los aplausos las niñas cuchicheaban.

—A ver lorito, dilo como yo te he enseñado—Lucía emulaba a los adiestradores.

—“Olivia es fea”, “Olivia es fea” —empezó a decir la otra peque, repitiendo lo que Lucía estaba claro que le había dicho al oído.

—¡Lucía!

—Yo no he sido papá, ha sido mi lorito.

—¿Sí? Pues ya te quedaste ayer sin patinete, a ver sin qué te quedas hoy.

—Hoy me quedo sin divertirme, porque sois dos plastas—cruzó los brazos y frunció el ceño.

Señor, ¿qué había hecho yo para merecer aquello? Pedí paciencia al universo porque la estaba empezando a perder.

Echamos a andar y fuimos a ver los tigres y jaguares y el acuario con túnel submarino. Lucía nos insistía en que le hiciéramos fotos.

—Lucía, pero ¿por qué pones esas poses? —mi peque me estaba pareciendo de todo menos natural...

—Porque yo voy a ser *influencer*, papá...

—¿*Influencer*? Sí, sí, mamá dice que me haga *influencer*, que es una manera de ganar bastante dinero sin dar ni un, ¿cómo dice ella? Ni un palo al agua.

Me dejó loco. No sabía ni qué contestar.

—Lucía yo creo que hay otras muchas cosas que puedes estudiar...

—Vale, papá, no me des la brasa. Ya hablaremos de eso que todavía queda mucho tiempo y echó a correr, tan pancha.

Olivia y yo nos miramos. Ella estaba tan descolocada como yo.

—Te prometo que mi hija no era así. Yo creo que está poseída—argumenté, bromeando.

—Yo creo que te la están malcriando y si tenías poco con tu ex, ahora tienes también enfrente a su pareja.

—Tendremos que ir a por agua bendita—me sacudí la cabeza y pensé que iba a tener que demostrar más paciencia que Jobs.

Al mediodía nos sentamos a comer. El tiempo estaba maravilloso y nos disponíamos a relajarnos un poco. Tomamos unas hamburguesas con patatas fritas. Lucía parecía estar más calmadita. Era como una montaña rusa.

—¿Quieres un café, Olivia? —le pregunté.

—Yo también quiero un café, papá.

—No, me niego, ¡hasta ahí podría llegar la broma! Una cosa es que quieras ser *influencer* y otra muy distinta que te creas tan mayor como para tomar café.

—¡No me dejáis hacer nada!

—Eso no es verdad, Lucía, si quieres te compramos un helado—Olivia intervino para mediar.

—Vale.

Nos trajeron los cafés y Lucía insistió en que quería un helado de dos bolas, una de nata y otra de fresa.

—Espérate, Lucía. Cuando papá se tome el café va por él—yo no quería que se saliera más con la suya.

—Vale—puso cara de buena y nos ganó.

En ese momento sonó el teléfono y era mi madre para concretar el almuerzo del día siguiente, que sería en casa de ellos.

—Habla con ella tranquila que yo voy por el helado—Olivia se levantó.

—Yo te espero aquí con papá, Olivia—le sonrió.

—Está bien, bonita.

Nos quedamos esperándola y yo distraído con el teléfono. Olivia llegó con el helado y se

dispuso a tomar el café.

—¡Qué asco! —lo escupió en el suelo.

—Olivia, no se escupe. Ahora papá va a tener que dejarte en tu casa por portarte mal—Lucía sonreía.

Los dos la miramos fijamente y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Olivia, trae el café—alargué el brazo.

—No lo pruebes papá, a ver si te pones malito.

Y malito me puse cuando comprobé que al café le habían echado medio salero.

—¡Lucía! Este café está salado.

—¿Y a mí qué me cuentas, papá? Díselo al camarero. Oiga, oiga—lo llamaba.

—¿Quieren algo los señores? ¿Hay algún problema? — el hombre se acercó la mar de servicial. Sí lo había, pero no era precisamente con el café.

—No, no se preocupe, muchas gracias.

—Lucía has sido tú y lo sabes—le solté.

—¡No tienes pruebas! —me apuntó con el dedo.

—¿No? ¿Y qué tienes en las manos?

—Nada, nada, mostraba una sola.

—Las dos, Lucía, quiero ver las dos...

Y al abrir la segunda, el salero cayó al suelo.

—Pero ¿esto qué es? —lo miraba haciéndose la tonta.

—Ese es el motivo por el que esta noche te has quedado sin pizza.

Lo último que hicimos antes de salir de allí fue ver el espectáculo de los delfines. Lucía aplaudía sin parar y silbaba. No dejaba de sonreírnos para hacernos la pelota. Llegó el momento y, como era de esperar, la eligieron a ella para dar la vuelta en barca. Ya me habían comentado que lo harían.

Era un caso. Iba en la barca en plan diva saludando a todo el personal y acaparando *flashes*. ¡A ver si al final sí iba a tener alma de *influencer*!

Aproveché para hablar con Olivia.

—Estoy desconcertado. De veras que me da mucha vergüenza por ti...

—No te preocupes que terminaré metiéndomela en el bolsillo. Eso sí, no esperes que me muestre condescendiente cuando haga una de las tuyas...

—Ni lo espero ni lo aceptaría. Me encanta la elegancia y la parsimonia con la que la has toreado en el coche.

—Pues entonces todo aclarado.

Llegamos a casa y esa noche Lucía se quedó sin pizza. Estaba enfadada y dijo que se quería ir a la cama, aunque logramos que cenara. En cierto modo pensé que sería ideal que descansara. También deseaba un rato de intimidad con Olivia.

—Pero me lees un cuento antes de acostarme.

—Vale, cariño—había que tener paciencia— Olivia, vengo en un poco—le di un beso en la frente.

Lucía se metió en la cama y le leí el cuento.

—Otro, papá.

—Lucía...

—Pero papá, Héctor me lee todos los que yo quiero...

¡Acabáramos! Ya me había tocado la fibra sensible.

Le leí varios y dijo que se iba a echar a dormir. Le di un beso y fui a buscar a Olivia.

—Esta es la nuestra, bonita—parece que ya se duerme. Vamos nosotros para la cama—casi lo hicimos de puntillas por si andaba ya adormiladilla.

Nos metimos entre las sábanas y le susurré a Olivia que cerraría la puerta y que podríamos hacerlo como en el despacho, en silencio. Ella estaba monísima, con un pijama de dos piezas con el que había estado en el sofá que invitaba a comérsela enterita.

Comenzamos a besarnos apasionadamente y de pronto el caos...

—¡Papá, me da miedo dormir sola!

—¿Qué dices, Lucía?

—Lo que oyes. Me da mucho miedo, yo así no duermo. Si no quieres dormir conmigo prefiero que me lleves con Lía otra vez.

¡Vaya noche nos esperaba!

—Olivia, no sé ni qué decir. De verdad que esto me está superando. Yo no esperaba...Anoche durmió perfectamente.

—Alexis, tranquilo. Recuerda que yo sí soy adulta. Tú estás inmerso en un proceso judicial para poder ver a tu hija más tiempo. No se trata de bailarle el agua, pero tampoco de enfrentarte del todo a ella.

—¿Qué harías tú entonces?

—Pues yo, si fuera tú, iría a dormir con ella y tan pronto cayera rendida, me vendría a la cama.

—Eres un cielo, ¿lo sabes?

—Claro, pero recuerda que tendrás que compensarme—sonrió.

—Te prometo que cuando vuelva te compensaré. No te duermas—le guiñó el ojo.

Y dicho y hecho. Así fue cómo complací a las dos mujeres de mi vida. A la pequeña, ayudándola a dormir y a la mayor, distrayéndola para que no se durmiera.

Capítulo 23



Domingo a media mañana e íbamos en dirección a casa de mis padres. Olivia y yo cruzábamos los dedos porque la peque llevaba desde la noche anterior sin hacer ninguna de las suyas.

Yo iba muy ilusionado de poder compartir mi círculo familiar más cercano con Olivia. Mi padre ya la conocía y a mi madre le había comentado el día anterior que le llevaba a una amiga muy especial para mí. No hacía falta decir nada más, el gesto de invitarla a comer con ellos hablaba por sí solo.

Olivia y yo nos bajamos y me dispuse a abrir la puerta del coche para que se bajara Lucía.

Lo que menos podía esperar, eso sucedió...

—¡Mira, mira, papá, allá voy!

—¿Dónde Lucía? —mi gesto era indescriptible.

—¡¡¡A la piscina!!!

La peque se había quitado el cinturón y se bajó de un salto con el patinete en la mano, que llevaba desde el viernes en el coche. Ante nuestra atónita mirada, patinó y llegó a la piscina, ¡y tanto!

—¡Alexis, la niña! ¡Dios mío, se va a abrir la cabeza! ¿Pero esto qué es? —mi madre chillaba y Lucía sacaba ya el cuerpo del agua, riéndose.

—¡¡¡Lucíaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!

—No grites papá, que yo no soy sorda como Olivia.

—Y yo tampoco soy sorda, jovencita—a Olivia ya le estaba tocando también la moral y lo siguiente.

La sacamos del agua, empapada, mientras el patinete se quedaba en el fondo de la piscina. Mi madre corrió por una toalla.

—Hija mía, ¿estás bien? —la tocaba por todos lados.

—Está mejor que bien, mamá. Está con unas ganas de guasa impresionantes, pero ya se le van a acabar—yo comenzaba a desesperarme.

—Tranquilo, hijo. No sé en qué diantres estaba pensando esta niña—su cara era de preocupación—Olivia, perdona, no hemos podido ni saludarte con todo este desaguisado—mi padre estaba apurado.

—No se preocupe, Carlos.

—Lo de Carlos está bien, ahora ya solo falta que me tutees—le dio dos besos.

—Mamá, ella es Olivia—se la presenté.

—Hija, perdona. ¡Vaya recibimiento que te hemos hecho! Yo soy Margarita.

—No se preocupe, por favor. Yo soy Olivia. Si quiere la ayudo con la peque.

—Pues casi que sí, hija, porque yo me he dado un susto que el corazón se me va a salir por la boca.

Yo miraba a Lucía y echaba fuego.

—Lucía, ¿se puede saber en qué estabas pensando?

—Es que yo había visto eso en una película y no sabía si se podía hacer de verdad o no. Está muy guay...

—¿¿Guay?? Ya hablaremos tú y yo...

Secamos a Lucía y Olivia la ayudó a ponerse ropa de la que la abuela siempre tenía por allí de repuesto.

—¡Madre del amor hermoso! Vaya susto que me he pegado—a mi madre le temblaba hasta la campanilla.

Lucía nos miraba con cara de no haber roto un plato y correteaba sin parar.

Mis padres habían preparado un aperitivo para ponerlo en el jardín y les ayudamos a colocarlo todo en la mesa.

—Tenéis una casa que es una auténtica preciosidad—ya era un hecho confirmado: a Olivia le gustaban las casas de la familia.

—¿Te gusta, hija? La hemos reformado hace unos años y puesto totalmente a nuestro gusto.

—Pues tienen un gusto exquisito.

—El mismo que ha heredado nuestro hijo—con esa frase mi padre trató de echarle un piropo a Olivia que ella agradeció con una sonrisa.

—Hijo, ¿qué tal ayer con la niña?

—Mamá, ni me hables. Ha ido de mal en peor desde que la recogimos.

Los puse al corriente de todo y se quedaron bastante sorprendidos.

—Olivia, siento mucho lo que está contando mi hijo—mi madre estaba tan desconcertada como el resto—La niña siempre ha sido traviesa, pero un amor. No reconozco a mi nieta.

—Pues créeme que te lo he resumido bastante, mamá.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos—mi padre trataba de ponerle algo de coherencia al asunto.

Pensemos en que está un poco confundida por lo del nuevo novio de su madre y tal.

—Pensemos, pensemos.

Almorzamos en el jardín y por fin reinó la armonía. Olivia estaba súper integrada en la conversación. Yo no paraba de mirarla y me encantaba comprobar que había conectado a la perfección con mis padres.

Lucía estaba queriéndose ganar un helado que los abuelos le habían prometido si se portaba bien, de modo que se pasó todo el almuerzo de lo más modosita y comedida. No parecía la misma.

Después de almorzar, mi padre se sirvió una copa y me ofreció otra. Rehusé la invitación porque un rato después tenía que conducir, pero le acepté un cafecito a mi madre, lo mismo que Olivia.

Nosotros habíamos llevado unas pastas que tenían una pinta estupenda y que a puntito estuvieron de acabar en la piscina con el numerito de la niña, pero milagrosamente se salvaron.

Las estábamos tomando plácidamente en el jardín cuando echamos de menos a Lucía y a *Mushu*, el gato de mis padres.

—¡Lucía! ¿Dónde estás?

—¿No dijo antes que iba al baño? —Olivia tenía razón.

—Sí, pero debe hacer ya unos diez minutos—observó mi padre.

Diez minutos y no atendían a nuestros gritos ni ella ni el gato. Mal asunto.

Entré en la casa y volví a llamarla.

—Papá estoy en el baño, ahora salgo.

—Sí, Lucía, sal ya que no me fío ni un pelo. ¿Has visto a *Mushu*?

—Sí, está aquí conmigo.

—¿El gato en el baño? No lo estarás bañando ¿no?

—¡Anda ya, papá! Si yo sé que eso a él no le gusta. Solo nos estamos poniendo guapos...

En esas abrió la puerta y tuve que contener la risa. ¡Era todo un cuadro! Lucía había cogido el maquillaje de mi madre y se había pintado como una *influencer*, según sus palabras. Y lo peor es que al pobre gato le había pintado hasta los bigotes.

—¿No somos una monería? —abría y cerraba los ojitos poniendo cara de buena.

—¡Ay, Dios! —dijo mi madre cuando los vio aparecer.

—Y este gato huele sospechosamente bien—Olivia lo tenía al lado.

—¡Y tan bien! ¡Huele a Dior! Lucía, dime que no le has echado el frasco entero—mi madre tenía los ojos saltones como un búho.

—Claro que no, abuela. La mitad para él y la mitad para mí...

Creo que debió ser la primera vez en su vida que mis padres se alegraran de que nos fuéramos porque ya no sabíamos lo que hacer con Lucía. ¡Nos estaba volviendo majaras!

El lunes estuvimos con ella de compras y Olivia trató de ayudarle a elegir algo de ropa que se quería comprar.

—Lucía, pues a mí me gusta esa falda.

—Normal que te guste, según te vistes... Es muy fea.

—¿Cómo?

—Que si mi mamá te viera diría que no tienes glamur. ¿Tú sabes lo que es glamur?

¡¡Ya estaba otra vez el lío!!

—Pues sí que lo sé pequeña, ¿y tú? Porque déjame decirte que la palabra es más grande que tú, no lo veo yo un concepto muy para niñas.

—No puedes saberlo porque mi mamá dice que solo las modelos tienen glamur y tú me parece a mí que no eres modelo.

—Pues no lo será porque no quiera—intervine—porque a Olivia le sobra belleza para serlo.

—Gracias, Alexis—me miró—En cuanto a ti, jovencita, déjame decirte que yo no creo que el glamur sea importante y quizás yo no lo tenga, pero sí tengo valores y eso es lo importante.

—Bruja...—los dos volvimos a escucharlo alto y claro.

—¿Ahora qué te estruja, Lucía? Porque no veo yo que tengas puesto ningún cinturón—Olivia la reprimía con la mirada.

—Una hamburguesa que cruja, que cruja, que quiero que nos la comamos ahora al salir—tiró para la puerta con ánimo de cambiar de tercio.

—Jovencita, ahora también te has quedado sin hamburguesa. Sigue así y a ver qué consigues...

Por la tarde la llevamos al parque y allí logramos que saltara y brincara hasta caer exhausta. Esa noche no tardó demasiado en dormirse, aunque el ritual de tenerme que meter en la cama con ella era diario.

El martes era nuestro último día con Lucía y la moral nos la tenía ya un poco por los suelos. El lunes había sido algo más tranquilo, pero con todo y con eso las malas contestaciones y las miradas desafiantes se sucedían a cada momento.

Bastaba que dijéramos algo para que tratara de demostrarnos que su madre y Héctor lo hacían mejor. Resultaba realmente agotador. ¡Vaya paliza!

Esa tarde decidimos llevarla al cine porque estrenaban una peli de *Disney* que ella quería ver. Ni que decir tiene que se empeñó en sentarse entre Olivia y yo. Cuando lo logró parecía que estaba contenta. Como una familia modelo, compartimos caramelos, palomitas y chicles.

Eso sí, ¡Olivia se llevó el premio gordo! A media peli, la pequeña parecía encantada y nos abrazó a Olivia y a mí, extendiendo sus bracitos por detrás de nuestros cuellos.

—Alexis ¿qué tengo en el pelo? Me estoy quedando pegada a la silla...

—¿Pegada a la silla? No será nada mujer...A ver, déjame ver...

¡Pero era! ¡Claro que era! Lucía nos había cogido con la guardia baja y, mientras nos rodeaba con sus bracitos, había pegado varios chicles mordisqueados en el pelo de Olivia. El hecho de que estuvieran todavía blandos no dejaba lugar a dudas. ¡Nos la había jugado otra vez!

Esa noche, mi hija ni se atrevió a decirme que me tenía que acostar con ella, porque hasta la una de la madrugada estuve con Olivia aplicándole hielo hasta retirar el chicle del pelo.

Capítulo 24



Miraba a Lucía mientras desayunaba y negaba con la cabeza. Allí estaba ese pedazo de personaje en el que me la estaban convirtiendo, feliz con su cacao y su tostada.

—Papá, la próxima vez que venga ya te diré lo que puedo comer y lo que no, porque Héctor dice que mamá y yo nos tenemos que hacer veganas como él.

¡Prontito había amanecido el día! Me quedaban dos horas para entregar a Lucía y no sabía lo que tendría que escuchar todavía.

—Cariño, eso ya lo hablaremos mamá y yo.

—Eso lo decidirá mamá, que además es la que sabe lo que hay que comer para estar estupenda.

—Pues yo a tu padre también lo veo estupendo—Olivia entraba en la cocina en ese momento y nos dio un beso en la mejilla a ambos.

—¡Tú que vas a decir! Normal, si lo que quieres es ligarte al jefe...

—¡¡¡Lucía!!! Ni se te ocurra volver a decir eso.

—Bueno, bueno, en esta casa no se puede hablar, menos mal que ya me voy...

—¿Y con Héctor sí se puede hablar? —yo ya estaba que explotaba.

—Con él sí, porque Héctor hace yoga y nunca levanta la voz.

—No hace falta levantar la voz para hacer daño y al contrario, Lucía, una persona puede darte un grito por tu bien—Olivia intervino.

—¡Ya está otra vez la pelotera!

—Lucía yo puedo tener mucha paciencia, conmigo no te va a valer esa artimaña. Si crees que así me vas a asustar y voy a salir corriendo la llevas clara. Además, te voy a contar un secreto: yo también hago yoga—le sonrió irónicamente.

Llegamos a la puerta de la casa de Cata y allí estaba ella con el tal Héctor. Hacía tiempo que pensaba que la postura tan erguida de mi ex se debía a que tenía metido un palo en el culo, pero ese día comprobé que los palos allí debían darlos al entrar, porque el tal Héctor tenía otro en el suyo.

Me bajé del coche para entregarle las cosas de Lucía y, para mi sorpresa, porque no lo habíamos hablado, Olivia se bajó detrás.

Cata la petrificó con la mirada y Olivia, muy digna, le lanzó un “buenos días” que la otra no contestó.

—¡Mamá, mamá, tenías razón, papá me ha quitado el patín!

—No te preocupes, hija, mira lo que te ha comprado Héctor—Lía, por favor, le hizo una seña para que saliera.

Lía salió con una toquita entre los brazos. Por un momento me reí, pensando en que aquellos dos eran capaces de comprarle un hermanito a Lucía si alguien se lo vendiera.

—¡Muero! —la niña hizo un gesto cómico de desvanecimiento—¡Es lo más bonito que he visto en mi vida, Héctor! —lloraba y se abrazaba a él—¡Tú sí que molas!

Dentro de la toquita había un perrito. Lucía adoraba a los animales y siempre había querido tener una mascota. En su momento, Cata y yo quedamos en que se la regalaríamos cuando hiciera la Primera Comuni3n, pues nos parecía una edad propicia para que la cuidara. Me dejó fuera de juego.

Lucía se fue con Lía y con el perrito, sin apenas despedirse, solo un gesto con la manita.

Cata obvió el detalle de que se había limpiado el culo con nuestro acuerdo sobre la mascota y empezó a atacarme con el tema del patinete.

—Vaya, hombre. Ya me lo imaginaba yo. Nosotros fomentando que la niña haga deporte y tú quitándole la idea.

—¿Deporte? Por dos veces se ha podido matar con el patinete. Antes que eso hay que fomentar la responsabilidad, pero de eso tú no sabes mucho.

—¡Cuidadito con lo que dices! —el tal Héctor avanzó un paso en plan machito, desde fuera se veía como si tuviera que demostrar que él la tenía más larga.

—¡Cuidadito con lo que dices tú! —Olivia me dejó de piedra—Esto es cosa de sus padres, pero si hablas tú, lo hago yo también.

—¡Apúntate todos los tantos que quieras con ella, como el del perrito, Cata! ¡Y este que haga lo mismo! No te preocupes que hay algo llamado karma que lo pone todo en su sitio. Y se me olvidaba, otra que se llama juez que también hace lo mismo, pero más rapidito—no les dimos derecho a réplica. Nos montamos en el coche y salimos zumbando.

—¿Estás bien, cariño? —aquel “cariño” de Olivia me supo a gloria. Era la primera vez que se dirigía a mí de ese modo y creí que íbamos a necesitar una cucharilla porque acababa de derretirme.

—Muy bien, cielo. Paré el coche en un lateral de la calzada, solo para fundirme con ella en un interminable beso.

—¡Alexis, no podemos estar parados aquí!

—¿Y eso por qué?

—Porque te pueden multar.

—Por mí, como si quieren detenerme—volví a besarla y provoqué su risa.

Llevábamos el equipaje en el coche. Yo le había dicho esa mañana a Olivia que tenía una sorpresa para ella y estaba loca por saber.

—¿Dónde vamos? ¡Dímelo ya! ¡Necesito saberlo! —daba saltitos en su asiento como una niña.

—Vamos hacia el sur a un lugar que creo que te va a encantar.

Llegamos a uno de los resorts más lujosos de la isla y su entusiasmo crecía por momentos.

—¡En este hotel estuvo Raquel con un novio suyo y dice que es espectacular! —señaló.

—¿Sí? Pues no se equivocó—arqueé la ceja.

Entramos y su cara de entusiasmo no tenía límites.

—¡Alexis! ¡Es precioso! —hacía pausas para hablar e imbuirse de aquel extraordinario ambiente mientras yo la llevaba cogida por la cintura.

Subimos y ella se quedó atónita. Yo quería sorprenderla y eché mano de mis contactos para que me reservaran la mejor suite, cosa muy difícil en aquella fecha, pero que al final logré a cambio de un favor laboral. Tenía negocios con aquella cadena de hoteles y me vino de perlas.

La suite era enorme y muy lujosa. Estaba dividida en dos estancias distintas, el amplísimo dormitorio y una sala contigua. Además, estaba provista de un cuarto de baño de película y de una terraza enorme.

Sobre una mesita, una cesta de frutas exquisitas y un surtido de bombones para caerse de espaldas nos daban la bienvenida.

Olivia se lanzó hacia el surtido y cogió un bombón.

—¿Quieres? —me miraba como si tuviera que querer por fuerza. Cada vez se mostraba más espontánea y graciosa.

—Sí, pero solo uno, que te veo venir.

Me puso un bombón en la boca y ella se zampó varios. Al final le quedó un poco de chocolate en la comisura de los labios y su imagen era divertidísima.

—Ven aquí, que te quito ese chocolate que te ha quedado.

Tal cual llegué a su altura hice lo que los dos estábamos deseando. Empecé a besarla con ímpetu, la cogí y la tumbé en la cama. En cero con dos la desnudé.

Fue la primera vez que, lejos de esperar que yo me desnudara, lo hizo ella, con rapidez, con energía, con ganas, con deseo...

Mientras sus manos abrían la cremallera de mis pantalones, mi miembro ya gritaba socorro. Necesitaba liberarse de aquella opresión. Yo estaba excitadísimo y, a juzgar por la piel de gallina de Olivia, ella estaba igual.

La tumbé y empecé a jugar con mi lengua por todo su cuerpo, recorriéndola palmo a palmo. Notaba cómo ella se contraía y eso me excitaba cada vez más.

Por primera vez, Olivia me iba guiando con sus gemidos. La niña temblorosa de los primeros días iba dando paso a una mujer más segura que me susurraba con suavidad por dónde y con qué ritmo quería que siguiera.

Al llegar a su clítoris, tan rosa e inflamado que decía “cómeme”, pude notar que el solo contacto con la lengua la hacía estremecer. Di unos ligeros toquecitos sobre él a los que Olivia respondió agarrando con fuerza las sábanas y transformando sus gemidos en un jadeo que sonaba como la mejor música del mundo.

Ella me pedía que no parara y nada más lejos de mi intención. Comencé a lamer aquel clítoris cada vez más abultado hasta que sus jadeos dieron lugar al más sugerente de los gritos, un “no puedo más” tras el que brotó el néctar que señalaba que Olivia había alcanzado el clímax.

Tras unos segundos de brutal disfrute, abrió los ojos y colocó las manos sobre mis glúteos. Para mi sorpresa, no me dejó colocarme todavía el preservativo y e hizo que me acercara, dejando mi miembro a la altura de su cara.

El morbo que me estaba produciendo la escena era realmente indescriptible. Con una sonrisilla pícaro, sacó también a pasear su lengua y, mientras sostenía mi miembro con ambas manos, comenzó a lamerlo lentamente, de arriba abajo.

No lo esperaba y creo que toda la sangre de mi cuerpo debió concentrarse en el mismo sitio porque me sentía explotar, y no digamos ya cuando me miró y se lo introdujo en la boca, dándome a entender que la joven cándida estaba pasando a ser una mujer sensual que me enamoraba más por minutos.

Fue una escena espectacular. No esperaba aquel gesto y lo disfruté hasta el punto de que tuve que decirle que parara porque no podía controlar mi propio cuerpo. La entrega y cadencia con las que Olivia actuaba, junto con la visión de aquella boca que tanto me atraía haciendo algo tan sugerente, me estaba llevando al límite.

Me retiré suavemente, mientras ella no quitaba vista a cómo me colocaba el preservativo y la penetré. Rebosaba humedad y mi miembro ardía en su interior. Cogí sus manos con fuerza y era su mirada la que me indicaba que fuera subiendo el ritmo.

Mis embestidas eran cada vez más fuertes, lo mismo que sus gemidos y la visión de aquellos senos con esos durísimos pezones mirando al techo me ponía absolutamente fuera de mí.

Tuve que parar y me di la vuelta. Le sonreí y le pedí permiso con la mirada. Su sonrisa complacida me lo dijo todo. Ella también quería. Me quedé sentado en la cama, con aquellos mullidos almohadones tras de mí y la más sexy de las Olivias empezó a cabalgar.

Primero lentamente y luego con más rapidez, mi chica entraba y salía y describía círculos sobre mi miembro, contrayendo y soltando su vagina y produciéndome la más placentera de las sensaciones.

Tenía su busto a la altura de mi boca y me recreé en aquellos pezones que parecían una magnífica creación en 3D de lo perfectos que eran.

Mi excitación iba *in crescendo* y, cuando noté una contracción brutal de ella, seguida de un gemido tan intenso que ahogamos con un beso, la duración y la intensidad de mi propio orgasmo me dieron a entender que aquello era más que sexo.

Nos tumbamos en la cama y nos miramos, felices.

—¿Estás bien? —por mucho que lo supiera necesitaba escucharlo de su boca.

—Estoy, ¡espectacular! —denotaba que aquello era cierto.

Nos besamos con calma, apasionadamente y nos quedamos unos minutos abrazados, con Olivia ahuecada en mi pecho. Si aquella no era felicidad, que viniera Dios y lo viera.

—¡Hora de asearnos, ponernos la ropa de baño y a disfrutar de todo esto! —me levanté de un salto.

Olivia salió de la ducha con un bikini precioso en verde agua y un kaftán blanco crudo con caladitos. Una pamelita y unas zapatillas de esparto completaban el delicado conjunto. En su mano un bonito neceser y, ¡listo!

Bajamos a la piscina y allí nos pedimos cada uno un coctel mientras disfrutábamos de las maravillosas vistas de la playa que teníamos delante.

—¡No sabía yo que el sueldo incluyera también vacaciones pagadas! —rio.

—¿Has visto?

—Eso sí, espero por tu bien que esto no sea cortesía de la empresa para todas las trabajadoras —me miró a modo de regañina.

—Sabes bien que no, pequeñaja— no podía dejar de abrazarla. Era como una muñequita para mí. Necesitaba ese contacto físico con ella.

—¡Por la cuenta que te trae! —sonrió.

—Esto lo iba a hacer de todas maneras—reí—pero con la que te ha dado Lucía, vaya si te lo mereces—yo no sabía dónde meterme con la cuestión.

—A ver, yo he venido porque estoy muy a gusto, pero si fuera en pago, imposible... ¡No hay oro en el mundo para compensarme por lo vivido!

Me eché a reír.

—De veras que yo no sé ni lo que decir. Ha sido mortal, te las ha dado todas juntas. A mí también, pero yo soy su padre...

—Ya, ya... Yo, con tal de comprarme un buen multivitamínico, creo que iré bien... ¡Se ha llevado toda mi energía! —lo tomaba con el mejor humor del mundo. Era muy linda.

—Ya me encargo yo de que nos aprovisionemos de vitaminas cara a la próxima, corren de mi cuenta—bromeé.

—Eso, eso. Tú hazte con un arsenal de vitaminas y con otro de preservativos, porque si alguna vez había tenido ganas de ser madre, tu hija se ha encargado de quitármelas—volvía a reír.

¡Menos mal que se lo tomaba con ese buen talante! Era muy especial Olivia.

El resto del día lo pasamos de relax total. Por mucho que bromeáramos con la cuestión, era cierto que Lucía nos había dejado como si hubiera pasado el AVE por encima de nuestras cabezas.

Eso sí, jarana y de la buena, no volvió a faltarnos ni a la hora de la siesta, ni al acostarnos.

Capítulo 25



Con todo el puente de Semana Santa por delante en aquel paraíso, no pudimos amanecer más contentos.

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Buenos días, cielo!

No nos dio tiempo a decir nada más y, ¡ya estaba el lío! Empezamos a besarnos y, con nuestros cuerpos desnudos desde la noche anterior, la excitación tomó las riendas.

Llevé mis dedos hacia la zona más íntima de Olivia y, un primer gemido, tras el que soltó el aire, fue el pistoletazo de salida para que primero uno de mis dedos, al que luego siguieron otros, se introdujeran en aquella atractiva cavidad mientras al mismo tiempo jugaba con su clítoris. Un par de minutos así y su sofocado orgasmo no tardó en aparecer.

Recordé su “buenas vistas” de mi despacho y no dudé en que las de la playa también le gustarían. A cuatro patas, una dulce y cada vez más sensual Olivia recibía mis embestidas mientras, de vez en cuando, volvía la cara para cruzar su mirada con la mía.

Sin duda, quería enseñarme que había llamas en sus ojos y aquellas llamas no hacían más que alimentar mi propio fuego.

Con una mano agarrando fuertemente una de sus caderas, y la otra sus durísimos glúteos, Olivia me estaba ofreciendo un concierto de gemidos que terminó con uno solo mío, uno desgarrador que me produjo aquel impresionante orgasmo.

Después de eso, bajamos a desayunar. Olivia y yo cada vez nos contábamos más cosas de

nuestras vidas anteriores. Ya hablaba con mucha naturalidad incluso de lo sucedido con Jorge. Eso me indicaba que por fin lo tenía superado.

—¿Sabes? Después de aquello solo pensaba en darle a mi vida un giro de ciento ochenta grados.

—¿Sí? Cuéntame.

—Pues resulta que decidí poner tierra de por medio. No veía aquí demasiadas salidas laborales y además creí que me vendría fenomenal un cambio de aires.

—No lo hubiera imaginado. Pensé que lo de refugiarte en tu familia te había tirado más que cualquier otra cosa.

—A ver, sí. Eso era muy importante para mí, no te lo voy a negar. Lo que pasa es que, transcurrido el primer mal trago inicial, cuando ya estaba más repuestita, tomé esa decisión.

—¿Y dónde apuntaste? ¿Tenías ya decidido un destino?

—Sí, sí. Quería irme a vivir a Londres. Me encantó desde la primera vez que puse allí los pies con Raquel, como te conté, y varias veces más que fui con Jorge.

—Londres es fascinante, de eso no hay duda.

—Sí. Además, puse los ojos en una multinacional muy reputada que me recomendaron y en la que tenía opciones, por las características del puesto que ofertaban.

—¿Y qué pasó?

— Estaba esperando respuesta cuando me llamasteis vosotros y vi el cielo abierto de al final tener trabajo, así que decidí quedarme. Después me ofrecieron el puesto pero ya no me interesaba.

—Pues no sabes lo que yo puedo alegrarme de que así fuera—pensé que a veces era cuestión de suerte en la vida el que coincidieras o no con una persona que te hiciera feliz.

Aquel día disfrutamos a tope del sol y de la playa por la mañana y volvimos a subir al hotel

para almorzar. La comida era de lujo y yo me quedaba embelesado viendo cómo Olivia seleccionaba nuestros preferidos entre el carrusel de postres.

La tarde la pasamos paseando por la isla y por la noche cenamos en el hotel y vimos el bonito espectáculo que ofrecían, aunque para espectáculo el que nos esperaba al subir a la suite. Era nuestro momento y sabíamos darlo todo por el otro.

El viernes por la mañana tenía una sorpresa para Olivia.

—¡Echa algunas cosas en una mochilita que nos vamos a pasar unas horas fuera!

—¿Dónde vamos?

—Pues hoy a hacer algo de ejercicio, preciosa, que habrá que ir bajando todo lo que nos estamos comiendo o no te voy a molar tanto.

—No seas exagerado, anda. Y dime, no te hagas de rogar, ¿dónde vamos? —imploraba con las manitas y daban ganas de comérsela allí mismo. Claro que, si me la empezaba a comer, ya no íbamos a ninguna parte.

—Vamos a demostrar nuestras dotes deportistas, a ver qué tal funcionamos en conjunto, ¿te gusta hacer *kayak*?

—¿Bromeas? ¡Me encanta! He ido muchas veces con mis hermanos.

—Pues entonces no se diga más, vayamos a desayunar y, *jale hop!*

Pusimos rumbo a los Gigantes...

—No tienen este nombre por casualidad, me dijo mientras mirábamos su inmensidad, al llegar...

—Ilústrame...—me encantaba escucharla.

—A ver, no es que sepa mucho sobre ellos, pero sí que son los acantilados basálticos más altos de toda Europa.

—Sí, sé también que los Guanches llamaban a esta enorme pared basáltica “La Mirada del Infierno”.

—¿Has visto “Furia de Titanes”? La rodaron aquí...

—Sí, ¿y tú?

—Yo también. Hay que apoyar todo lo de la tierra de uno—hasta para eso era leal Olivia.

Desde la Punta de Teno, disfrutamos de las incomparables vistas del Acantilado de los Gigantes. Alquilamos un kayak y lo pasamos fenomenal. Lo que nos pudimos reír a bordo de él no tuvo nombre. Olivia estaba muy payasa esa mañana y nos hicimos unas fotos muy originales poniendo muecas.

Lo del kayak se nos daba genial a los dos y lo disfrutamos una barbaridad. Al mediodía volvimos al hotel. Compartimos un almuerzo maravilloso, en el que nuestras miradas lo decían todo y nuestras manos se entrelazaban cariñosamente.

Subimos a echarnos una siesta y allí volvieron a saltar chispas, como cada vez que nuestras pieles se rozaban. Tan pronto caímos en la cama y, sin siquiera quitarnos la ropa, mis manos empezaron a buscar su zona más íntima y, deshaciéndome rápidamente del bañador, me puse un preservativo y la penetré sin que nuestras miradas se perdieran.

Entre gemidos y abrazos, cada vez más profundos, ella primero y yo después llegamos al orgasmo con la certeza total de que estábamos hechos el uno para el otro.

Nos quedamos dormidos un rato y después bajamos a la playa, desde donde vimos el atardecer, sentados, acurrucados y entre confianzas.

Después subimos a cenar y salió el tema estrella, uno que al llegar al hotel aparcamos un poco hasta que estuviéramos desintoxicados de la primera parte de la Semana Santa.

—¿Viste cómo nos miraba Cata? —reí.

—Exactamente como si fuéramos dos gusanos—rio.

—Ella es así, tiene unos aires de superioridad insoportables y, como Dios los cría y ellos se juntan, el tal Héctor parece también de lo más subidito.

—Pues sí. ¡Menudo estirado! Ahora que yo no pienso amilanarme. Eso te lo aseguro. A mí me dan igual sus aires...

—Ya te vi. Lo dejaste bien planchado y Cata te miraba alucinada. Además, esto sin presentaciones ni nada, todo allí, a las bravas.

—Sí, sí, surrealista, pero cierto.

—El tío era el típico guaperas que le va a ella últimamente...

—¿Últimamente? Esos le han debido ir siempre porque yo te veo a ti mucho más guapo que a ese idiota...—me dio un beso.

—Gracias, pero me refiero a los guaperas descerebrados de cuya mano pasea ella en los últimos años.

—Vamos, que supongo que le da igual lo que tengan en la cabeza con tal de que estén bien musculados, ¿no?

—Sí, sí. Para ella el físico lo es todo. Bueno, vaya tontería, el físico y el dinero. Te aseguro que, aunque el tipo no tenga muchas luces, dinero tiene, heredado o lo que sea.

—Ya, de otro modo ella ni lo miraría...

—Por supuesto.

—Vamos que la muchacha es romántica.

—Sí, ¡un montón!

—Pues vaya asco.

—Si yo pudiera apartar de toda esa vida a mi Lucía... temo que el mal ejemplo que le están dando al final termine por torcerla...

—De eso nada que aquí estamos nosotros para contrarrestar el mal rollo. Tú lucha por la compartida y ya verás como entre los dos la enderezamos.

—Lo dices como si fuera muy fácil, me emociona.

—¡Hombre claro, Catas a mí! —se rio.

—Visto así parece más sencillo—me animé—Y hasta si hay que aprender a patinar para seguirla, se aprende.

—Eso lo tendrás que hacer tú, ¡yo ya patino de miedo!

—¿Lo dices en serio? Eres una cajita de sorpresas...

—Y tan en serio... Así que tú ya te estás poniendo las pilas que los planes más chulos se los vamos a proponer nosotros...

Escuchar a Olivia hablar en esos términos de mi hija me emocionaba a más no poder.

Un rato después subimos al dormitorio y lo hicimos durante horas, fundiendo nuestros cuerpos en una irrefrenable espiral amorosa que no encontraba fin. Cuando caímos agotados, la miré para seguir descubriendo en ella a la persona con la quería terminar todos mis días y, también comenzarlos...

Capítulo 26



El sábado abrí los ojos y Olivia no estaba a mi lado. Me asusté porque no había escuchado nada...

—¿Olivia, cielo?

—Estoy en el baño, cariño.

Me senté en la cama a esperar que volviera. De majestuosa podía calificarse su imagen al salir. Se había levantado desnuda, tal cual estaba en la cama, y de la misma forma tuve la dicha de que saliera.

—¿Qué miras? —se rio.

—¿Cómo puedes ser tan guapa? —contesté con otra pregunta.

—Anda, anda, venía hacia mí.

No pude ni quise reprimirme. Me levanté y llegando hasta a su altura, me coloqué detrás de ella y puse sus manos contra la pared.

—¡No te muevas! —le susurré.

—No tenía intención de hacerlo—su respuesta me puso todavía más.

Desde detrás, coloqué una mano en sus senos y pude comprobar cómo el corazón se le aceleraba a tope, mientras llevaba la otra hacia su zona íntima.

Alcané su clítoris y casi podría decir que también palpitaba. Su inflamación era evidente y comencé a rozarlo con suavidad con mis dedos mientras besaba su cuello.

Sus gemidos señalaban que fuera subiendo de intensidad y eso hice, mientras la temperatura se elevaba de forma sofocante. En un momento dado, le vi la vuelta y, totalmente expuesta ante mí, me agaché para que mi lengua terminara lo que mis dedos habían comenzado.

Entre interminables jadeos contenidos, ella me acariciaba la cabeza y todo su cuerpo se contrajo con un orgasmo que parecía que pudiera partirla en dos. Olivia iba descendiendo lentamente por la pared, en busca de mi boca, cuando me levanté y le di la vuelta.

Sus manos volvieron a encontrar la pared, la cual le sirvió de apoyo en el momento que, tras colocarme el preservativo la embestí, sin tregua, con suavidad, pero con firmeza, sincronizando a partir de ese momento mi miembro y mi cadera para hacerla vibrar.

El sonido de sus gemidos me excitaba hasta hacerme enloquecer y, cuando me quise dar cuenta, mis embestidas no eran ya precisamente suaves.

—¿Te hago daño, mi niña? —le susurré al oído.

—Lo único que podría hacerme daño es que parases.

Empezábamos a acoplarnos en el sexo de una manera natural y extremadamente placentera.

Mi miembro vibraba en su interior, ese sí que parecía tener vida propia...

En ese momento, sonaron unos golpecitos en la puerta. Alguien debía haberse equivocado porque no habíamos pedido nada.

Paramos y ella se dio la vuelta. Fue a preguntar y yo le puse la mano en la boca. Mientras contenía el aliento, nos acercamos a un gran sillón de lo más cómodo que había cerca de la cristalera.

Me senté y la puse sobre mis rodillas, pero de espaldas. Desde allí también había unas vistas sensacionales y Olivia las disfrutaba mientras cabalgaba sobre mí.

Sus movimientos se fueron haciendo a mi miembro y su soltura era total. Su larga melena rubia dejada de caer sobre su espalda y aquel culo respingón saltando sobre mí, eran aún mejores vistas que las que nos ofrecía la habitación.

En un momento dado, Olivia se echó completamente hacia delante, agachándose y aquel movimiento hizo que mi miembro resbalara aún más dentro de ella.

Súbitamente, se levantó y, contrayéndose al máximo, me proporcionó un placer de magnitud inimaginable. El bocado que le di en el cuello mientras sentía aquel increíble orgasmo fue la prueba evidente.

El resto del día lo pasamos descansando en las cómodas hamacas de la playa. Queríamos estar relajados porque esa noche teníamos la intención de bajar a cenar y bailar.

La cena fue en uno de los restaurantes del hotel, en una mesa de lo más romántica que yo había encargado que nos prepararan.

Olivia estaba espectacular con un vestido de tirantes y amplio escote en tonos ocres, verdes y marrones, de lo más elegante y moderno. Lo combinaba con unas altísimas sandalias de tiras y pequeño bolso a juego.

—Esto es precioso. No puede ser más romántico, amor—sus ojos indicaban una increíble ilusión por todo lo que veía.

—¿Te parece lo suficientemente romántico?

—¡Claro! ¡Es un sueño!

—Pues a ver si puedo mejorarlo un poco. Eché a mano a uno de mis bolsillos y saqué una pequeña caja.

Ella me miró y no quise que hubiera lugar a equívocos, ¡no estaba loco!

—No temas—reí—Solo es algo que me ha apetecido regalarte, para que tengas un bonito recuerdo de este sitio y de esta noche—extendí la mano y puse en la suya la pequeña cajita.

Ella la abrió y sonrió, entusiasmada.

—¡Alexis, es una auténtica preciosidad!

Para mi sorpresa, se levantó de la silla y se sentó sobre mis rodillas un momento, dándome un amoroso beso y pidiéndome que se la pusiera.

Se trataba de una fina y elegante cadena de oro con un colgante de una marca muy exclusiva, que sabía que le gustaba porque le había visto algún otro complemento de ella.

—¿He acertado? —le apartaba su bonita melena de la cara y la besaba.

—Me has dejado loca—hacía un gesto muy gracioso como si cada ojo se moviera para un lado.

—Me alegra.

—No lo voy a olvidar nunca. Eres muy especial y todo lo que haces también.

—Ni la mitad de lo que tú te mereces, pequeña—le di un toquecito en la nariz y volvió a su asiento.

El detalle hizo que Olivia estuviera especialmente entusiasmada. Si ya hacía tiempo que nos manteníamos la mirada, lo de aquella noche era una auténtica locura.

Entre nosotros había una química descomunal, pero, más allá de eso, también estaban surgiendo unos sentimientos que tenían visos de alcanzar magnitudes desproporcionadas.

Después de cenar nos fuimos a bailar.

—Hace mucho que no bailo...

—Eso nunca se olvida, mujer...

—¿Y quién dice que lo haya olvidado? Yo solo he dicho que hace mucho que no lo hago...

—Muy bien, muy bien... ¿Y qué quieres bailar? Te advierto que yo no soy ningún experto, de hecho, suelo necesitar alguna copita... Eso sí, después me defiendo.

—¡Salsa, salsa! Yo quiero bailar salsa, ¿te defiendes con eso?

—Algo—yo sabía que me defendía, pero no me gustaba alardear, que no sabía cómo se las iba a gastar la niña...

¡Y menos mal que no lo hice! Me la comía. Aquello era totalmente fascinante. Fue sonar los primeros acordes y tomar conciencia de que la sensualidad de Olivia en la pista de baile iba a disparar mi corazón.

—*¡Mark Anthony!*—chillaba. Es el mejor.

—¿Te gusta? Elige un lugar del mundo en el que cante y nos vamos a verlo, cuando quieras...

—¿Te has vuelto loco? Eso puede costar un pastón...

—¿Y para qué sirve el dinero si no es para disfrutar?

Olivia se movía de una forma increíble, cien por cien sugerente y se hizo la dueña de la pista. Era flipante cómo se acercaba, encajándose en mi cadera y cómo se separaba, llegado el momento, para hacer aquellos movimientos con su cintura que con tanta elegancia acompañaba con un juego de brazos que embelesaba a todo el que la contemplaba.

A mí me cautivaba más por segundos. Bailamos varias canciones seguidas.

—No sabía que eras una bailarina de primera.

—¡No exageres! Eso sí, los bailes latinos me pueden. He ido muchos años a clases.

—Pues tendremos que apuntarnos. Quiero ponerme a tu altura.

—Pero si tú también lo haces fenomenal...

Yo no tenía la misma técnica que ella, pero la llevaba bastante bien y más que eso destacaba

nuestra conexión. Nos compenetrábamos a la perfección y la sensualidad se iba adueñando cada vez más de ambos. El deseo crecía y crecía y lo manifestábamos en forma de baile. Ardíamos.

—¡Tiempo! —hice el gesto con la mano aprovechando que acababa una de las canciones— Necesito una copa.

—Vale—me sonrió y me dio un beso.

—Ni se te ocurra escaparte—le guiñé el ojo.

—Bueno, me lo pensaré—también me devoraba con la mirada.

Escaparse no se escaparía, pero enseguida comprobé que me la querían quitar de las manos. Cuando enfilé hacia donde ella estaba, con las copas en mis manos, vi cómo un chico la pretendía sacar a bailar.

Noté su mirada un poco descolocada, como si me fuera a molestar y con la mía le hice un gesto de aprobación total, ¡faltaría más! Me eché a un lado y di un trago de mi copa mientras la canción comenzaba a sonar.

¡Y no sabía yo lo larga que se me iba a hacer! No me tenía por un tipo celoso, pero el pellizquito en el estómago al ver cómo el otro chico se le acercaba cada vez más lo sentía, ¡y bien! ¡La madre que lo parió!

Eso sí, Olivia volvió a derrochar elegancia, como salía hacerlo, y mantuvo totalmente la compostura. Bailó con él con mucho arte, pero sin pegarse para nada y sin hacer aquellos gestos tan sensuales que hacía conmigo.

Según terminó, se vino para mí y cogió su copa. La abracé fuerte, como si me la fueran a quitar. Lo tenía cada vez más claro: la quería para mí.

Aquella noche hicimos el amor de una manera todavía más intensa, si es que cabía. Comenzábamos a derrochar pasión por los cuatro costados. Las sábanas hervían.

El amanecer del domingo nos contaba que era el último día que nos quedaba en el resort....

Pasamos la mañana en la playa. Estábamos cogiendo un bonito tostado y eso hizo que por un momento se me viniera a la cabeza el que tenían las suecas. Lo aparté de mi pensamiento. No quería ni tener recuerdos de una historia que no me hacía sentir precisamente orgulloso.

Después del almuerzo, cogimos todas nuestras cosas y pensamos que era hora de ir volviendo a casa. Eso sí, a la mía, no me apetecía dejarla todavía en la suya.

Llegamos, solté mi equipaje y preparé unos cafés. La tarde la pasamos entre el jardín y el salón, cómodamente instalados en un sofá que ya sentía que era de los dos.

Estuvimos charlando de todo y de nada. Nos reíamos, nos abrazábamos y cómo no, tuvimos nuestro rato íntimo en el que la locura se desató entre nosotros.

—En un par de horas me tengo que ir, Alexis, si no quieres que mis padres te denuncien por secuestro.

—Me lo pensaré, bonita. Quédate a cenar y después te llevo.

Intentaba demorar el momento lo máximo posible. No me apetecía en absoluto que se fuera, aunque entendía que entre nosotros no había todavía nada hablado y que era lógico que lo hiciera.

Después de cenar, nos montamos en el coche y nos dirigimos hacia su coche.

—No tengo palabras para decirte lo bien que lo he pasado—sonrió.

—¿Y eso pese a mi pequeña “Chicho Terremoto”?

—Pese a eso, pese a eso— rio.

—Yo sí que lo he pasado bien, Olivia. De veras que ha sido fantástico y lo que me has ayudado con la niña...

—No ha sido nada, amor...

—Para mí, sí, créeme...

Llegamos a la puerta de su casa. Me bajé y le di un abrazo antes de que entrase.

Sentí que la estaba echando de menos desde el mismo momento en el que la perdí de vista. Mi casa me parecía vacía sin ella. Me metí en la cama y abracé la almohada. En la oscuridad de la noche, el silencio repetía una y otra vez un nombre. Y ese no era otro que el de Olivia.

Capítulo 27



Retomar el trabajo después de lo bien que había estado esas mini vacaciones al lado de Olivia y de mi hija, fue difícil. Y ello pese a que mi hija me sacó de quicio. Venía irreconocible, parecía la Niña del Exorcista, me había provocado hasta ansiedad.

Me senté en el despacho y no tardó en llegar Carlota con el café. No la había saludado antes pues estaba al teléfono cuando entré.

— Buenos días, mi jefe favorito, te eché de menos — puso el café en mi mesa.

— Buenos días, se te ve muy contenta — sonreí sorprendido — Por cierto, eso de tu jefe favorito no cuela, soy el único, poco con lo que comparar — carraspeé.

— Vayamos por partes — se sentó y apoyó sobre la mesa — A lo de que eres mi único jefe, eso no lo sabes — adoptó un gesto seductor con los ojos — lo mismo tengo un trabajo por las tardes que nadie conoce — me hizo un guiño — Lo de que se me ve contenta... — se puso la mano a un lado de la boca como si me estuviera contando un secreto — pregúntaselo a Daniel — sonrió con ironía, se levantó y se fue.

¿A Daniel? Ay, Dios, a él no... Puse los codos sobre la mesa y me llevé las manos en la cara, eso era lo que menos me podía imaginar, al menos no tan rápidamente. ¿Era nuestra Carlota? No me lo podía creer, esta no era aquella chica cortada, prudente, incapaz de hablar de nadie... Me eché a reír.

Volvió a aparecer por la puerta con la mano en la frente y fue directa a sentarte de nuevo.

— Acabo de ver entrar a Davinia al despacho de Fernando y cerró la puerta ¿Desde cuándo

vamos al despacho de un compañero y cerramos la puerta? Estos van a follar de nuevo — ladeo la cara dando un golpe en la mesa y se fue.

Aquello era una vuelta de vacaciones y lo demás eran tonterías, ya solo me faltaba por escuchar que Elba se metía en un trío con Daniel y Carlota.

Me llegó por el Messenger un mensaje de Daniel.

Daniel: Se me quedaron los huevos de lo más relajados.

Me eché a reír, solo a él se le podía ocurrir escribirme por el Messenger de trabajo algo de lo más informal.

Alexis: Ya me han dejado caer algo...

Daniel: Encima de explosiva, chivata, me pone perro...

No podía con él, tan educado y vulgar a la vez.

Alexis: ¿Y ahora qué? ¿Otra para la colección?

Daniel: No, esta va a durar en mis listas de favoritas, no te imaginas...

Alexis: Ya conozco tus listas de favoritas.

Daniel: Y con tu hija, ¿qué tal?

Alexis: Creo que a mi hija me la cambiaron, esta que me entregaron era una mezcla de Miércoles Adams y la Niña del Exorcista, solo le faltó hacer un corte de mangas. Ya te contaré, pero muy *heavy*.

Daniel: ¿Tu hija? ¿En serio?

Alexis: Así mismo, además su mami estrenó novio y vino diciendo que ya tiene dos papis. Como empiece a contar como padres a todos aquellos con los que se líe la madre, al final va a tener un centenar. Lamentable, pero me dolió tela.

Daniel: Me parece muy fuerte, pero tranquilo, todo se pondrá en orden y tú sabes cómo hacerlo.

Alexis: No sabes la que le dio a Olivia, cobró por todos lados.

Daniel: ¿¿¿Se la presentaste???

Alexis: Estuvo con nosotros todos los días, pero no te imaginas cómo la trató la niña. Sin embargo, Olivia supo estar a la altura. No se quedaba callada, con clase, pero le respondía en condiciones, demasiado bien, pues estaba de lo más impertinente. Ya luego el miércoles se la entregamos a su madre y nos fuimos los dos solos hasta el domingo.

Daniel: Menos mal, si no le ibas a tener que pagar un psicólogo a Olivia jajaja.

Alexis: jajaja Tienes razón.

Daniel: Si no fuera porque me gustan tanto las mujeres, me quedaba ya con Carlota.

Alexis: Anda, voy a trabajar, no tienes tu guasa jajaja.

Daniel: Luego nos vemos en el bar.

Alexis: Hasta entonces...

Vaya vuelta al trabajo más azarosa. En ese momento me tocaba Olivia, le iba a poner un mensaje por el Messenger.

Alexis: Buenos días, bella mujer. ¿Cómo dormiste sin mí?

Olivia: Buenos días, jefazo. Caí rendida, pero te eché un poco de menos, un poquito de nada.

Alexis: Ah bueno si solo fue un poquito está bien, señal de que dormiste a pierna suelta.

Olivia: Estaba rendida de la semana tan intensa que habíamos tenido, pero una maravilla, me quedo con lo mejor.

Normal que dijera eso de que se quedaba con lo mejor, pues como se quedara con lo peor no volvería jamás.

Alexis: Luego te veo en el bar.

Olivia: De acuerdo.

Alexis: Un abrazo.

Olivia: Un beso.

A media mañana salí a una reunión que tenía con el director de un banco, así que cuando la terminé me fui directo para el bar donde estaban todos, menos Fernando y Davinia.

— Hombre el jefe perdido — dijo Carlota.

— Bueno, que estuve trabajando — reí sentándome y guiñando un ojo a Olivia que dejó a Carlota un poco mosca.

— Hoy hubo otro polvo en la oficina — reía con la mano en la boca.

— Madre mía al final los vas a tener que despedir — dijo Daniel bromeando.

— Por mí que partan la mesa, con lo buenos trabajadores que son, como para perderlos. Todos estáis porque sois los mejores — levanté la cerveza que me puso el camarero nada más verme aparecer.

— Madre mía cómo está el patio — dijo Elba poniéndose la mano en la frente.

— No lo sabes tú bien — añadió Daniel con aire misterioso.

— Pues cuenta.

— Elba no puedo, saldría a palos de este bar — rio sin mirar a Carlota que no tardó en saltar.

— Cuenta, cuenta, pero procura hacerlo bien — hizo una mueca.

— Tranquila que sería incapaz de contar lo bien que lo pasamos estos días.

— ¿Os habéis liado? — preguntó Elba asombrada.

— Bocazas...

— ¿Yo? Carlota si no dije nada — se quejó como un niño pequeño.

— No nos liamos, casi terminamos casados — dijo Carlota con retintín.

— No, eso no lo cuentes — advirtió riendo Daniel.

— ¿Casar? — pregunté incrédulo.

— Por poco, por poco — dio un trago a la copa de vino que estaba tomando.

— Carlota, para — dijo riendo.

— No, no pares, ya nos enteramos todos.

— Elba no calientes — dijo Daniel muerto de risa.

— A mí, si me chantajeáis un poco, largo lo más grande.

— ¿De qué o de cuánto estamos hablando? — preguntó Olivia picando más, cosa que me sorprendió.

— Vaya, lo rápido que aprende aquí la gente — resopló Daniel.

— Como dice el jefe ¡me junto con los mejores!

— Ya veo, aplicada eres, pero vamos, que no me la piques — se refirió a Carlota — ponte de mi parte, del lado oscuro — puso cara de implorar.

— Relax, hoy no lo contaré, ya si eso otro día — sonrió con amplitud.

Así estuvimos un buen rato, Carlota estaba desatada. Daba la sensación de que se le había olvidado por completo el dolor de la traición de su ex pareja, cosa que me alegraba. No merecía nadie sufrir por nadie y menos ella.

Agarré de la mano al salir de allí a Olivia ante la mirada de todos. Cierto era que Elba y Carlota no sabían nada, pero me dio igual. La llevé así hasta el garaje, lo que murmurarían o hablarían no lo sé, pero no me importaba, no quería esconder eso tan bonito que nos estaba pasando. Seguramente interrogarían al quedarse solos a Daniel, allí lo dejaba con el marrón.

— No deberías haber hecho eso — puso cara de trauma.

— No voy a esconder nada — le hice un guiño y le abrí la puerta del coche.

— Pero esto es el trabajo y no sé.

— Eso era el bar, además que me da igual de verdad, no se lo escondí a mis padres, no se lo voy a esconder a nadie.

— Está bien — negó con la cabeza riendo.

Nos fuimos hacia mi casa. Quería pasar la tarde relajado con ella en el jardín, tirados en una hamaca mientras charlábamos y le hacía cosquillas en su brazo, solos, sin nadie más que nosotros y lo que sentíamos el uno por el otro.

Olivia se mostraba feliz, cambiada, se dejaba llevar por todo. Ya no se le venían a la mente esas sensaciones que al principio tenía de estar fallando con todo lo que hacía.

Por la noche, antes de llevarla a su casa, nos fuimos a cenar a un restaurante de comida rápida, a “cuidarnos” con esas hamburguesas americanas y patatas fritas, pero de vez en cuando había que darle juerga al estómago.

— Me encantan estos menús — decía mientras comía su hamburguesa.

— Ya veo, como todo lo comas con esas ganas — bromeé ladeando la cabeza.

— Alexis, no te voy a contestar porque estoy disfrutando como una enana.

— Vale, vale, me quedo más tranquilo — arqueé la ceja.

De allí nos fuimos a su casa donde la dejé con una sensación extraña, eso de irme solo a dormir cada vez me estaba gustando menos. Era meterme en la cama y extrañarla mucho.

Capítulo 28



Un mensaje de Cata en el móvil fue lo primero que vi al despertar y sabía que eso era de todo menos bueno.

“Este fin de semana me voy a *Disneyland* París y a la niña le hace mucha ilusión venir conmigo ¿Puedes dejarla?”

Sería hija de puta...

Todo lo hacía a maldad, para decirle a nuestra hija que su padre no la dejó, para meter mierda y conseguir quedársela otro fin de semana con tal de joderme. A *Disney*, para matarla, como si no pudiera ir otro fin de semana.

Pues si la niña quería ir a *Disney* iba a tener *Disney*, pero no con su madre.

“Tranquila, tenía pensado este fin de semana llevarla a *Disney* yo, así que no se quedará con las ganas, dile que lo vamos a pasar genial. Saludos.”

Ahí la llevaba, vamos que mi ex no se pensara que iba a poder conmigo, con esa táctica la jodió ya que yo podía hacerlo. No era el cumpleaños de una prima y tal.

Me tomé un café y salí hacia la oficina.

Cuando iba subiendo en el ascensor vi que tenía un mensaje de Cata, imaginaba que con una de las suyas, ya lo leería en el despacho.

— Buenos días ¿Qué noticias tenemos hoy?

— Buenos días, jefe. Ahora le llevo el café y le cuento que hay titulares — sonrió.

— Te espero con ansia — carraspeé y seguí hacia mi despacho.

— Cotilla te has vuelto — respondió mientras me iba.

Y como para no volverse cotilla con la de cosas que habían pasado en tan poco tiempo.

Me senté en el despacho y leí el mensaje de Cata.

“Sin problemas, ya me la llevaré en mis vacaciones a *Disney World* de Orlando, en Estado Unidos”

Más tonta y no nace, pero pasé de contestarla, además especificar dónde estaba Orlando, ni que no lo supiera... En fin, menos mal que llegó Carlota con el café y sus chismes, que me hicieron quitar a Cata rápidamente de la cabeza.

— Vengo con titulares — se sentó.

— Ansioso estoy — reí.

— Davinia ha roto con su novio, el abogado con el que vivía, y ha vuelto al piso que le donaron sus padres y que tenía alquilado, aprovechando que se marchó su inquilino.

— ¿En serio? ¿Pero por Fernando?

— Eso es lo que no sé, pero es cuestión de tiempo y te traigo la noticia completa.

— Y de lo de Davinia, ¿cómo te enteraste?

— Pues porque el piso al que se mudó está en el bloque donde vive mi hermana Rita a la que fui a ver el fin de semana. Por casualidad, me crucé con Davinia y me lo contó. Es más, entré en su casa y me tomé un café con ella.

— Joder vaya diana tienes, te enteras de todo de casualidad — reí.

— ¿Lo ves? Que no es porque yo sea cotilla, es que todo coincide en el momento justo, soy como un imán — sonrió — Por cierto, que sabemos que tú y la Oli tenéis un rollito — juntó los dedos de las dos manos.

— ¿Circulan muchos rumores de lo nuestro? — aguanté la risa.

— Unos cuantos titulares, pero esos no los voy a cotillear contigo, esos con los otros, aquí hay para todos. Por cierto, se rumorea que estás muy enganchado a ella ¿Es cierto?

— Adiós, cotilla — reí y le señalé a la puerta.

— Me voy a ver a Fernando, tengo que darle un expediente y me quiero fijar en si tiene cara de amargado, de feliz o de a punto de desaparecer del mapa.

— Anda, anda — negué sonriendo.

Si mi padre viera todo ese lío en la empresa le daría algo...

Había que reconocer que la de él era otra época, otro momento.

Ahora éramos compañeros que nos llevábamos realmente bien desde hacía muchos años y con los que suponía un verdadero placer trabajar.

Por otra parte, estaba claro que no era normal que un trabajador hiciera ese acto en la oficina, pero laboralmente ambos eran impecables y un calentón lo tiene cualquiera. No se lo iba a tener en cuenta a no ser que me enterase de que se convertía en un pitorreo diario y en ese caso, cortaría por lo sano. Por el momento lo tomaba como algo casual.

Me froté la cara y me dispuse a trabajar en serio y a olvidar todo eso. Tenía que centrarme pues sobre mi mesa había muchos expedientes importantes que quería revisar y contestar lo antes posible.

Luego echaría un rato en buscar vuelos a París y alojamiento en el parque, pero estaba claro que Olivia también se venía.

Le puse un mensaje por el Messenger a mi chica mientras preparaba el expediente.

Alexis: Buenos días, *amore*. El viernes nos vamos a *Disneyland* París a pasar el fin de semana con Lucía.

Vi que lo había leído, pero no escribía. No sabía si se alegraba o se santiguaba por volver a coincidir con mi hija. Es que se lo puso muy difícil.

Por fin vi que escribía.

Olivia: ¡Qué ilusión! Lo de ir a *Disney*, claro.

Me reí, al menos era sincera, debía estar temblando por el reencuentro.

Alexis: Tranquila, con los personajes que estará viendo se olvidará de dar guerra.

Olivia: Como se encuentre a uno de los personajes de *Star Wars*, es capaz de quitarles la espada y cruzármela en el pecho. Ojito voy a tener.

Alexis: Lo pasaremos genial.

Olivia: Eso no lo dudes, a mí una mocosa no me va a robar la ilusión que yo también siento por ir a *Disney*, vamos tenlo claro.

Me puse con el expediente llorando de la risa y así trabajé toda la mañana pensando en la que se podía liar en *Disney* con ellas dos.

Un rato antes de salir dejé comprados los billetes de avión, los traslados y hechas las reservas en el mejor hotel del parque.

Bajé al bar y solo estaban Daniel y Olivia.

— ¿Dónde están los cobardes? — pregunté mientras me acercaba a la barra.

— Pues en sus casas, gracias a Dios — se santiguó Daniel.

— Eso es porque te pasó algo con Carlota — besé en la mejilla a Olivia.

— Carlota me la dio mortal, está insoportable, me dijo que o le hago plan de futuro o no me vuelve a ver — soltó una carcajada y Olivia escupió la cerveza y se ruborizó.

— Joder la que has liado — dije muerto de risa.

— No puedo — decía limpiándose — Juro que no puedo con este hombre — lloraba de la risa.

Olivia era tremenda, una de esas personas que parece que nunca van a romper, pero lo hacen cuando menos lo esperas, estaba de lo más graciosa.

Daniel la miraba muerto de risa y hasta el camarero reía a carcajadas de vernos, sobre todo a Olivia desternillándose.

— Entonces no le hiciste el plan de futuro, imagino — levanté la ceja.

— Claro que se lo hice. Le dije que la veía en un futuro en un despacho en vez de en recepción y yo me veía de jefe adjunto — rompimos a reír más aún los tres.

Olivia estaba que se hacía pis encima de la risa. No podía parar de llorar, cosa que nos provocaba más risa a los dos y eso era un no parar.

De allí nos fuimos los tres a una terraza donde pedimos una botella de vino y un poco de pescado frito. En el bar solo habíamos tomado la cerveza ya que Daniel nos propuso comer en otro sitio.

— Entonces ¿Le damos vacaciones a Carlota?

— Hombre Daniel, no me seas bestia — hice gesto de protesta mientras reía.

— Hombre si son vacaciones remuneradas, le podéis dar las que queráis — puntualizó Olivia.

— Nada, vacaciones indefinidas — soltó Daniel provocando una mirada de Olivia que por poco lo mata — Vale, vale, es broma — levantó las manos.

— Bueno, pórtate bien con Carlota que no quiero malos rollos.

— Tranquilo, está todo controlado, está loca por mí y ya.

— Y ya dice — Olivia estaba aún con sus ataques de risas y contestaciones. Ese día se salía del pellejo.

— Bueno, el caso es que a los dos os aprecio y no quiero que esto termine en un mal rollo que se palpe en los pasillos.

— Pues eso se lo dices también a Fernando y Davinia — contestó sonriente.

— Daniel, que nos conocemos.

— Vaya un mal concepto que tienes de mí — bromeaba negando.

— Mal concepto no, pero de que se te va la olla, no es nada nuevo — carraspeé ante la mirada de Oliva que estaba aún morada de reír.

Estuvimos un buen rato almorzando relajadamente y pedimos postre también, luego llevé a Daniel a su casa y me fui con Olivia a dar un paseo.

— Ya tengo todo lo del fin de semana listo — carraspeé mientras la llevaba de la mano.

— Estoy deseando ver a mi niña favorita — me sonrió con ironía.

— Lo sé, lo sé — negué riendo.

— Imagina la que me dio la semana pasada, pues no me quiero imaginar este finde que vendrá más amaestrada — soltamos una carcajada.

— Quiero creer que no, pero no me cortaré ni un pelo en reñirle cuantas veces sea necesario. A mí una niña así no me hace gracia, ni lo voy a permitir.

— Bueno, con tranquilidad — acaricié mi pecho mientras andábamos — te queda mucho trabajo — soltó con ironía.

— No seas mala — reí.

— ¿Mala yo? — se paró y me miró — Me voy a callar — ladeó la cabeza y seguimos andando de la mano.

—Estará todo bien, confía en mí — ni yo me creía eso de lo de “confía”, pero iba a estar severo en ese sentido con Lucía. No ya por Olivia, sino por cualquier persona, ella no podía actuar así y no iba a permitir que siguiera haciéndolo.

— La madre es que es para echarle de comer aparte.

— No lo sabes bien, pero bueno es su madre, lo único es que tiene un bicho dentro.

— Un bicho lleno de veneno. Es que se notaba a leguas que eran todo respuestas aprendidas y automatizadas, vamos que venía bien preparada.

— Pues yo intentaré prepararla, pero bien, para que sea buena persona y sobre todo para que jamás pierda la educación.

— Te repito que tienes trabajo — reía.

— Pues lo conseguiré — le hice un guiño.

Paseamos por una avenida muy comercial y entramos en una tienda de firmas de ropa tanto de hombre como mujer.

Me compré dos vaqueros y Olivia quiso comprarse un vestido vaquero corto de tirantes y un vaquero pitillo, casi me mato con ella, pero pagué yo, salió muy enfadada de la tienda.

— Me parece muy feo, Alexis, yo si quiero comprarme algo me lo pago.

— Madre mía que vas a montar un drama.

— No, pero no me gusta que me hagas esas cosas y encima que la imbécil de la chica de la tienda no me coja el dinero y te haga caso a ti. Me dieron ganas de decirle cuatro cosas, es más, se

las debería haber dicho.

— Me conocen...

— ¿Y? ¿Eso le da derecho a decidir por mí? — resopló.

— Va, invítame a cenar y estamos en paz.

— Pues sí y dónde yo diga — me agarró de la mano y tiró de mí hacia la zona donde tenía aparcado el coche.

Yo iba muerto de risa de verla enfadada a consecuencia de esa tontería.

Comenzó a indicarme por dónde coger. No me quería decir exactamente el sitio, pero yo fui haciéndole caso hasta que me hizo aparcar delante de uno de los restaurantes más finos de la isla.

— Pues sí que tienes dinero — bromeé bajando del coche.

— Hombre, desde que trabajo estoy saliendo con un tío que no me deja pagar nada, así que imagínate si estoy ahorrando.

— ¡Qué suerte la tuya! — sonreí dándole paso para que entrara primero.

Nos hicieron pasar a la terraza de atrás que era una pasada en plena naturaleza. El ambiente era de lo más exótico y exquisito.

Para empezar no me dejó abrir la boca, pidió directamente una buena botella de vino, unos entrantes de esos de alta cocina que cuestan hasta pronunciar y para finalizar un pato al caramelo que era una auténtica obra de arte cómo lo preparaban.

— Te va a costar un riñón — reí.

— Menos que a ti el viaje a París — sonrió.

— Tienes ganas ¿eh?

— Muchas, lo malo que luego pienso en la princesita y se me pasan — se encogió de hombros sonriente.

— No te pongas a su altura — no podía dejar de reír.

— Me tendría que agachar demasiado — hizo una burla.

— Estoy convencido de que poco a poco conectaréis y te querrá mucho.

— Si, como madrastra — sonreía con ironía.

— Joder peor es lo mío que me la encuentro con la noticia de que tiene dos padres — carraspeé.

— Veremos el viernes si no la recogemos y ya tiene media docena — volteó los ojos.

Yo no sabía por dónde iba a salir ese viaje, pero confiaba plenamente en Olivia por muy bromista que estuviera. Cuando hablábamos del tema en serio, me aseguraba que me echaría una mano. En el fondo sabía que le había cogido cariño de alguna manera, no sabía de cuál pues se lo puso muy difícil, pero algo sí. Al menos quería creerlo.

Después de la cena la llevé a su casa. Era innegable que me reí mucho con ella aparte de esas conversaciones sobre Lucía.

Nos despedimos quedando en vernos al día siguiente en el trabajo. A la salida se iría a comer con sus padres y sus hermanos para celebrar el cumpleaños de su hermano David, el estudiante de Medicina.

Capítulo 29



La cara de Carlota me hacía presagiar que había ocurrido otro drama.

— Buenos días. Irradias simpatía — bromeé.

— Por todos los poros de mi piel, anda que... — resopló — Vaya tarde me dio ayer mi puñetero ex.

— ¿Qué pasó?

— Que me dice si me quiero quedar a la niña con la custodia completa y que renuncia prácticamente a todas las visitas. Quiere lo mínimo de lo mínimo.

— ¡No me jodas!

— No, no te voy a joder por respeto a Olivia, de lo contrario no me importaría, estoy abierta a todo después de lo que me pasó — dijo bromeando con gesto de no darle importancia — Pero así es, perdió la cabeza por otra mujer y ya ni hija quiere. Es muy triste y doloroso.

— Pues sí — reí por su primer comentario — De todas formas, no sabe lo que está haciendo, ni lo que se va a perder.

— Yo lo tengo claro, como firme eso para mí está muerto.

— Lo entiendo, de todas maneras, piensa en frío y por el bien de tu hija.

— Eso hago, no se merece arrastrarse a un padre que de la noche a la mañana pasa de ella, con lo que parecía quererla.

Reflexioné sobre que era lamentable esa situación, lo que llega a pasar por una mente para perder los papeles por otra mujer y no querer saber ya ni de tu propia hija, que es lo más importante que se tiene en el mundo.

Pasé por el despacho de Olivia y di dos golpes, me dijo que adelante. Abrí asomando solo la cabeza.

— Vengo a desearte una buena mañana y si no te veo, espero que lo pases muy bien en la comida familiar.

— ¿No vas a entrar a darme un beso? — se puso las manos a cada lado de la cintura.

— Por supuesto y más si me lo pides así — entré y cerré la puerta.

Se levantó y nos abrazamos, dándonos un precioso beso que me iba a alegrar el resto del día. Me quedé unos minutos con ella.

— Mañana nos vemos, trae la maleta que dormimos en mi casa — le hice un guiño.

— ¿Qué has dicho aquí respecto a que no vengamos a trabajar el viernes?

— Pues eso, no tengo que dar más explicaciones — la besé y me fui del despacho.

Entré en mi oficina y seguidamente Carlota.

— Estaba esperando a que salieras del despacho de tu amor para traerte el café — sonrió.

— No seas mal pensada — reí.

— No, no, es tan coincidencia como que el viernes os cojáis el día libre.

— Anda, anda — negué y le señalé la puerta para que la cerrara.

Le puse un mensaje por el Messenger a Daniel mientras me tomaba el café.

Alexis: ¿Dónde vamos a comer hoy?

Daniel: ¿Te dejó tirado la compi y ahora me necesitas?

Reí, sabía que por algún lado me saldría.

Alexis: Eso da igual jajaja. A la salida nos vemos en el garaje.

Daniel: Ante las palabras de mi jefe, no puedo decir nada más. Allí estaré.

Trabajé esa mañana todo lo que pude y más. Quería aligerar para al día siguiente terminar de dejar todo el trabajo de la semana listo y que nada quedara pendiente.

A la salida me fui un poco antes para volver a despedir a Olivia.

— No puedo dejarte ir sin otro beso — la agarré por la cintura.

— Me alegra que me eches de menos — sonrió.

— Yo me voy a almorzar con Daniel.

— Buenos dos elementos os vais a juntar— negó.

— Lo hemos hecho muchas veces y no tembló nada.

— Tampoco me lo creo mucho, pero confío en ti — me besó.

Me despedí de ella y salí hacia el garaje donde Daniel ya estaba esperando en la puerta del copiloto y abrí con el mando para que se fuera montando.

— Mucho has tardado tú — puso la radio.

— Desde luego que eres exagerado — reí.

— ¿Vamos al chiringuito de Eduardo a comer algo de pescado?

— Venga, hace mucho que no aparecemos por allí.

— Por cierto, vaya movida lo de Carlota con el ex y la niña.

— Eso me contó, la verdad que ese tío se está pasando tres pueblos.

— Y tú con ella, ¿qué tal?

— Quiere que le prometa algo a largo plazo — reía.

— Y no estás por la labor.

— Me gusta más de lo que imaginas, pero yo sé cómo soy y aún no estoy en ese proceso de tener ganas de algo consolidado, soy un alma libre.

— Luego echarás de menos tener a alguien al lado — carraspeé.

— Imagino que alguien habrá para mí cuando eso suceda — reía en flojo.

Un rato después llegamos al chiringuito de Eduardo, pero él ese día no estaba. De todas maneras, nos sentamos en una mesa y pedimos el pescado con el vino.

— Las chicas me preguntaban esta mañana en la oficina que por qué os habíais cogido el viernes Olivia y tú, que dónde vais, me querían sobornar y todo para que hablara.

— Y tú que te vendes al diablo — reí.

— Pues no, dije que no sabía nada y no solté ni mu.

— No me lo creo mucho.

— Les dije que el viernes les contaba si me pagaban las cervezas y las copas del mediodía en el bar.

— Y te las pagarán.

— Pues yo les diré que os fuisteis a París a vivir un fin de semana de pasión.

— Sí, sobre todo de pasión con Lucía y en *Disney* — reí.

— Es para ponerles todo más de novela y que se monten esas historias románticas en sus cabezas.

— No tienes tú guasa, al final aquello está pareciendo un programa de esos de la prensa rosa.

— Pareciendo dice, nosotros tenemos más contenido que todos esos.

— Desde luego y sobre todo con Carlota y sus titulares.

— Creo que tiene alma de periodista.

— Ya te digo, cada día tiene un chisme nuevo — reí.

— Pero está más graciosa. Me he dado cuenta de que ella no era feliz con su marido, desde que la dejó se soltó. Da la impresión de que antes vivía asustada, que por eso no terminaba de ser como ella es en este momento. Siempre estaba retraída, en su vida tuvo que haber algo oscuro que no nos contó.

— ¿Tú crees?

— Estoy totalmente seguro. Ella se liberó con esa separación, nada más que hay que verla.

— Pues sí...

Era la verdad. Carlota estaba irreconocible, llena de vida y más risueña. Parecía otra mujer.

— Entonces Cata está dando por saco ¿no?

— Como siempre, no suelta una cuando ya está pensando la siguiente y todo por el simple hecho de que le sale de las narices evitar que me lleve a la niña lo máximo posible.

— No entiendo cómo puede ser así, cuando debería estar feliz de ver al padre de su hija tan

entregado y cariñoso y de que la niña pueda disfrutar de él.

— Ella es mala por naturaleza y mira que me lo dijeron diferentes personas, pero no, yo con mi pedazo de ojo a por ella... En fin, menos mal que lo bueno que saqué fue a Lucía, eso sí no me la desquicia. Siento una impotencia...

— Joder vaya mal rollo que la niña se ponga así por culpa de la madre.

— Bueno, es que no te lo imaginas, pero repelente, repelente, como una niña malcriada que aspira a ser el centro de atención, pero claro, eso conmigo, con su madre no. Ella feliz de decir que tiene dos papis, increíble, madrastra le decía a Olivia.

— ¿En serio?

— Por mi vida, increíble, con lo dulce que era. Veremos este fin de semana la que le lía a Olivia. Ella está temiendo y yo le digo que esté tranquila, que todo estará bien. Los cojones. Miedo me da.

— Yo lo único que te puedo decir es que Olivia es una tía cojonuda y ahora te lo digo en serio, que ojalá os vaya muy bien pues sois compatibles al cien por cien y eso se trasmite. Cierto que tu hija es tu hija pero que tu felicidad solo depende de ti y que no dejes que nada te la enturbie por el veneno que otras personas intentan esparcir.

— Joder me impresiona que estés tan reflexivo... — adopté gesto de incredulidad.

— En el fondo tengo un corazón muy inspirador — carraspeó.

— Ya, ya, pues a ver cuándo lo usas con el cerebro — volví los ojos.

— Si en el fondo soy un buenazo necesitado de mucho amor — se encogió de hombros mientras sostenía la copa.

— Mucho y variado, sobre todo — reí.

— Bueno, pero eso es amor libertino, cada uno decide cómo gestionar sus placeres y sentimientos.

— Deja de beber que se te está subiendo mucho.

— Nada, esto no se me sube nada, uno que sabe hablar cuando quiere o es el momento. Yo hablo varios idiomas: el del placer, el de los colegas, el del trabajo, el cultural y el que me sale de los huevos — rio.

— ¡Qué bestia eres!

— Políglota, así se me debe llamar.

— No tienes remedio — negué riendo.

Me encantaba estar con Daniel, a pesar de que en las ideas sentimentales éramos muy diferentes, en lo demás teníamos muchas cosas en común, tanto en temas de *hobbies*, gustos musicales, series, libros... eran muchas las cosas en las que coincidíamos los dos.

Pasamos la tarde juntos, tomamos café, paseamos y a la hora de la cena nos despedimos, Fina me dejó preparado un sándwich de pollo listo para meter en la sandwichera y calentar, me apetecía mucho.

Cené mientras me mandaba mensajes con Olivia, quien me mostraba por fotos la maleta ya lista, una muy coqueta en color rosa y vainilla, como ella era, muy dulce. Me encantaba el gusto que demostraba a la hora de vestir y de usar complementos.

Me acosté feliz de saber que los siguientes días los pasaría con ella.

Capítulo 30



Y por fin llegó el jueves y con él la posibilidad de tenerla conmigo de nuevo por unos días y eso me hacía especial ilusión. Me sentía de lo más afortunado de poder disfrutar de su compañía.

Llegué al trabajo y no estaba en recepción Carlota. Me fui directo a mi despacho y no tardó en aparecer con el café.

— Olivia trae una maleta de mano ¿Dónde os vais? — preguntó a modo cotilla.

— Nos vamos a ponernos Botox en la cara a una clínica de Madrid — sonreí levemente.

— Y será verdad...

— Ya lo verás cuando aparezcamos el lunes, más rejuvenecidos.

— Pero si ella es una cría, tiene veintitantos años ¿para qué va a hacer eso?

— ¿Me estás llamando viejo?

— No, pero tú tienes cuarenta y tantos, es más normal — volteó los ojos — Pero guay, a ver si la próxima vez que se te antoje una de esas cositas me llevas a mí, aunque sea por antigüedad — sonrió y se levantó.

— Para la próxima — hice el gesto con los dedos.

— Ok — sacó el pulgar y cerró la puerta cuando salió.

Un caso aparte era. Increíble el cambio, sí señor, le había sentado de escándalo el divorcio,

eso o que se había metido a fumar algo que le caía de lujo, pero no era normal como estaba. Me moría de la risa con ella, además vivía todo con mucha intensidad.

Y ya veía venir el rumor por las oficinas de que nos marchábamos a ponernos Botox y que íbamos a aparecer sin gesticular como los *Play Mobil*, solo de pensarlo me salió la risa floja.

Me pasé la mañana nervioso perdido, pero me quité sobre las doce todo el trabajo de encima y le puse un mensaje por el Messenger a Olivia.

Alexis: ¿Cómo llevas el trabajo?

Olivia: Bien, estoy adelantando un poco de la semana que viene.

Alexis: Pues apaga todo y tira para mi coche.

Olivia: Aún no es la hora...

Alexis: Es una orden.

Olivia: A sus órdenes, jefe.

Alexis: Ya estás tardando.

Olivia: ¡Calla!

Alexis: Ya deberías estar en el ascensor.

Olivia: ¡Voy!

Me reí, se me caía todo con ella. Cualquier tontería que me dijera era suficiente para crear en mí un mundo paralelo donde la felicidad era totalmente plena.

Recogí lo poco que estaba por medio y apagué los dispositivos electrónicos. Al despacho le tocaba dormir hasta el lunes y a mí, bueno, a la aventura, a rezar porque todo fuera divertido y no se afilaran de nuevo los cuchillos.

Salí hacia el garaje y allí estaba esperando en la parte del maletero. Me acerqué y la besé, metí su maleta y le abrí su puerta para que se montara.

— Nos hemos escapado antes de tiempo, no me hace gracia — se quejó.

— Lo mismo el jefe nos echa ¡Qué marrón!

— Estúpido — negaba riendo.

— Ya había terminado todo lo de la semana y tú ibas muy adelantada, pues nos lo hemos ganado, gratificación de la empresa por nuestros eficaces trabajos.

— ¿Y los demás?

— Bueno esos me piden días libres cada dos por tres y nunca les digo que no, así que no te preocupes que ya van bien servidos.

— Vale, está bien, pero no quiero que esto se repita con frecuencia, yo quiero trabajar en condiciones.

— ¿Y acaso no lo haces? — reí.

— Me refiero a cumplir mis horarios, a no aprovecharme de que tengo un lío con mi jefe.

— ¿Tenemos un lío?

— Pues claro, algo tenemos, para empezar un lío que ya veremos cómo desenliarlo.

— ¿Y cómo lo quieres desenliar? — carraspeé.

— No me seas tonto — río — Pues se puede desenvolver con un final feliz o con una metedura de pata de cualquiera de los dos o con el hecho de que a uno ya no le apetezca seguir con el otro.

— ¿Y cómo quieres que se resuelva? — sonreí mientras la ponía nerviosa.

— Paso de un interrogatorio, me declaro oficialmente en mini vacaciones — me sacó la

lengua.

Llegamos a mi casa, aún estaba Fina, circunstancia que aproveché para presentarle a Olivia. Ambas se saludaron con una sonrisa, charlamos un poco en la cocina mientras preparaba la comida antes de irse y nos fuimos a la terraza a tomar un vino.

Nos pusimos a conversar. Olivia estaba muy ilusionada con ir a *Disney*, lo mismo que imaginaba de mi pequeña Lucía que debía de estar de los nervios.

A la hora de la comida Fina nos puso un cocido y luego se marchó ya que terminaba su jornada.

— No veas cómo cocina — gimió cuando lo probó.

— Es una artista, hace todo con mucho cariño.

— Esta casa me encanta, aunque si fuera mía pondría aquí en el jardín un Buda gigante.

— Me gusta eso — afirmé lentamente.

— También pondría una especie de cama enorme de estilo balinés.

— La pondré, pero esas hamacas son de ese estilo.

— Lo sé, pero la cama es más sublime, más atractiva, invita más a usarla.

— ¿En qué términos? — Carraspeé.

— En los que quieras — rio — descansar, desfogar, leer, relajarse...

— Una multiusos es entonces, tendré que comprarla.

— Ya has tardado — me sacó la lengua.

— Cuando venga de París...

— Buena idea — acercó su cuerpo sobre la silla y me besó.

Terminamos de comer y nos fuimos al sofá. Nos echamos a descansar un rato, abrazados, con Luis Miguel de fondo. Nos encantaba, a pesar de que ella era mucho más joven, era una fanática de este cantante.

Después tuvimos ese momento de pasión que tanto nos gustaba y sobre todo en el que disfrutábamos a partes iguales.

Se había vuelto juguetona, le gustaba provocarme, sabía cómo llevarme al límite, pero todo con la sensualidad y la delicadeza que ella tenía. Era eso, como algo tentador, pero a la vez frágil.

Fina nos había dejado una ensalada de pasta que era mi mayor vicio, además llevaba todo tipo de ingredientes tanto vegetales como frutos secos. Estaba buenísima y a Olivia le encantó, se comió dos platos.

— A partir de ahora los días que me vayas a invitar le dices a Fina que nos deje una de estas — ponía cara de placer.

— A mí me fascina, aunque es mejor para el mediodía que para la noche, lo que pasa que me tienta como tú y se la pido para la cena.

— ¿Soy una tentación? — hizo un ruido sensual.

— Totalmente, eres una tentación en toda regla.

— ¿Para un hombre como tú?

— ¿Y qué me pasa a mí?

— No sé, eres más maduro, tienes una carrera profesional impresionante, puedes tener a todas las que quieras...

— Bueno, ni que fuera algo fuera de serie, de todas formas, tú también puedes tener a tus pies a todo el que quieras, pero aquí estamos los dos, nos elegimos...

— Eso de que nos elegimos... ¡Tú me buscaste! — me sacó la lengua.

— Poco te busqué para lo que debí haberte buscado — le hice un guiño.

— Yo creía que te estabas riendo de mí, que eras un aprovechado que conseguiría lo que quería y luego “adiós” y “buenos días” en el trabajo.

— ¿En serio me veías así?

— Totalmente — rio.

— Si quisiera eso no te hubiera cortejado con meriendas e invitaciones — le hice un guiño.

De allí nos fuimos directos a la cama, por la mañana recogíamos pronto a la pequeña y partíamos rumbo al aeropuerto.

Se echó sobre mi hombro y la abracé. Tenerla así a mi lado se había convertido en lo mejor de mis noches. Me sentía lleno, era increíble esa sensación que ella me transmitía en esos instantes. Hacía tanto que no sentía algo así que interiormente estaba constantemente como un quinceañero.

Capítulo 31



— Buenos días, preciosa — la desperté con voz flojita y apretándola contra mí. Yo ya me había duchado mientras ella dormía.

— ¿Ya estamos en *Disney*? — se acurrucó sonriente.

— Claro, ahí está *Frozen* saludando en la cocina y esperando con un café.

— Ya podrías haber elegido a otra más cálida — me besó.

Nos levantamos y me fui a preparar el desayuno mientras ella se duchaba.

Desayunamos a la velocidad de la luz y metimos las maletas en el coche. Nos fuimos directos a por Lucía.

La cara de su madre al vernos aparecer era para enmarcar, agarrada a Héctor que no paraba de comerse a besos a la pequeña, más gilipollas y lo declaran apto para una paga.

— Buenos días, reina — la abracé y la metí en el coche, la abroché y me subí.

— Hola, bonita — le dijo Olivia.

— No sé qué pintas aquí en un viaje de princesas y papi.

— Eso me preguntaba yo de ti, pero bueno, nos tendremos que aguantar la una a la otra, digo yo — se encogió Olivia de hombros mirando hacia atrás.

— Lucía — intervine con voz seca mirándola por el retrovisor — No te pienses que vas a tener la libertad de contestar mal a las personas y comportarte como una niña malcriada, por ese camino conmigo no ¿entendido?

— Mi otro padre me defiende más — respondió mirando por la ventana y quedándose tan ancha.

—Mira Lucía, si lo vuelves a nombrar como otro padre a partir de ahora nombro a Olivia como mi amor preferido y como la niña de mis ojos, así que cuidado con las palabras que traes de allí, que no tienes edad para soltar con esa desfachatez lo que te venga en gana.

— Mamá me trata mejor...

— Está bien Lucía, veo que te han preparado a conciencia, pues déjame decirte algo: ya que tú otro papi te defiende y te consiente, además de tu madre enseñarte la lección, te voy a poner al tanto de que se me olvidó el dinero en casa, así como las tarjetas y dependemos en el viaje de Olivia, así que tú verás. A este paso seguro que te quedarás sin caprichos ya que no le interesará comprarte nada pues dado cómo la tratas, preferirá que te los compre tu otro papi.

— Date la vuelta y vamos a coger tu dinero.

— No, ya estamos de camino para el aeropuerto, así que de caprichos nada, cuando Olivia quiera comprará lo que considere oportuno.

— Pues vaya rollo.

— El mismo que os traéis en esa casa.

— Se supone que soy tu princesa — dijo con descaro.

— Por lo que veo eres ya la princesa de muchos.

No estaba dispuesto a permitir que siguiera en esa línea. Cuando llegamos al aeropuerto le di una de mis tarjetas a Olivia y le indiqué el pin.

— Todo lo pagas con esta, hagamos lo que hagamos — le hice un guiño.

Ella me entendió y sonrió volteando los ojos.

Pasamos el control de seguridad y nos dirigimos a la zona de embarque. Aún faltaba una hora para que saliera nuestro vuelo así que nos fuimos a desayunar.

— ¿Me puedo pedir un cola cao y un bollo? — preguntó Lucía consciente de que ya todo dependía de ella.

— Claro, todo lo que quieras de comer y beber durante el viaje solo lo tienes que pedir — respondió Olivia sonriente.

— ¿Y si quiero algún regalo de *Disney*?

— Bueno, eso ya es cuestión de comportamiento y de que yo esté feliz, vamos suelo estarlo, pero como me consideras una bruja...

— Y de las malas — soltó tan tranquila.

— Pues entonces lo tienes crudo. Compraré de todo para mí y para mis primas preferidas que son un amor — sonrió.

— Yo creo que lo mejor es que compres para tus primas, la niña tiene otro papi que se lo compra todo y una mami que es un sol de buena — dije mirando a Olivia con sonrisa irónica y vi cómo aguantó la risa.

— Pues yo iba a ir con mi otro papi y mi mami este finde a *Disney* — se cruzó de brazos empujando antes un poco el bollo.

— Tranquila, ellos te van a llevar al de los Estados Unidos — respondí sonriente.

— Pues sí y me van a comprar de todo. Mi papi nuevo tiene mucho dinero.

— No lo dudo — reí mirando a Olivia que cogía el café y le daba un buche mientras disimulaba la risa.

Estaba claro que si no tuviera dinero Cata no iba a estar con él, si algo me quedó claro de ella es que solo se movía por interés, que era una avariciosa y no había cosa que le importara más que el dinero.

Terminamos de desayunar, la niña iba con un muñeco *Reborn* de esos que parecen de verdad en los brazos, por supuesto regalo de su nuevo papi, ese que le iba a comprar todo para metérsela en el bolsillo.

— Mi bebé tendrá asiento — dijo mientras estábamos abordando.

— No, no pudo Olivia pagar la plaza para él ahora, no sabíamos que venía, así que lo llevarás en tu falda como todos los bebés del mundo que así viajan.

— Pero el mío es un bebé pijo — soltó mientras Olivia y yo nos mirábamos como diciendo que era demasiado lo que esa niña traía en su cabeza.

— Pues el pijo va a ir en tu falda — sonreí.

— Mejor, tampoco me fio de que la bruja sea capaz de hacerle algo.

— Claro, esta bruja lo puede tirar por la ventana del avión.

— Lucía, vuelve a llamar bruja a Olivia y te juro que le arranco la cabeza al muñeco — dije en tono muy enfadado y se quedó completamente muda.

Nos montamos en el avión y Olivia se puso en ventanilla. La niña en medio y yo en el lado del pasillo.

El avión despegó en hora a las ocho en punto. Lucía se quedó dormida tan pronto como despegamos.

Olivia y yo empezamos a hablar en voz baja y casi por señas. Me generaba extrema impotencia la forma en la que estaban educando a mi hija. Mi padre me hubiera dado una hostia que no hubiera vuelto a decir nada en mi vida, pero claro, ahora cualquiera le daba ni un ligero sopapo en el culo a un hijo y yo no era de esa manera tampoco. Era incapaz de pegar a nadie y menos a mi hija, pero sí que me iba a poner duro y hacerle ver que, si ella iba por esa línea,

nosotros iríamos por la nuestra, así que ella vería qué le convenía más.

Aterrizamos en París y un coche nos esperaba para llevarnos directos al parque, donde entramos al hotel viendo cómo Lucía alucinaba con todo. Me agarraba de la mano y me señalaba a las princesas que veía por allí saludando y acercándose a ella.

Nos dieron la habitación y ella sin preguntar se fue para la de matrimonio y dijo que allí iba a dormir con su papi, pero no me iba a callar.

— Cariño, ¿mamá duerme contigo o con Héctor?

— Con Héctor pues es su novio.

— Pues si respetas eso, aquí vas a respetar que Olivia es mi novia y como tal va a dormir conmigo. Esa cama que está ahí individual es la tuya, así que no hay nada más que hablar.

— No quiero — se cruzó de brazos.

— Me da igual, estos numeritos se los montas a tu madre, a mí no.

Deshicimos las maletas y nos fuimos a perdernos por el parque. Lucía agarró mi mano y con la otra cogió a Olivia, cosa que la pequeña se echó hacia adelante para mirar si la había cogido y resopló indignada, estaba de un impertinente que me estaba sacando de quicio.

— Papá tengo hambre.

— Ya vamos a comer — la verdad es que era hora de sobra para hincar el diente a algunas de las muchas ofertas gastronómicas que había dentro del parque, sobre todo de comida ligera.

Entramos a un restaurante donde había como una especie de actuación en plan taberna, como representaba todo el lugar. Allí nos sirvieron unos menús de hamburguesas que tenían muy buena pinta y estaban bastante bien presentados.

La niña me iba metiendo patatas en la boca sonriente. En ningún momento miraba a Olivia que me hacía gestos como diciendo que “después ya vería”, seguro que se le había ocurrido una de las suyas para calmarla.

— Papi ahora me vas a comprar algo — ponía gestos graciosos, era para comérsela cuando no soltaba esas sandeces enseñadas por su madre y el energúmeno que tenía al lado.

— Te recuerdo que no tengo dinero — se encogió de hombros.

— Yo ahora me voy a comprar la pasada del pelo con forma de las orejas de *Minnie* — me dijo Olivia sin mirar a la niña.

— Yo quiero una — respondió rápidamente la pequeña, mirándola.

— ¿No te dieron dinero tu nuevo papi o tu mami para comprarlas? — preguntó haciendo gestos graciosos de impresionada.

— No, pues mi papi Alexis tiene mucho dinero.

— Pues resulta que no trae ni un euro de toda esa fortuna que dices que tiene, pero como tu mami te va a llevar al de Orlando, pues seguro que allí, ella o tu nuevo papi te la compran.

— ¿Y por qué no me la compras tú?

— ¿¿Yo??? — se puso la mano en el pecho preguntando de forma exagerada — Las brujas no gastan su dinero más que en ellas — se encogió de hombros.

Lucía la miró con una cara de asco que hizo que tuviéramos que contener la risa, es que no era para menos, eso o mandársela de vuelta a la madre, pero como era mi hija, la quería por muy puñetera que estuviera. En fin, había que apretar los dientes, la guerra entre mis mujeres estaba servida.

Salimos de allí y entramos en una tienda donde estaban las pasadas esas de orejas, Lucía miraba atenta lo que hacía Olivia que se probó una delante de un espejo y se puso a sonreír haciendo caras.

Cogió dos y se fue para la caja a pagar.

Luego sacó una de la bolsa y se la puso.

— Has comprado dos — dijo Lucía que en el fondo me daba hasta pena por las ganas que tenía de ponerse una.

— Claro, una para ponerme y la otra por si se me pierde o se rompe — las brujas pensamos. Se puso a hacerse un *selfie* con el móvil.

— ¿Me la prestas para hacerme una foto? — preguntó con esa voz triste que me rompió el alma, pero es que me daba rabia lo que hacían de ella.

— Claro, pero yo como soy una bruja no presto a cambio de nada.

— ¿Y qué quieres a cambio? — pregunté yo en plan enigmático mirando a la pequeña que sonreía al ver que yo iba a negociar con Olivia.

— Pues que a partir de ahora no me llame bruja y si lo vuelve a hacer no le volveré a dar una oportunidad. Ni le compraré ni le prestaré nada — se encogió de hombros y Lucía reía con las manos en la boca.

— Bueno, yo creo que es buen trato — respondí mirando a la niña.

— Pero entonces me la tienes que dejar un buen rato para que yo pasee con ella puesta — dijo en tono nervioso para que Olivia dijera que sí.

— No sé, me da a mí que me puedes clavar el puñal por la espalda y en vez de bruja llamarme otra cosa de esas feas — se encogió de hombros ladeando la cabeza.

— Voy a intentar contenerme, aunque me va a costar mucho trabajo — soltó Lucía consiguiendo que volviéramos a tener que contener la risa. Al menos era sincera...

— No sé, no sé — Olivia hacía cómo la que se lo pensaba y Lucía juntaba sus manos a modo nervioso mientras yo las miraba a baba caída — Bueno, está bien, voy a confiar en ti — sacó la pasada y se la puso con cariño en el pelo y le dio un toque en la nariz.

— ¿Nos hacemos un *selfie*? — preguntó la pequeña a Olivia ante nuestro asombro.

— Claro — puso el móvil hacia ellas y sonrieron.

Aproveché para tomar con el mío unas fotos de ambas haciéndose el *selfie*. Me encantaba ver esa situación tan graciosa, no sabía cuánto duraría la calma, pero era digna de quedar plasmada para la posteridad.

Nos fuimos a buscar a las princesas con la que Lucía se echó un montón de fotos. Hasta cogía de la mano a Olivia para que se las hiciera con ella.

Nos comimos unos buñuelos de chocolate con los que la peque se puso perdida, pero Olivia que era muy precavida y llevaba unas toallas húmedas, la limpió rápidamente.

Cuando comenzó a caer el sol nos fuimos a ver la cabalgata de los personajes y Lucía disfrutó como una enana bailando con Olivia. Yo no me lo podía creer, verlas con esa complicidad, riendo y con esas orejas de *Minnie* sobre sus cabezas.

Volvimos al hotel donde cenamos de forma temática, Lucía estaba alucinando con todo y buscando a Olivia para hacerla partícipe de esos momentos tan animados que estaban pasando durante la cena.

Tras el postre salimos a ver los fuegos artificiales que se lanzaban diariamente en el parque.

De allí a la habitación a descansar ya que el día había sido largo y nos habíamos levantado bien temprano para coger el avión.

— Yo voy a dormir aquí — señaló Lucía a la cama individual advirtiéndome de que no iba a dar guerra.

— Esa es mi niña bonita — me acerqué a ella y la abracé.

— Pero si sueño por la noche me voy a vuestra cama — advirtió con gesto preocupado.

— Si tienes un sueño de esos feos te vienes con nosotros que te abrazamos bien fuerte y te ponemos en medio — dijo mi chica en plan gracioso.

Olivia le cambió de ropa y le puso un pijama que me dejó loco. Le había comprado uno de

personajes *Disney* en un momento que se suponía que se escapó al baño y lo metió en su bolso.

— Me encanta, es de Bella — dijo la niña emocionada.

— Te queda precioso — le hizo un guiño Olivia.

— Gracias — respondió con voz tímida.

— Venga te acuesto y tapo a tu bebé contigo.

— Vale — sonreía Lucía feliz.

Nos miramos Olivia y yo sonrientes. No tardó en dormirse, lo que aprovechamos para meternos en el baño con la puerta entreabierta y vigilando para ducharnos juntos.

— Joder espero que le dure el fin de semana el buen rollo — rio abrazada a mí.

— Yo también lo espero, pero lo hiciste muy bien, supiste gestionar todo con mucho control y capacidad para que cambiara su forma de actuar.

— No es mala, pero no debe actuar a merced de su madre, la puede volver una persona muy borde y eso le hará mucho daño.

— Lo sé, voy a ir a por todas en los tribunales, cada vez lo tengo más claro.

— Bueno, ahora disfrutemos de este maravilloso fin de semana — me abrazó y comenzó a besarme.

Lo hicimos en la ducha rezando porque no se despertara la pequeña. Había que reconocer que aquello convertía el momento en más morboso, por el miedo a ser descubiertos, la tentación de nuestros cuerpos desnudos... una sensación por la que todo ser humano pasa alguna vez en su vida, la emoción propia del riesgo.

Tras la ducha elegimos un vino de los que había en la habitación y salimos a la terraza a degustarlo mientras charlábamos animadamente.

— Me encantó cuando nos metimos en el laberinto de Alicia en el País de las Maravillas, vaya momentazo.

— Yo me perdí — reí.

— Y tú hija agarrada a mí con tanta fuerza que me quería morir de la risa. Pensaba que la iba a dejar por allí sola buscando la salida.

— Yo cuando encontré la salida pensé que ya saldríais vosotras. No quería ni imaginar que cada una hubierais tirado para un lado — solté una carcajada.

— Como me llevaba agarrada, cuando vio que desapareciste, esa no se hubiera quitado de mi lado así la hubiera obligado a decir que soy la mujer más bonita del mundo — volteó los ojos riendo.

— Ya te digo, pero me alegro mucho de tenerte, de que seas una persona que sabe cómo hacer las cosas, quiero que sepas que te adoro — la besé.

— Yo sí que te adoro — me apretó la mano feliz mientras con la otra sujetaba su copa.

— Mañana nos espera un día muy de cuento de nuevo — levanté la ceja.

— Mañana le voy a comprar a la niña un vestido de princesa con la corona y todo, para que se sienta la princesa del parque.

— Lo pagas con mi tarjeta.

— No, se lo voy a regalar yo, pero como se ponga tonta se lo quito en cero como dos.

— Ni lo dudes — sonreí acariciando su barbilla.

— ¿Yo dudarle? Ya ves cómo me tiembla el puso de ponerla a prueba y eso que me da rabia, pues me encantaría que ella estuviera como en el último momento de hoy, feliz, disfrutando como una niña de su edad en un lugar como este. No obstante, el comienzo costó y mucho, pero bueno, confío en que mañana va a disfrutar y se va a dejar de esos malos rollos que le han inculcado.

— Y a mí, no te imaginas cuánto me duele.

— Pues claro que lo imagino, eres el padre — volteó los ojos.

Estuvimos un rato charlando, lo que nos duró la copa de vino y ya nos fuimos a la cama donde nos abrazamos con todas nuestras fuerzas. Poca duda cabía de que era todo sentimientos lo que ella me transmitía y lo que hacía que me sintiera el hombre más afortunado del mundo junto a esa mujer.

Lucía se levantó pidió agua, aún no habíamos cerrado los ojos y a mí no me dio tiempo a levantarme cuando ya estaba Olivia acercándole la botellita y ayudándola a incorporarse para que se la bebiera.

— ¿Ya es de día?

— No — rio en flojo Olivia — Hace poco que te quedaste dormida, cariño. Pero en nada ya estarás por el parque.

— Y nos ponemos las orejas de *Minnie* — decía mientras se volvía a echar para atrás para seguir durmiendo.

— Bueno, lo mismo hay sorpresa — la tapó y le dio un beso en la mejilla.

— Hasta mañana, Olivia — dijo en tono conciliador y entrañable.

— Hasta mañana, mi princesa — le respondió ella y se vino hacia mi guiñándome un ojo y moviendo los brazos en plan victoria por haber conseguido que la contienda hubiera eclosionado en ese buen talante.

Nos abrazamos y nos quedamos dormidos con una sonrisa y la risa floja por la actitud de Lucía.

Capítulo 32



— ¡¡¡Arriba todo el mundo!!! — gritó Lucía saltando en nuestra cama.

— Buenos días, princesa — dijo Olivia sentándose, mirándola.

— Bueno ¿Qué es esto? ¿Quién me despertó? — pregunté bromeando, cogiéndola para hacerle cosquillas.

— Una princesita — decía riendo Lucía.

— Vaya, por eso se va a salvar — la abracé y besé mientras reía a carcajadas.

Nos vestimos y nos fuimos a desayunar a una de las cafeterías de las tantas que había en el parque. Yo fui pidiendo y cogiendo mesa, Olivia se llevó a la pequeña a darle la sorpresa y vestirla de Bella. Al poco apareció feliz con su corona y vestido, de su mano, muy sonrientes las dos.

— Vaya, eres una princesa de verdad.

— Me compró hasta los tacones — decía presumida, enseñándomelos.

— ¿Y vas a poder andar con eso? — volteeé los ojos.

— Pues claro, correr y todo — salió en su defensa Olivia, provocando que Lucía se pusiera las manos en la boca sonriente.

— Venga desayunad que hay que coger fuerzas — advertí.

— Papi y tú le puedes decir a Olivia que te preste dinerito y me compras un bolso de *Disney* y cuando volvamos se lo devuelves — sonrió.

— Lo puedo intentar, pero ya sabes que nos pedirá algo a cambio — puse cara de terror.

— Seguro, por la cara no os dejo mi dinerito — dijo Olivia mientras mordisqueaba una rebanada de pan con mantequilla.

— ¿Y qué tenemos que hacer? — preguntó la pequeña.

— A ver, a ver — gesto de pensante — Ya lo sé, creo que lo tengo — se hizo la interesante.

— Miedo me da — respondí frotando las manos de forma impaciente.

— No papi miedo no, va a pedir que no nos metamos con ella — dijo emocionada tirando de mi mano.

— Pues no, ya que si te metes pierdes el vestido y la corona de princesa — se encogió de hombros y dio una palmada — Voy a pedir que nunca más le digas a papi que tienes dos padres pues eso le hace mucho daño — ladeó la cabeza.

Me sorprendió su gesto y a la pequeña también pues me miró con tristeza y me abrazó para asombro de los dos.

— Lo prometo — dijo mirándome a la cara y por poco me echo a llorar.

— Pues entonces te dejo mi tarjeta para que la uséis todo lo que queráis y no hay más que hablar — dijo en tono bromista Olivia, sacando la tarjeta y devolviéndomela ante la sonrisa de Lucía que comenzaba a aplaudir emocionada.

— Joder vaya suerte la mía — miré a la pequeña que reía feliz.

Desayunamos y nos fuimos a pasear, sobre todo a buscar princesas. No tardó en aparecer Bella y Lucía corrió feliz para que la viera vestida como ella.

Se agachó la chica sonriente y la besó mientras nosotros le echábamos unas fotos captando

todos esos momentos.

— Olivia ¿Tú por qué no te vistes de princesa? — preguntó agarrándole la mano y la miré sonriendo.

— Verás, eso es para las niñas, yo ya soy muy mayor — sonreía mientras me miraba queriéndome matar por lo que intuía que yo estaba pensando.

— Yo quiero que te vistas conmigo de princesa — protestó poniendo cara de pena.

— ¡Ay! No me lo pidas así — se resignó.

— Mira esa mujer, va con su hija, las dos de *Frozen* — señaló con su dedo para que las viera.

— Bueno, vamos a mirar en la tienda para ver si hay algo que me convenza — se santiguó.

Me sorprendía la capacidad que tenía para gestionar cualquier situación que le pusiera mi hija por delante.

Entramos en la tienda y había un vestido de Bella de su talla. Después de reírse y mirar a la pequeña que estaba nerviosa porque Olivia accediera, dijo que sí y se compró el vestido y la corona. A renglón seguido, entró en un baño y salió junto a la pequeña vestida como ella.

Sonreí al ver lo preciosa que iba y lo bien que le quedaba, con esas zapatillas *Converses All Star* de color blancas.

— Te faltaron los tacones — dijo la pequeña.

— Ah no, ni hay de mi número ni yo podría aguantar andar por aquí con eso. Valoro lo bien que lo llevas — le hizo un guiño.

Olivia me miraba sonriendo con ironía haciendo gestos de princesa y la pequeña se moría de la risa imitándola. No la soltaba de la mano ni a tiros, yo había pasado a ocupar un segundo plano en ese mundo de princesas.

Cada vez que pasábamos por una tienda Lucía nos miraba rogando por una parada para

comprarle algún capricho además del bolso que le habíamos prometido.

Entramos en una y lo primero que hizo fue comprarlo. Lo eligió de esos que se meten de lado, como una bandolera. Era de *Frozen*. A continuación, cogió una taza, un cuaderno, un osito de peluche para su bebé y un bolígrafo de esos transparentes que por dentro se mueven con brillantina.

Iba de lo más feliz, lo metió todo en su bandolera y salió de allí loca de contenta sonriendo a Olivia. Había pasado a ser la que tenía todos los méritos, pensé con resignación, pero disfrutaba viendo que la pequeña ya comenzaba a conectar con mi chica.

— Quiero comer buñuelos.

— Ah no, primero vamos a ir a almorzar y luego nos comemos los buñuelos — advertí a Lucía.

— Pues yo quiero buñuelos — se cruzó de brazos, riendo, pero haciéndose la enfadada.

— Yo también quiero buñuelos — la defendió Olivia ante mi asombro.

— Ah no, las dos en contra de mí, me niego — me crucé de brazos y me hice el indignado.

— Pues tienes dos opciones, una enfadarte y otra unirme a nosotras para comerlos — cogió a la pequeña en volandas y salió corriendo hacia el puesto de buñuelos.

La pequeña miraba hacia mí riendo por la situación y por haber conseguido su propósito. Además, se estaba dando cuenta de que iba a ganar más teniendo de su parte a Olivia que en frente.

Nos comimos los buñuelos, vamos si no me los como me declaran la guerra y por ahí no iba a pasar, así que si querían pasa el día mal comiendo yo las acompañaría.

— Y entonces viendo que nos hemos zampado esto por vosotras, ahora imagino que me tocará a mí elegir dónde almorzar— carraspeé.

— No papi, nos toca a nosotras pues somos las princesas y el parque es nuestro castillo, tú

eres un invitado — dijo con contundencia riendo y haciendo el gesto con sus manos.

— Ah vale, pues cuando lleguemos a Tenerife mando yo, para eso soy el jefe — les hice una burla.

— Bueno, bueno, eso lo tendremos que ver — contestó Olivia mirando a la pequeña que sonreía.

— Lo veremos, lucharé con fuerzas — hizo un gesto con su brazo.

— Yo quiero comer ahí — señaló a un restaurante que se notaba muy ambientado con algunos personajes paseando entre las mesas.

— Pues no hay más nada que hablar — la cogió de la mano y tiró de ella dejándome atrás riendo sin derecho a protesta.

Entramos y nos dieron mesa.

— ¿Tengo un poco de decisión sobre este viaje? — pregunté para buscarles la lengua.

— Papi, tú eres nuestro cuidador.

— Ah vale, menos mal que al menos valgo para algo.

— Y para llevarnos las bolsas de compras, pues necesitamos comprar recuerdos y cosas de mujeres — recalcó en plan advertencia Olivia causando una risa en la pequeña.

— ¡¡¡Pero bueno!!! Eso no vale, me siento vuestro muñeco.

— Bienvenido a *Disney* — respondió Oliva sonriente y abriendo las manos.

Las miraba mientras pedían al camarero de todo lo que se les antojaba, como dos niñas pequeñas. Olivia parecía muy relajada ya con la niña y Lucía muy afectiva con ella.

Lo que Olivia había logrado me hacía estar pasando por unos momentos más tranquilos, llenos de paz, colmado del amor de esas mujeres que eran mi vida, mi razón de cada día, la felicidad

plena.

La pequeña le explicaba a Olivia que ella de mayor quería ser princesa del parque y vivir allí en un castillo para esperar que los niños vinieran a fotografiarse con ella. A Olivia le hacía gracia escucharla y le seguía la corriente poniéndose a su altura y diciendo que ese era el mejor trabajo del mundo, que ella lo debió de haber pensado antes de ir a trabajar a la financiera.

Tras la comida seguimos visitando todas las atracciones del parque y comprando tonterías que a la pequeña le hacían mucha ilusión a modo de recuerdo. De nuevo nos fuimos a ver esa cabalgata que tanto las hacía disfrutar bailando y que aproveché para plasmar en vídeos y fotos de las dos vestidas de Bella.

Era uno de los días más divertidos que recordaba en mucho tiempo, de esos que te hacen sentir que la vida sigue, que funciona, que te pone a las personas correctas al lado para darle luz y color cuando se oscurece.

— Yo cuando sea mayor iré en una carroza de esas.

— Claro y yo aquí abajo chillaré diciéndote que eres la más guapa de todas — decía Olivia.

— Y papá también estará.

— Claro, vamos de eso me ocupo yo — decía produciendo en la pequeña una risa de lo más nerviosa.

Saltaban, bailaban, cantaban y posaban para que les echara muchas fotos. Parecían dos niñas de corta edad viviendo el día de sus sueños.

Y yo me sentía así ese día, completo y lleno de preciosos sentimientos. Tenía a mi hija, a lo que más valor le otorgaba en este mundo y luego a Olivia, que había entrado como un huracán arrasando con todo el mal que había a mi alrededor ¿Cómo no iba a querer a esa mujer que me hacía sentir más vivo que nunca?

Tras la cabalgata nos fuimos a pasear por fuera del parque, por la avenida. Era para ver a las dos tan animadas, vestidas de princesas, cogidas de la mano, charlando y mirando todos los escaparates que había por allí, decorados de forma que llamaran la atención de cualquier

visitante.

— Yo quiero un algodón de esos — señaló al carrito del hombre que los andaba haciendo.

— Marchando una de algodón para mi niña — dijo Olivia tirando de ella para comprarlo.

— Yo quiero algo y nadie me hace caso — chillé riendo por la poca atención que me estaban prestando.

— Cosas de mujeres — dijo Olivia girando la cara para hablarme mientras seguía andando de forma rápida para comprar aquel algodón.

Y tanto que cosas de mujeres, ya ni me hacían caso, tomaban todas las decisiones, decidían sin preguntarme. Eso sí, para cargar con las bolsas era yo el ideal. Lo mejor de todo fue que pasamos por delante del hotel y subí a dejarlas, de modo que me quedé libre.

— Papá ¿quieres uno o compartes con las princesas?

— Comparto, comparto, ya lo que me faltaba es no poder también disfrutar con vosotras — resoplé bromeando.

— No te pongas celoso papi. Es que estamos jugando a ser las princesas más guapas de París.

— Vaya, por fin me llevo un piropo — saltó Olivia con cara de fascinación.

— Eres muy guapa, pero mi mamá me dijo que te tenía que llamar muchas veces bruja para que papá solo fuera mío — rio con la mano en la boca como de haber soltado un gran secreto.

— Bueno tú le dices que me lo llamaste mil veces y así se queda contenta, pero nosotras guardamos el secreto de que somos las princesas más amiguis de todo *Disney* — bromeaba, pero le daba una lección.

— Vale. Y no, no eres bruja, eres muy buena — la hizo agachar y le dio un beso.

— Te como, yo te como, sabía yo que al final eras todo un precioso corazón — la besaba y abrazaba Olivia y yo me derretía con esa preciosa imagen que tenía ante mí.

— Mañana nos vamos, me da pena, pero quiero que cuando vea a papá la próxima vez tú estés — decía sonriente la pequeña.

— Y estaré, ya me encargo yo — reía abrazándola.

Cenamos en una pizzería donde también se encontraban algunos personajes como *Winnie the Pooh* o el mismísimo *Mickey* que hacía gracia a todos los niños. El osito era más tierno, así que cada uno jugaba un rol en ese lugar donde la ilusión en la cara de los peques era de lo más mágico.

Las miraba y veía una relación tan sana, tan divertida, tan cariñosa que era lógico imaginar lo que provocaba a mi corazón. En concreto, lo hacía latir de amor y se me caía la baba con ellas, a partes iguales.

Lucía tenía tal marcha en el cuerpo que cuando fuéramos a la habitación iba a caer rendida. No paraba de saltar y de bailar. No lo hacía ni para comer, con la pizza en la mano y de pie en ese restaurante bailaba animada mirando a esos dos personajes que amenizaban la cena.

En uno de esos momentos el osito la cogió para bailar y ella se puso de lo más nerviosa. Saltaba más que bailaba y lo miraba sin perder detalle.

— Está disfrutando como una enana — dijo Olivia agarrando mi mano.

— Gracias a ti. Has sabido poner orden — sonreí emocionado.

— Es un amor, pero con la desgracia de que su madre la intenta manipular.

— Así es, esta es la Lucía que yo quería que conocieras, amorosa y divertida como puedes ver.

— Tiene mucho corazón.

— Lo tiene, por eso me da rabia que se aprovechen de ella y le hagan hacer cosas que no deberían ni permitirle.

— Bueno, verás que todo irá a mejor.

— Confío en ello — dije mientras miraba a la pequeña que seguía emocionada, agarrada a las manos del osito más famoso del mundo.

Cuando salimos de allí la niña iba alucinando, explicándonos que había bailado con *Winnie* y que se lo iba a contar a todas las amigas de su clase, además de que les quería enseñar algunas fotos de ella así vestida de princesa por el parque.

Olivia le puso el pijama y la llevó a la cama. Comenzó a contarle un cuento que habíamos comprado en una tienda. No había leído ni una página cuando ya dormía plácidamente, agotada por el día tan intenso y emocionante que habíamos tenido.

Aprovechamos para ducharnos y disfrutar del uno del otro, haciéndolo bajo ese agua que caía de la ducha y que nos ponía de lo más eufóricos. Nos desataba, el deseo estaba intacto entre nosotros, como el primer día, así que todo momento era de lo más excitante y divertido.

Nos tomamos unos vinos en la terraza. A la mañana siguiente volvíamos, pero no salía temprano el vuelo así que podíamos relajarnos con una buena charla en esa última noche de un viaje que estaba siendo por fin de lo más bonito.

Capítulo 33



— No me quiero ir de mi castillo — dijo la pequeña tirándose en la cama en medio de los dos y abrazándonos.

— Ya volveremos otra vez, cariño — la abracé.

— Bueno, en Tenerife podemos poner la casa de papá en plan princesas, yo puedo decorarla.

— ¡Sí! — gritó emocionada y se tiró a los brazos de Olivia que aún seguía recostada.

— Buenos días, princesa — dijo mi chica abrazándola.

— Buenos días, mami princesa — respondió la niña y por poco me muero, pero la cara de Olivia era el reflejo del asombro.

— Ay lo que me has dicho, yo te como — la besó con rapidez varias veces.

— No me quiero ir con mi madre, me quiero quedar hoy con vosotros. Sois más divertidos y no habláis mal de nadie — dijo dejándonos a cuadros y con la sensación de que ella lo estaba pasando mal con esa situación que le estaban provocando Cata y Héctor.

Eso me dejó sin aliento, a pesar de su corta edad se daba cuenta de que no era sano eso de que le hablara mal de las personas.

Lucía solo quería ser feliz, era una niña, disfrutar de los momentos, de lo bonito de la vida... Para eso estaba viviendo esa época mágica, su niñez y no había derecho a que se la estropearan ni mucho menos a hacerla enseñarse con personas por el simple hecho de que a su madre no le hacía gracia que su ex anduviera con otra.

— Tranquila cariño, todo a su tiempo — respondí sonriéndole y vi cómo a Olivia le cambió la cara con lo que había dicho la niña. De repente, su semblante se volvió triste y sentiría como yo, impotencia.

— Bueno, vamos a desayunar y coger fuerzas, que tenemos aún tiempo de despedirnos de las princesas en el restaurante temático del bar — cogió a la pequeña y se la llevó a la ducha. Después la vistió.

Bajamos las cosas a recepción y nos las consignaron mientras desayunábamos. Lucía estaba como loca con todas las princesas que aparecían para saludar. Me pedía fotos y fotos, sin exagerar llevaba de este viaje como unas quinientas.

— Papi, mami princesa, mirad que viene la Bestia — decía aplaudiendo feliz.

— Mami princesa, como le diga eso a la madre me manda a dos sicarios — puso cara de terror produciendo una carcajada en mí.

— Bueno de bruja a mami princesa hemos avanzado — levanté las manos.

— Si, si, algo hemos avanzado, que me den dos tiros directamente — volteó los ojos.

— Anda ya, además todo esto va a cambiar. Vuelvo súper decidido a ir a por todas, sin mirar por nada. Voy a luchar por Lucía y estoy dispuesto a sacar trapos sucios que no quise destapar antes, pero que se prepare Cata, la guerra ha comenzado — dije con seguridad.

— Me estás asustando — levantó la ceja.

— La que se tiene que asustar es ella que no va a jugar más con nuestra hija en la vida, le pienso poner mi As sobre la mesa y si es lista, ni querrá ir a juicio. No lo hice antes por ser la madre de mi hija, pero ella por el padre de la suya no está haciendo más que malmeter y levantar barreras. Un día te contaré... — corté la conversación ya que volvía Lucía.

— Me lo estoy pasando como una enana — dijo haciendo fuerza con sus brazos y mirando para arriba. Ni que fuera una chavalita, me moría con sus cosas, era para comérsela a bocados.

Terminamos de desayunar y fuimos a por las maletas, el coche ya nos estaba esperando para trasladarnos al aeropuerto. Lucía iba hablando como una cotorra mientras miraba las fotos de mi móvil sentada en el sillón de atrás junto a Olivia que la apretujaba contra ella. Estaba muy emocionada con sus comentarios.

Llegamos al aeropuerto y entramos directamente en la zona de embarque. Una vez localizada, nos fuimos a pasear por ella ya que quedaba un buen rato.

— Papá quiero ese oso — dijo refiriéndose a uno súper grande que había en la tienda.

— Pero si lo llevamos, le tenemos que pagar un asiento — reí.

— Yo lo quiero — puso cara de tristeza y eso que llevaba en una mano a su bebé y en la otra al osito que le compramos para el bebé.

Olivia entró decidida a la tienda y les preguntó cómo se podría meter el oso en el avión. La chica le comentó que se lo envasaban al vacío e iba de bulto de mano sin problemas.

— Pues envásamelo — pidió decidida ante la sonrisa que le apareció en la cara a mi niña.

La chica se lo dio a uno de sus empleados que no tardó en volver con el oso envasado al vacío ante la cara de terror de Lucía, que lo miraba ahí asfixiado, incrédula.

Olivia lo cogió rápidamente y lo metió en una bolsa grande. Lucía ni gesticulaba, me cogió de la mano y me miró asustada

— Papi el oso se está muriendo — su tono y rostro era triste.

— No, vida, está como durmiendo, tiene por dentro un oxígeno especial para que viaje dormido y encogido — argumenté lo primero que me salió.

— ¿Y cuándo lleguemos a la isla revivirá?

— Claro, se va a despertar — intervino Olivia — este está plácidamente dormido, es su cama, no es como la nuestra. Los osos necesitan algo así donde se sientan protegidos, verás lo rápido que despierta cuando la abramos — le hizo un guiño y se agachó a besarla.

— Vale, pero prométemelo de nuevo.

— Prometido — se puso la mano en el pecho.

Entramos en el avión y colocamos al oso arriba donde el equipaje. La pequeña estaba blanca, aún le duraba el impacto por haber visto ese oso al vacío como si fuera un jamón.

Se puso a mirar unos dibujos en el móvil que yo le tenía descargados y sonrió ya todo el tiempo.

— Papá ¿Cuándo vamos a volver con mamá princesa al parque?

— Mira, cuando quieras — dijo negando mientras reía — me llamas princesa y me dan ganas de hacer al avión volverse y meternos de nuevo en el parque, pero ten por seguro que volveremos alguna vez más. De eso me encargo yo — la besó.

— Pues yo también me apunto — intervine cruzando los brazos y haciendo que sentía celos.

— Claro papi, tú eres nuestro escolta y te encargas de que no nos pase nada — reía y me abrazaba.

— Ah, entonces me quedo más tranquilo — le hice un guiño provocándole una preciosa sonrisa.

— Y ahora cuando bajemos del avión nos vamos a ir a almorzar donde diga la princesa de las princesas — dijo Olivia refiriéndose a mi hija.

— ¡Sí! Quiero ir a comer a *Diver Pizzas*, me encanta ese lugar — aplaudió emocionada.

— Voy a terminar vomitando comida basura — hice el que tenía arcadas.

— ¡Exagerado! — me dio un cate por encima de la niña.

— Encima cobro, desde luego que poco valorado está el ser hombre — negué haciéndome el indignado.

Bajamos del avión y lo primero que hice fue liberar al oso. La cara de alivio de mi hija era asombrosa. Rio aplaudiendo y Olivia lo cogió y se lo colocó a un lado de su cintura, llevándolo como si fuera un crío mientras Lucía los miraba emocionada con su bebé en brazos.

— Papá puedo dejar todo esto en tu casa para cuando yo vaya y que mamá no me lo esconda — eso fue algo que me dolió una barbaridad escuchar, tanto que me contuve de soltar un disparate por respeto a mi hija que no tenía edad para vivir en ese mal ambiente.

— Pues claro, todos los regalos para la habitación que te preparé en casa. Los coloco allí para cuando tú vengas — sonreí mirando a Oliva que negaba mordiéndose la boca.

— Hasta el pijama lo vamos a dejar en casa de papi y los vestidos de Bellas para disfrazarnos en la casa.

— ¡Vale! — gritó emocionada — Lo dejamos todo, todo lo que hemos comprado — decía con ilusión para salvaguardar sus cosas y eso me partía el alma.

Nos subimos en mi coche y nos dirigimos al lugar en el que quería comer Lucía. Intentaría estar ese día todo el tiempo que pudiera con ella pues hasta las siete no la tenía que entregar, por supuesto que no lo haría antes.

Después del almuerzo nos fuimos a merendar al lugar que tanto nos gustaba a Olivia y a mí, donde la llevé la primera vez. Además, era ideal porque allí había unos columpios que le encantaban a la pequeña y pasó un rato de lo más agradable.

Antes de subirnos en el coche para devolvérsela a su madre abrazó a Olivia. Sabía que delante de Cata tendría un problema si lo hacía, así que la entendimos y las dos se fundieron en un precioso abrazo que me hacía sentir que marcaba el comienzo de algo muy bonito en mi vida.

La entregamos a su madre que nos recibió con cara de perro y comprobó que la niña iba sin nada, lo mismo que cuando la recogí, ya que yo le preparé la maleta. Reí internamente pensando que, si esperaba que volviera llena de regalos para luego esconderlos, se había quedado con las ganas.

Nos fuimos cagando leches, ver su cara era lo más parecido a estar frente a frente con Satanás. Era increíble la mala onda que se percibía por el simple hecho de estar cerca de ella.

— Te juro que le tengo un asco a esa mujer — dijo Olivia con gestos de manos.

— Ya, y yo te juro que voy a ir a por ella sin titubear. No me pienso quedar cruzados de brazos, esta semana va a tener noticias mías y no como las de costumbre.

— Lo que está haciendo con la niña no tiene nombre.

— No conoce la vergüenza, no quiere a nadie, actuar así con su propia hija es ya de no tener dignidad ni nada, pero mañana se le va a caer el mundo, pienso tener una conversación con ella cara a cara, solos, la voy a poner entre la espada y la pared. Me terminó de sacar de quicio y ahora no voy a mirar por nadie más que por mi pequeña.

— Espero que te salga bien.

— Tranquila, no te quepa duda, ese As jamás por mucho daño que me hiciera lo iba a sacar, pero te puedo garantizar que viendo lo que está haciendo con la niña, voy a por ella al cuello y tiene mucho que perder.

— Pues adelante, tendrás todo mi apoyo con Lucía, la adoro y es tu hija, así que tira y mira por ella. No puedes permitir que la obliguen a vivir de una forma tan envenenada.

La dejé en su casa, al día siguiente nos veríamos en su oficina.

Me fui a la mía y me sentí vacío después de haber estado con las dos mujeres de mi vida durante el fin de semana. En ese momento no tenía nada y eso se notaba. Me acosté con una tristeza impresionante y con los deseos de al día siguiente arreglar esa situación tan lamentable que se estaba viviendo.

Capítulo 34



Desperté con ese vacío con el que me acosté, pero con unas ganas impresionantes de ese día poner las cosas claras a Cata y no me iba a cortar ni un pelo.

Llegué a la oficina y estaba Carlota sonriente.

— ¿Y eso Botox? — preguntó haciendo la burla.

— Nos dijeron que no nos hacía falta — negué y seguí para mi oficina.

Entré al despacho, revisé los emails y no había nada importante. Esperé a que Carlota me trajera el café para quedarme tranquilo y llamar a Cata.

— Ya está aquí tu café — lo puso sobre la mesa y se sentó.

— Vienes a por tu chisme ¿Verdad?

— Me tengo que enterar donde fuisteis, está claro — se encogió de hombros.

— Llevamos a Lucía a *Disneyland* París — sonreí.

— ¡Joder! ¡Qué pasada! Allí tengo que llevar yo a mi Martina.

— Hazlo, no te arrepentirás, será la experiencia más maravillosa que podáis vivir juntas.

— Pues lo haré — se levantó afirmando convencida.

Me tomé el café y llamé a Cata. Estaba seguro de que le iba a sorprender esa llamada.

— ¿Y tú qué quieres ahora? — preguntó con desfachatez.

— Hablar contigo, quiero que nos reunamos en una hora.

— No te lo crees ni tú.

— Y sin abogados, sin Héctor y sin nadie.

— ¿Has bebido?

— Por lo que tú y yo sabemos y que a ti tanto te avergüenza, más vale que vayas a las nueve a la cafetería del parque de tu urbanización. En un rato salgo para allá.

Colgué y la dejé sin opción a réplica, aunque no sé si la hubiera tenido.

Envié unos emails y un rato después salí para allá con el coche, aparqué y me senté en una de las mesas del exterior a esperarla mientras me tomaba un café y unas tostadas.

Apareció con esas gafas de sol que le cubrían toda la cara y esos andares como si estuviera encima de la pasarela Cibeles, para tonta ella.

— No sé ni por qué vine — se sentó con la cara de cabrona que llevaba de serie.

— Has venido porque sabes que te conviene.

— No me amenes...

— Para nada, solo te voy a advertir, o tómatelo como quieras.

— Dime qué quieres.

— Tienes hasta las dos de la tarde para que tus abogados me envíen un convenio firmado por ti donde diga que la custodia es compartida y que tenemos quince días a Lucía cada uno.

— No te lo crees ni loco — rio con sorna.

— No he terminado — le advertí con el dedo — Quince días cada uno y que no vas a volver a poner a la niña en contra mía. Lo quiero por escrito también a modo de reconocimiento y empezaremos desde ya lo de los quince días. Si no lo tengo a los dos iré a por su custodia completa.

—Definitivamente estás borracho...

— No, más bien es que tengo grabadas conversaciones con la niña contando las cosas que le haces decir y lo que haces con sus regalos. Ya sabes que eso es maltrato infantil. Y la cosa no queda ahí, después irás a tu familia y a todo el mundo a contarle la verdad de lo de Lucía y a enseñar todas las pruebas, así que — me levanté y dejé el dinero en la mesa — te quedan cuatro horas y poco para conseguir que tenga ese convenio en mi despacho — le hice un guiño y comencé a andar.

— No puedes hacer eso — dijo en tono de rabia.

— Claro que puedo — respondí sonriente girando la cabeza y me marché.

Estaba seguro de que ella lo iba a firmar, lo tenía claro, eso de que se enteraran de que ella no conseguía quedarse embarazada y que finalmente lo logró por fecundación *in vitro* con un óvulo de una donante y mi semen...

Volví a las oficinas y me metí en mi despacho. A la una de la tarde me avisó Carlota de que el abogado de Cata estaba allí, le dije que lo hiciera pasar.

Entró en tono amigable y cordial, yo lo recibí de la misma forma. Le hice esperar a que llegara uno de mis abogados que no tardó en hacerlo y se puso a revisar el convenio completo.

— Lo veo bien, estupendo para ambas partes — dijo tras leerlo.

Lo firmé y me guardé una copia, otra mi abogado para llevarla al juzgado y quedamos en que la semana siguiente Lucía se vendría conmigo y comenzaríamos los quince días alternos.

A la hora de la salida pasé a por Olivia y me la llevé en mi coche a almorzar, no le comenté nada, me miraba extrañada por esa sonrisa misteriosa que se dibujaba en mi cara.

Cuando nos trajeron los platos le puse el documento en su mano y comenzó a leerlo, conforme lo hacía iba poniendo gestos de asombro y a mover su mano rápidamente, en plan de que estaba alucinando.

— No me lo puedo creer ¡Felicidades! — me lo devolvió y comenzó a aplaudir emocionada
— Te funcionó el As...

— Totalmente y mira que te prometo que jamás lo iba a sacar a la luz, ni iba a hablar de ello ni siquiera con ella.

— Debe ser algo fuerte.

— Lo es... Aunque para mí nunca lo fue, para ella es algo que se quería llevar a la tumba.

— Imagino...

No se lo conté, en el fondo guardaría ese secreto como prometí en su día y más ahora que Cata había firmado el convenio y ya podía comenzar a disfrutar de mi hija, de llevarla al colegio, de recogerla, de vivir una relación con un vínculo total.

Olivia entendía que no se lo contara. Por supuesto respetaba mi lealtad ante aquella situación con la madre de mi hija. Al fin y al cabo, la parió, a todos los efectos lo era, al igual que lo son los padres que adoptan, una cosa no quita la otra.

Tras la comida nos fuimos a mi casa, tenía muchas ganas de estar a solas con ella, de disfrutar de esos momentos que sabíamos pasar juntos en la intimidad. La deseaba demasiado, era mi tentación.

La miraba mientras pensaba que el fin de semana le iba a dar la sorpresa de su vida, le iba a pedir que se viniera a vivir conmigo, pero quería hacerlo en un lugar especial, con un anillo de pedida y de modo muy romántico.

Cenamos juntos en mi casa y luego la llevé a la suya, con todo el dolor de mi alma, pero esperaba que en el fin de semana me dijera que sí y se trasladara rápidamente a vivir conmigo. El lunes también vendría Lucía, estaba loco porque llegara.

Capítulo 35



Ese día llegué al trabajo feliz, con ganas de que todo pasara rápido, de que llegara el fin de semana y después el lunes que recogería a mi niña para hacer una vida normal de padre e hija.

Subí a recepción, sonreí al ver a Olivia y a Carlota, las saludé y me puse a charlar con ellas cuando de repente se abrió la puerta del ascensor y casi me caigo al suelo al escuchar...

— ¡Sorpresa! — Helga vestida de azafata sonriente y corriendo hacia mí — Dos semanas sin perderme en tu cama y ya te echaba mucho de menos — me besó en la boca, emocionada.

Me quedé parado, inmóvil, sin saber qué hacer. Miré a Olivia, a la que le comenzaron a caer las lágrimas, y salió corriendo hacia su despacho.

— Helga acompáñame a la calle — le indiqué con la mano mientras miraba a Carlota que tenía puesta su mano en la boca.

Me sinceré con Helga mientras tomábamos un café. Había tenido una parada de vuelo de unas horas en la isla y vino a darme la sorpresa, pero lo que consiguió fue joder mi vida y ponerla patas arriba.

Le dolió escuchar lo que le conté, pero lo aceptó. Estuve un rato charlando con ella y la llevé en el coche a su hotel ya que había venido en taxi.

Regresé a la oficina convencido de contarle la verdad a Olivia y mis propósitos con ella.

— Voy al despacho de Olivia — dije a Carlota antes de que me empezara a poner la cabeza a reventar.

— No está — dijo con voz temblorosa.

— ¿Cómo que no está?

— Me dejó su renuncia firmada, comentó que no quiere saber nada más de ti, ni mucho menos de la financiera, que ahora tiene claro que se va a Londres a trabajar y me pidió que te dijera que si te queda un ápice de dignidad no la llamas ni molestaras, te dejó una carta en la mesa de tu despacho.

Creí que me moría, no podía irse a Londres, no podía perder aquello que ahora había recuperado en mi vida...

Me dirigí hacia mi despacho y cogí la carta impresa que había dejado sobre la mesa.

Alexis,

No te mereces ni que pierda el tiempo en escribirte, pero quiero dejarte claras mis intenciones para que no hagas algo que solo empeore las cosas.

No esperaba esto de ti, solo por los cálculos y lo que te dijo esa chica de “dos semanas” me hace saber que estabas con las dos a la vez. Llámalo como quieras, me da igual que en aquellos entonces no tuvieras sentimientos hacia mí, pero no hay peor humillación para una mujer que saber que el hombre con el que se acostaba no lo hacía con ella solamente.

Siempre dije por las cosas que pasaron en la oficina que no entendía cómo podían hacerle esos a sus parejas, que yo no perdonaría algo así. Te repito, no éramos nada, pero yo tampoco era una cualquiera y sabías que estaba muy tocada por lo que le pasó a Jorge, el que fue el amor de mi vida. Sabías que era vulnerable y frágil, por esa razón esto te hace más canalla.

Me alegro de que hayas recuperado a tu hija, de que puedas vivir esa relación que estoy segura de que te mereces, sobre eso no tengo la más mínima duda.

A mí te pido que si tienes un poco de dignidad no te acerques, no hagas por llamarme, no quiero saber de ti y si conoces ese concepto, te pido que me respetes.

Me iré a Londres en el primer vuelo que pueda. Me ofrecieron la incorporación inmediata si decidía aceptar las condiciones y tenía la oferta abierta para tres meses. Creo que es lo mejor que puedo hacer, irme a vivir una vida nueva, a olvidarme de este dolor que hoy siente mi corazón, a buscar la razón que me haga entender que puedo encontrar la felicidad en mí y no en nadie. Solo Jorge supo amarme y respetarme de verdad, esperar las cosas que me hicieron falta.

Te repito, no me molestes, tienes mi renuncia, no me apetece hablar contigo, no hay ni una sola razón en el mundo que sea capaz de hacerme perdonar algo así, llámame antigua, lo que quieras, pero es mi forma de sentir.

Cuéntale lo que quieras a Lucía, pero dile que la quiero y que la echaré mucho de menos.

Sé feliz y aprende que la calidad siempre está por encima de la cantidad.

Olivia.

Continuará en la segunda parte de la trilogía titulada “Pasión”

